

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**De las zonas de sacrificio a las zonas a defender:
desigualdades socioambientales y procesos de resistencia frente a
la devastación ecológica en el Caribe y América Latina**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA**

**PRESENTA
ANA SABINA CASTRO SAM**

**DIRECTOR DE TESIS
DR. RODRIGO RUBÉN HERNÁNDEZ GONZÁLEZ**

CD. MX. 2024



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción general

Capítulo 1

Consideraciones teóricas para la comprensión de las zonas de sacrificio

Introducción

- 1.1. Ecología-mundo y navío-mundo. Crisis ecológica: un proceso de largo aliento
 - 1.1.1. Ecología-mundo: el capitalismo como un modo de organizar la naturaleza
 - 1.1.2. Navío-mundo: pensar la ecología desde el mundo caribeño
 - 1.1.3. Crisis ecológica y colapso ambiental
- 1.2. Fractura metabólica global, imperialismo ecológico y desarrollo geográfico desigual
- 1.3. Violencia lenta y sufrimiento ambiental
- 1.4. Modelo extractivo, neoextractivismo y colonialismo interno
- 1.5. Deuda ecológica y modo de vida imperial
- 1.6. Producción capitalista del espacio, segregación socioespacial y estigmatización territorial
- 1.7. Desigualdades socioecológicas y conflictos ecológico-distributivos
- 1.8. La construcción social del duelo: las vidas que no importan

Capítulo 2

Zonas de sacrificio en América Latina y el Caribe: los impactos diferenciados de la devastación ambiental

Introducción

2. Zonas de sacrificio: un “mal necesario” para hacer del progreso una realidad
 - 2.1. La huella tóxica de la minería
 - 2.1.1. El genocidio lento del pueblo Yanomami. Capital y Estado: una alianza criminal
 - 2.1.2. Coahuila: la región carbonífera que soñaba con convertirse en la región del sol
 - 2.1.3. Brumadinho: una bomba de relojería. La negligencia a costa de la vida

- 2.2. “Crónica de una muerte anunciada”: contaminación y desechos tóxicos
 - 2.2.1. Isla de Vieques: el rostro oculto del imperialismo bélico estadounidense
 - 2.2.2. Boliden: cuando jugar con lodo tóxico le costó la vida a los/as niños/as en Arica
 - 2.2.4. Villa Inflamable: “respirar juntos rara vez significa respirar lo mismo”
- 2.3. La imposición de una vida tóxica: uso de agroquímicos en la agroindustria
 - 2.3.1. Brasil: un territorio obligado a consumir veneno
 - 2.3.2. Una guerra declarada por Monsanto contra el pueblo argentino
 - 2.3.3. Clordecona: la nueva arma del colono blanco en Martinica y Guadalupe

Capítulo 3

Antagonismo y resistencia. Zonas a defender: la rebeldía floreciendo en la insumisión de los pueblos

Introducción

- 3. Zonas A Defender: la primavera de los pueblos frente a la larga noche de la devastación ambiental
 - 3.1. Ecologismo popular y luchas socioambientales: la digna rabia de los desposeídos
 - 3.1.1. Resistencia y oposición al modelo extractivo minero
 - 3.1.2. Procesos organizativos contra la contaminación ambiental
 - 3.1.3. Luchas contra los agrotóxicos que envenenan la tierra
 - 3.2. Buen Vivir, multitudes agroecológicas y sociedades en movimiento: una brújula para defender lo común
 - 3.2.1. Buen Vivir: cosmovisiones desde los sures
 - 3.2.2. Multitudes agroecológicas: la soberanía alimentaria en el centro
 - 3.2.3. Sociedades en movimiento: otros mundos posibles
 - 3.3. Justicia racial, ambiental y de género: la lucha es contra todas las opresiones
 - 3.3.1. Neo-cimarronaje: prácticas micropolíticas contra el racismo ambiental
 - 3.3.2. “Suma Qamaña es vivir sin machista patraña”: ecofeminismos y el papel de las mujeres en la lucha ambiental

3.3.4. No hay justicia social sin justicia ambiental: procesos de reparación y memoria histórica ambiental

Conclusiones

Fuentes de consulta

Anexos

Esta tesis recibió financiamiento del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT). “Pensamiento crítico de las mujeres en América Latina y el Caribe. Orígenes, diálogos e institucionalización. 1870-1970” con clave IG300223.

AGRADECIMIENTOS

En un mundo tan convulso como el que habitamos hoy en día, caminar junto con otros y otras es la forma más esperanzadora de transitar por los senderos de una realidad que se presenta de las maneras más terribles, pero que, a la vez, se manifiesta en la inmensa belleza que nos rodea. Ningún proceso de escritura nace de la nada. Esta investigación no fue escrita de forma solitaria, sino con los ritmos resonantes de las voces de todas las personas que me nutren y caminan conmigo.

Agradezco a todas las comunidades en lucha, por la inspiración que me han brindado sus pasos rebeldes y los ecos estridentes de sus dignas voces. A las múltiples y diversas sociedades en movimiento que, con su ejemplo, nos enseñan que esos otros mundos son posibles y ya existen en las numerosas geografías del sur del mundo. A los sujetos anónimos, los sin rostro, a todos aquellos invisibles que resisten y luchan de formas sutiles y silenciosas, a ellos y a ellas, por rebelarse y por convertirse en un cúmulo de luces radiantes en medio de esta espesa y larga noche.

A los compañeros y compañeras de Pueblos Unidos, a Emi, a Marina, a doña Marce, a Mati, a David, a doña Mari, a Sol y a los habitantes de la región cholulteca que con su digna rabia frenaron el saqueo de la transnacional Bonafont. Por enseñarme que la organización colectiva y horizontal es imprescindible y que “hay que quemar el cielo si es preciso, por vivir”.

Agradezco a mis amigas y amigos de la facultad, porque el cariño y la ayuda mutua nos ha sostenido en medio de la tormenta. A Lalo, a Maria Gómez, a Santi Valverde, a Nils, a Lili, a Mariana Choclatl, a Pablo, a Mariana Alaide, a Eli, a Occeli, a Lulú, a Fani, a Sam Vega y a Adri. A todos ellos y ellas, porque hicieron de mi estancia en la universidad algo bello. Por las risas y las conversaciones. Por el simple placer de encontrarnos y saludarnos en los pasillos.

A las amigas que hice recientemente, Anaclara, Constanza, Nat, Alice, Emilia y Gabriela, mujeres espléndidas y amigas con las que espero seguir coincidiendo. Y a las amigas de muchos años: Liz, Vale, Monse y Fer, por su amistad incondicional, por estar a mi lado todo este tiempo.

A Sofi, a Gali, a Pau, a Espe y a Anel, por enseñarme lo fundamental que es tejer redes entre mujeres. Por su ternura, su compañía. Por coincidir en este camino y sostenerme en los días lluviosos.

Gracias a mis tan queridos compañeros y compañeras de lucha de la Red Universitaria Anticapitalista, de quienes aprendo cada día, y cuyos corazones laten fuerte, al compás de la indignación y la rebeldía. A May, Amaranta, Pau, Arge, David, Liber y todas las compas que integran la RUA.

A las mujeres que me guiaron en las aulas, por su entrega y cariño, por acompañarme y enseñarme tanto. A Azize por compartirnos su experiencia en Kurdistán, por abrirnos su corazón y compartir la palabra con nosotras. A Ana Nahmad, por el tiempo compartido en las aulas, por su

ternura y su pasión por el cine, por enseñarme que otros lenguajes son necesarios y posibles. A Selene Aldana, por reivindicar las voces de las mujeres en la sociología, por enseñarnos a nombrarlas y por ser una docente excepcional. A Vero, por compartirnos de las luchas en América Latina, por la clase de feminismos, por su sabiduría.

A los maravillosos docentes que tuve y de quienes aprendí y me nutrí: a Oscar y a Miguel por todo lo compartido, a Enrique Pineda por sus clases y su pasión en las aulas, por brindarme un acercamiento excepcional al marxismo y a la historia crítica, y a Rodrigo Bullamah, por sus extraordinarias lecturas y por su perspectiva antirracista en la lucha ambiental.

A Ale y a Nitzan, con quienes trabajé como becaria en el Colegio de México. Por su paciencia y acompañamiento. Por brindarme la oportunidad de trabajar, colaborar y aprender de ellos/as.

A mis profesores y profesoras en Québec: Pamela, Dan y Philippe. Por las lecturas tan maravillosas y las discusiones en las aulas. Por enseñarme que la sociología debe ser crítica y por ser una de las fuentes de inspiración principales para esta investigación.

A los amigos y amigas que fueron familia en estos años en otras geografías. A mi familia paceña: Paz, Edu, Mariano, Agus, Dai, Bar y Paula, por todo lo compartido en La Paz, por las pláticas en la cocina, por inspirarme con su arte. A mi familia en Lacerte: Aminata, Sayyeda, Liza y Ginny, a nuestro grupo tan distinto, por los momentos juntas, por resguardarnos del frío en compañía. A mis amigas incondicionales: Shuran, Lilia y Syma, por las risas, los viajes y el cariño desde hemisferios opuestos.

A Yami, por su escucha atenta y su cariño. Por las risas y las complicidades. Por su amistad tan sincera y genuina. A Fer y a Santi por tanto cariño y alegrías compartidas, por los juegos de mesa y las pláticas en la cocina, por su enorme corazón. Y a Sierra, mi amiga tan querida y cercana a pesar de la distancia. Por escucharme, por pensarme, por estar siempre dispuesta aprender y compartir juntas.

A Claudia, Celia y Tania, compañeras de Otros Mundos Chiapas por recibirme en San Cristóbal. Por su belleza interior y su caminar rebelde.

A las redes feministas con las que he compartido en los últimos años, a la Red de Afectos Feministas en Bolivia, a las tejedoras de la resistencia invisible en Chile y a las hermanas de Team Yambada en Japón.

A mis lectores, Miguel Ángel Ramírez y Elena Pérez, por su atenta lectura, y sus valiosas sugerencias y aportaciones a este trabajo de investigación.

A Margara Millán, por todo el cariño y todas las enseñanzas. Por ser una mujer extraordinaria, brillante y solidaria. Por los tiempos compartidos en la adjunta, los proyectos y las aulas. Por leerme y guiarme.

A Rodrigo, mi director de tesis y entrañable guía, por las discusiones, por el apoyo, por confiar en mí. Por su pasión en las aulas. Gracias por hacer de la docencia una trinchera tan fértil.

A mis abuelos, maternos y paternos, porque su amor y su historia me constituye. Porque me reconozco en sus alegrías y dolores. Agradezco su amor por los suyos y su eterno testimonio de ternura. A ellos y a ellas, porque son mi raíz y mi origen.

A mis tíos y a mis tías, Licha, Rebeca, Maru, Angelina, Marcela, Gabriela, Gustavo, Juan, Memo y Alfredo. Gracias a todos y a todas por crear mundos más justos y humanos, cada uno desde su lugar y desde sus horizontes de sentido. Ustedes me han enseñado de la sensibilidad, la ayuda mutua y la solidaridad.

A María Rocha, mi entrañable amiga, mi compañera de lucha, de bordados y de alegrías. Por su amistad incondicional, por su ternura y rebeldía. Por enseñarme tanto, acompañarme tanto e inspirarme tanto. Gracias por conspirar conmigo, por apaarme y darme cuerda. Gracias por todo lo que hemos vivido juntas y por lo que nos falta.

A mi padre, quien me ensen que en este mundo es preciso luchar por lo justo, al lado de los pobres, de los migrantes, de las mujeres... Por ser un ejemplo para mí, por inspirarme y por tenerme paciencia. Por las pláticas, las complicidades y las enseñanzas. Por darme libertad para encontrar mi propio camino y por su amor tan sincero. Gracias por ser uno de esos hombres imprescindibles, de esos que como dira Brecht, luchan toda la vida.

A mi madre, porque gracias a ella mi corazón late abajo y a la izquierda desde que estaba en su vientre; porque fue la primera feminista en mi vida y por siempre la más importante. Por su radical e inspiradora forma de luchar por la emancipación de las mujeres. Por ser mi apoyo incondicional, por tanta ternura, por su cuidado, por su corazón tan sensible y solidario. Por el amor que ha sembrado en mí y por enseñarme a conmoverme y a transitar el mundo sintiendo mucho.

A mi hermana Magui, mi compañera de vida, la persona con la que espero compartir el resto de mis días, quien con su enorme corazón, me inspira a ser una persona bondadosa y amorosa, y quien me alegra en los momentos de tristeza y amargura. Por hacerme reír, por escucharme, por alentarme, por ser mi soporte y sostenerme en mis momentos de vulnerabilidad. Por siempre estar para mí y creer en mí, por ser una mujer asombrosa.

*Y aquí estamos,
parados a la orilla de los caminos
con la mirada rota por una lágrima...
Y nadie nos ve- Humberto Ak'abal*

*Los que no han inventado ni la pólvora ni la brújula
los que no han sabido domeñar ni el vapor ni la electricidad
los que no han explotado ni los mares ni el cielo
más sí conocen todas las reconditeces del país del sufrimiento
los que no han conocido del viaje más que el destierro- Aimé Césaire*

*El sufrimiento de la tierra se convertirá en sufrimiento
para los hijos(as) de la tierra. El ser humano no ha tejido la red
que es la vida, solo es un hilo más de la trama. Lo que
hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo- Carta del
Gran Jefe Seattle, de la tribu de los Swamish, a Franklin Pierce
Presidente de los Estados Unidos de América*

*Mientras tengamos capitalismo este planeta no se va a
salvar, porque el capitalismo es contrario a la vida, a la
ecología, al ser humano, a las mujeres...- Berta Cáceres*

Introducción general

La presente investigación se centra en el análisis de algunas de las zonas de sacrificio situadas en el Caribe y América Latina en el marco de la crisis civilizatoria, y particularmente, de su dimensión ambiental. Este proyecto de investigación se propone analizar el potencial explicativo del término —zonas de sacrificio— para estudiar las dinámicas de segregación territorial, racismo ambiental, estigmatización socioespacial y sufrimiento ambiental, así como los diversos tipos de violencia (lenta, extractiva, neocolonial, etc.) que se despliegan sobre las comunidades periféricas en el Sur del mundo y que representan costos y riesgos ambientales desproporcionados para sus poblaciones y ecosistemas.

Se pretende dar cuenta de un momento epocal que, más allá de las teorías y cánones académicos, también debe ser pensado en otros términos, es decir, a partir de las formas que los movimientos sociales y las comunidades en lucha han empleado, muchas veces incluso antes que los grupos académicos, para diagnosticar el estado de cosas actual. En este sentido, el pensamiento zapatista ha creado, de forma colectiva, una amplia terminología acompañada de numerosas metáforas que posibilitan la comprensión del momento histórico que vive la humanidad, desde una óptica antisistémica. Así pues, conceptos como el de *Tormenta* funcionan como una brújula para guiarnos no sólo en medio de la tempestad, sino para encontrar otros horizontes posibles.

La investigación aborda procesos de antagonismo desencadenados a raíz de la conflictividad socio-ambiental, así como los múltiples caminos de resistencia y las diversas alternativas que emergen de la lucha de los pueblos. De esta forma, se recupera la efervescencia de los movimientos, iniciativas políticas y ciclos de movilizaciones que se han desatado en los últimos años en el territorio estudiado: el Caribe y América Latina. Se pretende dar cuenta de las vías de acción de los sujetos subalternos frente a la devastación ambiental, tanto de forma articulada en su resistencia concreta frente a los procesos de zonificación, los megaproyectos y la exposición a la contaminación ambiental, como de forma situada, por medio de otras alternativas como la agroecología y las prácticas micropolíticas corporalizadas.

En términos de la crisis ecológica y las devastaciones ambientales, la investigación aborda la forma en que las temporalidades del pasado hacen eco y se reflejan en las

continuidades coloniales del presente. Tal como lo señalan diversos autores, el colonialismo en los territorios del Sur no terminó con las luchas por la independencia y la liberación nacional, sino que las estrategias neocoloniales persisten hasta nuestros días y se siguen perpetuando y actualizando en el marco del sistema capitalista y su modelo neoliberal. El neocolonialismo declara guerras en contra de los pueblos del Sur y en esta guerra el progreso se presenta hoy como un paradigma indispensable para los pueblos. Sin embargo, poco se habla de las consecuencias catastróficas que este modelo de desarrollo deja a su paso. La historia avanza, y cuanto más progreso hay, más ruinas se acumulan.

En la tesis IX de *Tesis sobre la historia*, Walter Benjamin (2008) comienza refiriéndose a un cuadro de Klee titulado *Angelus Novus*. En el cuadro, hay un ángel que parece estar mirando algo que se aleja tras de sí, con los ojos y la boca muy abiertos y las alas desplegadas. Para Benjamin (2008), el ángel de la historia debe parecerse a él, pues su rostro mira hacia un horizonte lejano detrás suyo. En lo que podríamos ver como una cadena de acontecimientos, el ángel vislumbra una catástrofe singular, arrojando ruina tras ruina a sus pies; ruinas que se amontonan sin cesar. El ángel desearía despertar a los muertos y reparar lo roto. Sin embargo, un huracán sopla y hace girar sus alas, de modo que ya no puede plegarlas. El huracán lo arrastra inexorablemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras las ruinas se elevan hacia el cielo. Para Benjamin, este huracán es lo que llamamos *progreso*.

El ángel de la historia quería detenerse, curar las heridas de las víctimas aplastadas bajo las ruinas que se acumulan, pero la tormenta lo arrastra hacia la repetición del pasado (Löwy, 2002: 104). Así, el colonialismo, el capitalismo y el patriarcado dejan ruinas a su paso. Por ello, es preciso estudiar, de forma histórica, el vínculo intrínseco que existe en las relaciones entre el medio ambiente y los entramados coloniales, patriarcales y capitalistas. Pensar en estos cruces desde el Caribe y América Latina permitirá reflexionar de forma crítica en torno a procesos sociales, geográficos, económicos y geopolíticos que se intersectan de forma particular, expresándose de forma desigual y diferenciada en distintos sujetos, ecosistemas y territorialidades.

Desde esta perspectiva, el esfuerzo por identificar la especificidad del conflicto socioambiental y la crisis ecológica en el Caribe y América Latina, a partir de los impactos desproporcionados y desiguales de la crisis civilizatoria, parte del reconocimiento de la

profunda heterogeneidad de los pueblos que habitan en la región, pero también de la existencia de una suerte de pasado común. Este reconocimiento, implica a su vez, dar cuenta de las crecientes brechas de desigualdad social y económica, el racismo estructural y la violencia patriarcal que se inscribe en los cuerpos racializados y feminizados que frecuentemente viven en condiciones de marginalidad y precariedad.

La pertinencia de analizar la región latinoamericana y caribeña a la luz de las teorías que pretenden explicar la problemática socioambiental tiene que ver con los crecientes procesos de apropiación y expoliación desplegados sobre los territorios en el marco de una estrategia geopolítica, económica e imperialista liderada por las grandes corporaciones y los Estados. Por ello, resulta pertinente tomar en cuenta el lugar que ha ocupado esta región en la configuración de la ecología-mundo, en la organización del valor, la extracción de bienes naturales y la acumulación de capital a escala global.

En el mismo sentido en que el Caribe y América Latina han sido una región fuertemente golpeada por el neocolonialismo y el modelo extractivo, también ha sido un laboratorio social de alternativas. Son múltiples las experiencias de autonomía que se han imaginado y puesto en práctica para hacer frente a los estragos de la crisis civilizatoria. En este sentido, es preciso pensar los procesos de opresión sin omitir los procesos de lucha y resistencia que se oponen al proyecto de muerte puesto en marcha por los opresores. Estas experiencias y trayectorias de lucha, constituyen uno de los frenos de emergencia para evitar que el tren de la historia caiga por un precipicio, recuperando una vez más a Benjamin (2008).

La región latinoamericana y caribeña se ha convertido en un territorio fértil para generar salidas colectivas y comunitarias. Frente a las zonas de sacrificio y la política de muerte que imponen los Estados, en conjunción con las economías criminales y el capital, emergen múltiples comunidades en lucha: zonas a defender que muchas veces se convierten en experiencias de autonomía fundamentadas en la defensa del territorio y los bienes comunes; experiencias que muchas veces articulan la defensa del medio ambiente con causas antirracistas, antipatriarcales y anticoloniales.

La presente investigación es un estudio cualitativo de corte documental, fundamentado en la recabación de datos e información a partir de fuentes hemerográficas, documentos de organizaciones no gubernamentales y testimonios recuperados de reportajes

periodísticos e informes de derechos humanos. Se analizan nueve casos a la luz de las teorías y presupuestos teóricos presentados en el primer capítulo, y se entretienen dichas problemáticas con las posibles soluciones y alternativas abordadas en el tercer capítulo. A lo largo de la investigación, se pone especial énfasis en la escucha atenta como pedagogía de la ternura¹ y como herramienta metodológica para la investigación social. La recuperación de los testimonios y sus vivencias implica el reconocimiento de su lugar de enunciación y la importancia de escuchar las voces de las personas afectadas en las zonas de sacrificio, en el entendido de que sus historias de dolor son dignas de ser escuchadas y tomadas en cuenta.

El primer capítulo, titulado *Consideraciones teóricas para la comprensión de las zonas de sacrificio*, recupera diversos aportes teóricos y conceptuales que fungen como punto de partida para analizar en clave histórica y sociológica la forma en que la crisis ecológica impacta de forma desproporcionada a distintas poblaciones. Se plantea un diagnóstico espacio-temporal, que de forma general, contribuye con la comprensión del estado de cosas actual en términos de la catástrofe ambiental. Además, se desarrollan categorías sociológicas, económicas y geográficas que atraviesan de forma transversal, tanto la denominación crítica de las zonas de sacrificio, como el análisis documental de los casos.

El segundo capítulo, *Zonas de sacrificio: un “mal necesario” para hacer del progreso una realidad*, comienza abordando la genealogía del concepto zonas de sacrificio, así como su resignificación y reapropiación en contextos de conflictividad socioambiental en América Latina. En un segundo momento, se analizan nueve casos a la luz de la propuesta de esta investigación, identificando los rasgos teóricos y empíricos que permiten denominar dichas experiencias como zonas de sacrificio. Para ello, se elabora un análisis documental de corte cualitativo, fundamentado en la obtención de datos a partir de fuentes hemerográficas. Los casos son agrupados en tres ejes centrales: 1) los impactos socioambientales de la minería, 2) la contaminación por desechos tóxicos y 3) el uso de agroquímicos en la agroindustria.

Estos casos fueron seleccionados debido al impacto mediático que tuvieron en el momento en que acontecieron o tiempo después, así como los procesos de lucha y

¹ Lía García es una activista trans que plantea la ternura radical como una apuesta política que pone el afecto en el centro. <https://corrientealterna.unam.mx/genero/lia-garcia-ternura-radical/>

resistencia que se desencadenaron a raíz de ellos. Muchos de estos casos han marcado pautas para la defensa de los derechos humanos y las luchas ecologistas a nivel nacional, como es el caso de Pasta de Conchos en México o la lucha contra Monsanto en Argentina. En cualquier caso, se ha optado por analizar procesos de devastación ambiental a nivel regional, considerando ejemplos de geografías pertenecientes a la región latinoamericana y también al caribe, un territorio, frecuentemente dejado de lado en los estudios de la región.

El tercer capítulo, *Antagonismo y resistencia. Zonas a defender: la rebeldía floreciendo en la insumisión de los pueblos*, aborda de forma general, las trayectorias de lucha de los pueblos afectados por la devastación ambiental. En este apartado, se pretende trazar algunas pistas que fungan como brújula para la constitución de otros mundos con una lógica y dinámica distinta a la de la modernidad capitalista. Si bien no todos los casos corresponden a los procesos abordados en el segundo capítulo, se recuperan algunos de ellos con el objetivo de analizar las formas de organización y resistencia encabezadas por dichas colectividades. Asimismo, se recuperan otras alternativas y soluciones gestadas desde los sectores populares para hacer frente a la catástrofe ambiental y avanzar hacia la construcción de nuevos modelos productivos. Finalmente, se plantea la importancia de tejer puentes con otras luchas en contra de todos los tipos de opresión.

Capítulo 1

Consideraciones teóricas para la comprensión de las zonas de sacrificio

*No conocerás el árbol.
No escucharás jamás estos secretos
verdes que hoy susurra en el oído
de los vientos ni sabrán tus manos
de la áspera caricia de los troncos
que custodian las orillas del camino.
Te costará imaginar debajo del asfalto
las raíces de una antigua ciudad
de rugosas columnas,
bóvedas sonoras de pájaros y soles
-Jorge Gutiérrez Reyna*

Introducción

El conjunto de las sociedades contemporáneas se enfrenta a una crisis de dimensión planetaria. La devastación ambiental ha puesto en evidencia la gravedad de la situación global y las múltiples contradicciones del modo de producción capitalista. La crisis ecológica ha agudizado y evidenciado las desigualdades sociales y las jerarquías –socialmente producidas– existentes al interior del mundo social y fuera de él. En este sentido, el modo de producción dominante, junto con sus prácticas y sus lógicas, ha requerido del sacrificio para asegurar su reproducción y relativa estabilidad. De esta forma, las *zonas de sacrificio* constituyen una dinámica histórica que declara una guerra en contra de ciertos territorios y las formas de vida que en ellos habitan.

Son múltiples las perspectivas analíticas que deben de ser consideradas para captar la complejidad del momento epocal en el que se enmarca la crisis ecológica y con ello dar cuenta de sus efectos desiguales en las poblaciones y los territorios. Es imperativo historizar la trayectoria de la problemática ambiental y trazar su genealogía a partir de una reconstrucción rigurosa y articulada de su devenir en el espacio y el tiempo. El análisis no puede ser abordado exclusivamente a partir de sus implicaciones contemporáneas, sino que debe dar cuenta de su densidad histórica en aras de comprender la integralidad del movimiento ecológico, evidenciando su multidimensionalidad en términos de clase, género,

colonialidad y procesos de racialización. Por ello, resulta pertinente partir de modelos explicativos capaces de interpretar los procesos sociohistóricos desde una perspectiva de larga duración.

A partir de las propuestas teóricas presentadas a continuación será posible reflexionar en torno a la producción espacial, política, histórica y social de las llamadas *zonas de sacrificio*, pues éstas deben ser entendidas en el marco de la crisis ecológica, pero fundamentalmente, como una parte constitutiva del proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista. En este sentido, comprender los procesos ecológicos y económicos como fenómenos de largo alcance permitirá esclarecer la multidimensionalidad de la producción histórica de las *zonas de sacrificio* (en términos ambientales, raciales, políticos, etc.). Es por esta razón, que en un primer momento, los planteamientos de Braudel, Moore y Ferdinand contribuirán con la reflexión socio-histórica en relación con los impactos diferenciados que tiene la crisis ecológica en poblaciones y territorios que se han vuelto *sacrificables*.

1.1. Ecología-mundo y navío-mundo: la crisis ecológica como un proceso de largo aliento

En los términos propuestos por Braudel (1958), la distinción entre la historia del acontecimiento y la historia de la larga duración permite captar el tiempo largo de la vida material y develar la producción de complejos entramados de acontecimientos. Braudel propone entonces, una nueva comprensión de la historia, fundamentada en el entendimiento de los ciclos largos, en diálogo con consideraciones geográficas, demográficas, culturales y económicas insertas en una dimensión estructural. Es desde esta mirada que se estudiará la configuración de las *zonas de sacrificio*, entendiendo este proceso de zonificación y producción territorial desde su vínculo con un complejo entramado de acontecimientos históricos que no pueden ser escindidos de la ecología. Se trata pues de superar la fractura histórica de la producción ecológica y la producción económica, tradicionalmente pensadas como dos procesos distintos y separados entre sí.

Asimismo, a partir de esta teoría de largo aliento, se pretende hacer énfasis de las jerarquías y relaciones de poder existentes en la conformación del sistema-mundo moderno (Wallerstein, 1979) y en el mismo tenor, en el marco de la constitución de la

ecología-mundo. Para ello, se aborda de forma particular el papel de la región central para esta investigación: el Caribe y América Latina. Esta enmarcación espacio-temporal funge como coordenada central para el análisis de otros procesos contemporáneos como el neoextractivismo, el colapso ambiental, el colonialismo interno, la fractura metabólica global y el propio proceso de zonificación que sacrifica a determinados territorios.

En los estudios ecológicos y medioambientales, frecuentemente se ha abordado el análisis de Latinoamérica de forma separada al Caribe. Estas dos regiones han sido fragmentadas y, muchas veces, teorizadas de forma aislada. Si bien ambas remiten a procesos históricos distintos que han conformado territorialidades más heterogéneas que al interior de las naciones latinoamericanas (por la lengua, los procesos de racialización, la ubicación geográfica y geoestratégica, etc.) también existen ciertas particularidades que sería importante considerar para enmarcar ambas territorialidades en la trayectoria de conformación de la ecología-mundo. Asimismo, reivindicar la existencia y resistencia de los territorios que conforman el Caribe, resulta fundamental para estudiar los procesos coloniales y racistas que se han perpetrado en una subregión históricamente olvidada.

1.1.1. Ecología-mundo: el capitalismo como un modo de organizar la naturaleza

De acuerdo con Moore (2015) existe una crisis dual en el binomio ecología/economía, y para superar dicha crisis es preciso generar una teoría unificada del capitalismo como ecología-mundo, lo que significa condensar tres elementos en una unidad dialéctica: la acumulación del capital, la búsqueda del poder y la producción de la naturaleza. El autor menciona que la crisis económica y la crisis ecológica aparecen como dos movimientos separados, a pesar de tratarse de uno solo, recuperando la propuesta marxiana acerca de la transformación del capital como una transformación de la naturaleza.

Si bien la crisis económica es dirigida por la tendencia hacia la sobreacumulación de capital, la crisis ecológica es impulsada por la tendencia a apropiarse sin límite de los «frutos gratuitos» de la naturaleza (Marx, 1967: III, 745), y de ese modo socavar las condiciones para la acumulación ampliada de capital. (Moore, 2013: 12).

Moore (2015) establece que el capitalismo constituye un punto de inflexión en la relación existente entre la humanidad y la naturaleza; se trata de una relación que no puede ser pensada en términos cartesianos, es decir como un dualismo que les separa y opone. Por

ello, el autor sostiene que es necesario generar un nuevo planteamiento conceptual capaz de trascender todo dualismo y superar la idea que construye al medio ambiente como un objeto. Se trata de “captar la dialéctica de los seres humanos en la trama de la vida” (Moore, 2015: 53). Es en este sentido, que el autor también propone hablar de naturalezas humanas y extrahumanas para pensar a los hombres y a las mujeres como humanidad-en-la-naturaleza, pues de esta forma se pretende superar el entendimiento de los seres humanos como algo externo a ella. Para Moore (2015) la naturaleza es un *oikeios*, es decir, un significante de la totalidad y no de las partes. La relación ontológica fundamental es la que acontece entre los humanos y el resto de la naturaleza.

Si bien el pensamiento verde frecuentemente sitúa el inicio de la catástrofe ambiental a partir de la Revolución Industrial, Moore (2015) plantea una periodización distinta que parte de una serie de acontecimientos en cascada (hitos históricos inmanentes al surgimiento del capitalismo); un conjunto globalizador de relaciones que transformaron los paisajes y los cuerpos en el mundo Atlántico y más allá. El autor sitúa estas transformaciones desde los albores del *largo* siglo XVI hasta los inicios de la Revolución Industrial. Y también, señala la relevancia del conjunto naciente de perspectivas e ideas sobre la realidad en este periodo: la naturaleza como entidad externa a las relaciones humanas, la linealidad del tiempo y la homogeneidad del espacio.

“Estas transformaciones fueron las expresiones de la época de una nueva ley del valor que reconfiguró la naturaleza, humana y extra-humana —esclavos, bosques, suelos— no mercantilizada al servicio de la productividad y la mercantilización” (Moore, 2015: 144). Entre las transformaciones mencionadas por el autor se encuentran la Revolución agrícola de los Países Bajos; los primeros signos de los nexos de la esclavitud moderna asociada al cultivo de la caña de azúcar en Madeira (isla situada en Océano Atlántico) y luego en Santo Tomé (en la costa de África Central); el surgimiento del noreste brasileño como líder de la economía azucarera mundial desplazando a Santo Tomé después de 1570, de lo cual se derivó la primera gran oleada de tala de selva atlántica de Brasil; el desplazamiento de la «frontera esclavista» africana del golfo de Guinea a Angola y el Congo; el drenaje de los pantanos en Inglaterra y de los humedales a lo largo de todo el mundo atlántico, entre otros. (Moore, 2013).

Para el autor, las hegemonías holandesa (iniciada en el siglo XVI), británica (en el siglo XVIII) y estadounidense (en el siglo XX) se caracterizaron por una ley común: la ley de la naturaleza barata. (Citado en Giraldo, 2021). Con la *ley de la naturaleza barata* se constituyó un modelo histórico-geográfico de máxima apropiación y expansión que fundamentó sus estrategias de acumulación en la apropiación (barata e inclusive gratuita) de los frutos de la naturaleza. Y para garantizar dicha ley, el capitalismo requirió históricamente de la “expansión geográfica, la innovación tecnológica y la hegemonía cultural.” (Moore, citado en Giraldo, 2022: 24). No obstante, el autor sostiene que este modelo de apropiación ha llegado a su fin.

De manera periódica el sistema toca techo, porque ya no puede encontrar suficiente “excedente ecológico” o “naturaleza barata”, lo que significa que la curva de crecimiento acumulativo deja su dinamismo, y los baratos empiezan a encarecerse. Es ahí donde ocurren las crisis capitalistas, pues los costos aumentan y disminuye la productividad. Vale la pena decir que esto ha ocurrido en distintos periodos de la acumulación capitalista, ante lo cual el sistema ha requerido emprender lo que Moore denomina una “revolución ecológico-mundial”, un proyecto cuyo fin consiste en restituir los cuatro baratos: que lo caro deje de serlo y se vuelva otra vez barato... Hay una contradicción entre los tiempos de reproducción del capital y los de reproducción de la naturaleza, lo que provoca que el capital se sobreacumule, es decir, que no encuentre fuentes de inversión suficientemente rentables. (Giraldo, 2022: 24).

La tesis de Moore es que en el 2003 el neoliberalismo llegó a un límite en su excedente ecológico, pues los metales, los alimentos y la energía comenzaron a encarecerse. El autor sitúa el fin de la naturaleza barata en esta fecha debido a que se trata del año en que acontece el *boom de los commodities*: “un ascenso fluctuante, con ciclos de bajadas y subidas, que en promedio representa valores mucho más onerosos que los que el sistema había tenido en momentos históricos previos” (Giraldo, 2022: 25). Con el boom de los commodities, muchos capitales expandieron sus fronteras a territorios que no estaban completamente subsumidos por la lógica capitalista. De esta manera, muchos territorios se convirtieron en terreno de inversión de grandes industrias extractivas como la megaminería, los hidrocarburos y otros megaproyectos energéticos. (Giraldo, 2022).

No obstante, a pesar de la expansión capitalista de las fronteras de explotación, el problema de fondo sigue siendo la sobreacumulación de capital y el agotamiento de las naturalezas baratas. “El problema del fin de la era de la energía barata es un problema estructural para el capitalismo” (Giraldo, 2022: 27). El pico de excedente ecológico corresponde a un ciclo histórico de máxima apropiación de los bienes comunes. Así pues, en economías sustentadas en energías fósiles el pico del petróleo ha supuesto el encarecimiento del conjunto de energías con las que se mueven las sociedades industrializadas. Los costos de la extracción petrolera son cada vez más altos, por lo que, para que sea rentable los precios de oferta en el mercado también deben aumentar. (Giraldo, 2022).

En este sentido, la propuesta teórica de Moore pone en evidencia la crisis en que se encuentra el capitalismo contemporáneo, a partir de un análisis histórico que enfatiza la estrecha interconexión entre la naturaleza y la economía. “Las crisis de desarrollo y las crisis epocales son expresión de la maduración de las contradicciones inscritas en esos regímenes de valor, poder y naturaleza que gobiernan el capitalismo en la *longue durée*” (Moore, 2015: 343). El capitalismo está agotando su régimen ecológico.

1.1.2. Navío-mundo: pensar la ecología desde el mundo caribeño

Tal como lo señala Moore, tanto la configuración del capitalismo como la apropiación de la naturaleza son procesos fundamentalmente históricos. En este sentido, Malcolm Ferdinand entiende a la ecología-mundo como un proceso de larga duración que se ha desplegado de forma específica sobre los cuerpos racializados. Si bien el autor dialoga con los principales planteamientos de Moore, genera también una propuesta situada (histórica y geográficamente) que contempla los ecos de la historia de un pueblo históricamente sometido. Para Ferdinand (2009), pensar la ecología desde ese lugar *muy otro* permite esbozar la posibilidad de subvertir las relaciones históricas del colonialismo, poniendo en el centro la palabra, la acción y el pensamiento de las mujeres y los hombres que habitan y resisten en un territorio fuertemente golpeado por las lógicas y las dinámicas de la modernidad capitalista: el Caribe.

Para Ferdinand (2019), en la modernidad existe una doble fractura: colonial y ambiental. La fractura medioambiental corresponde a las visiones dualistas que fragmentan

y separan la naturaleza de la cultura y el medio ambiente de la sociedad, generando así una escala jerarquizante que sitúa a los seres humanos por encima de la naturaleza. Por su parte, la fractura colonial separa a los humanos y a los espacios geográficos haciendo una división entre colonos y colonizados, blancos y no blancos, amos y esclavos, metrópolis y colonias, países del Norte y países del Sur. Así pues, el autor plantea la importancia de revertir la revalorización vertical de la fractura ambiental, a partir del cuestionamiento de las injusticias sociales, la discriminación de género, la dominación política y la jerarquía de los medios de vida. (Ferdinand, 2019).

Ferdinand (2019) sostiene que los términos planeta, naturaleza y medio ambiente enmascaran la gran diversidad de ecosistemas existentes. De la misma forma, el término “Hombre” encubre la pluralidad de sujetos humanos que han habitado la Tierra más allá del paradigma colonial. En esta línea, el autor conceptualiza las interrelaciones ecológicas en términos de un navío-mundo, recordando las metáforas empleadas por pensadores como Aimé Césaire². Estas propuestas permiten pensar en el significado histórico del navío como una *zona del no ser*³ en la clave propuesta por Fanon, pero también como una posibilidad creativa para la *creolización*⁴ del mundo, en términos de Glissant.

Ferdinand (2019) afirma que en el navío negrero anida la memoria de los cautivos que fueron despojados de sus historias, de sus territorios y de su relación con la tierra, que es su madre. "Reducidos a ser meros cuerpos desvinculados de sus ecosistemas culturales e históricos, los negros cautivos fueron rebautizados, instruidos en prácticas laborales, prácticas religiosas y relaciones sociales a imagen de la sociedad cristiana colonial." (Ferdinand, 2019: 290). Lo mismo sucedió con las relaciones ecológicas. Los modos de producir adoptaron una matriz específica fundamentada en la maquinaria y la lógica de la plantación dirigida a la extracción de plusvalor para el amo blanco.

Por ello, es preciso pensar desde la experiencia histórica de los pueblos subalternizados (colonizados, racializados, empobrecidos), para imaginar la posibilidad de

² Aimé Césaire, pensador de origen martiniqués, reflexionó ampliamente sobre la realidad social en las colonias caribeñas, generando importantes contribuciones al pensamiento anticolonial de la diáspora africana en el Caribe.

³ Para Frantz Fanon (2009) aquellos sujetos que no son considerados humanos habitan una zona del no ser.

⁴ Edouard Glissant propone el término creolización para describir la conformación de culturas “atávicas” (reaparición de rasgos culturales ancestrales) como resultado del proceso colonial. “Estas culturas atávicas comienzan a mezclarse, es decir, a creolizarse, y a generar nuevas formas de resistencia ante la cultura dominante, la cultura occidental. De esta manera nacen las culturas compuestas, que son aquellas que nacieron de la colonización...” (Arriaga y Mark, 2004: 154).

construir horizontes sociales y políticos distintos: "una Madre Tierra poblada por alianzas humanas y no humanas, verdaderos compañeros del mismo navío-mundo, de pie sobre un puente de justicia". (Ferdinand, 2019: 437). Es en este sentido, que esta investigación se propone pensar desde el Sur del mundo, desde la perspectiva de los pueblos subalternizados, su constitución como naturaleza humana y su relación con las naturalezas extrahumanas, para transitar en un navío-mundo capaz de sobrellevar la tormenta del *sacrificio* y seguir poniendo el centro el cuidado de la trama de la vida.

Pensar desde el Sur, y particularmente desde el Caribe y América Latina, implica partir de una historicidad concreta, que lejos de homogeneizar la experiencia de los pueblos, requiere de una comprensión plural de sus vivencias territoriales, sociales, históricas, políticas y culturales. Al plantear la pertinencia de pensar desde el Sur, no se alude a un Sur exclusivamente geográfico, sino a un Sur social, construido históricamente en la lucha y la resistencia de los sujetos subalternos que enarbolan causas justas en contra de la opresión y la subordinación. De esta forma, el Sur se expresa en múltiples sentidos: está en la organización barrial de los sectores populares de las periferias madrileñas y en las comunidades mapuche resistiendo en contra de las forestales en el Wallmapu; son los colectivos de personas afrodescendientes exigiendo justicia racial en las calles estadounidenses y los pueblos kurdos prefigurando horizontes políticos anticapitalistas y antipatriarcales; son los campesinos franceses en resistencia que habitan las Zonas A Defender y los compañeros/as zapatistas que con su caminar enseñan que otros mundos son posibles.

En América del Norte predominan las luchas contra los gasoductos que transportan el gas de la fractura hidráulica o fracking y atraviesan territorios indígenas. (Por ejemplo, contra el Dakota Access Pipeline). En Europa, las marchas contra las minas de carbón en Alemania y contra el fracking en Inglaterra, y las diferentes opciones de bloqueo al transporte de combustibles fósiles (Svampa y Viale, 2020: 48).

Hablamos de un Sur social que se configura desde la periferia, desde el *no lugar*, desde la *zona del no ser*; lo que implica reconocer que al interior del Norte geográfico, no todos los sujetos viven en igualdad de condiciones. Basta con revisar los índices de desigualdad en Estados Unidos, la situación de explotación laboral a la que se enfrentan trabajadores/as en Japón o el creciente porcentaje de personas en situación de calle en Canadá. Dentro del

Norte geográfico hay también un Sur social. Un Sur que resiste de forma visible, colectiva, organizada y muchas veces territorializada, pero también, un Sur en el que los sujetos encarnan otras formas de resistencia, a veces sutiles, solitarias y silenciosas. Por ello, pensar desde el Sur implica reconocer la multiplicidad de experiencias históricas que se tejen a partir de las vivencias de los subalternos.

Es desde el Sur epistémico, social y político, que se prefiguran nuevas formas de hacer teoría social, contemplando que el conocimiento se construye de forma colectiva y situada, y que es crucial trazar las genealogías de lucha y resistencia narradas por los vencidos. Al peinar la historia a contrapelo, como lo sugiere Benjamin, también resulta elemental poner en cuestión las visiones miserabilistas sobre la pobreza, así como las narrativas que condenan la carencia y la imposibilidad de consumo (en términos capitalistas); pues se trata de una mirada fuertemente ligada a paradigmas desarrollistas que como señala Arturo Escobar (2007) han contribuido con la invención del Tercer Mundo. Más allá de estas concepciones hegemónicas y dicotómicas (oriente/occidente, centro/periferia, primer mundo/tercer mundo, país desarrollado/subdesarrollado) apostamos por pensar desde el Sur social del mundo.

En este Sur del mundo, un espacio-tiempo en el que cohabitan las colectividades subalternas, desde una enorme multiplicidad de geografías y una inmensidad de experiencias, se trama la rebeldía y florece la insumisión. Quizás entonces, sea más preciso hablar de sures, en plural, de distintos sures que se entretujan de forma viva, no sin tensiones, contradicciones y derrotas. Frente a la crisis de un proyecto civilizatorio que pone en evidencia la fragilidad y la insostenibilidad de un modo de producción que chorrea sangre y lodo por todos sus poros (Marx, 2009), pensar desde los sures implica también delinear otros senderos y horizontes de acción posibles.

El Caribe y América Latina, territorios así nombrados a raíz de procesos históricos concretos, pero también llamados de otras formas por los pueblos originarios, o no nombrados nunca de ninguna forma parecida, han sido históricamente espacios abatidos por la violencia colonial y genocida. Desde la conquista del llamado Nuevo Mundo, un proceso de expansión, expoliación, invasión, genocidio y rapiña se desplegó a lo largo y ancho de los territorios, no sin fuerzas opositoras que resistieron a dicha opresión. Los pueblos nativos sufrieron una enorme violencia pero también resistieron. Su lucha estuvo

presente a pesar del terricidio⁵ cometido por la corona española y otras potencias imperialistas. En este sentido, cabe preguntarse: ¿por qué desde entonces y hasta la actualidad han sido los territorios del sur y sus habitantes los que han sido destinados al sacrificio?

1.1.3. Crisis ecológica y colapso ambiental

La palabra colectiva de los zapatistas ha hablado de una tormenta que se avecina, una profunda crisis de importantes dimensiones. En el Pensamiento Crítico Frente a la Hidra Capitalista I (2016) las compañeras y compañeros comparten su análisis colectivo, recuperando numerosas señales que permiten entender a que se refieren cuando hablan de una tormenta inminente. Entre las señales que mencionan, se encuentra la crisis económica, la falta de legitimidad de las instituciones, la corrupción, el creciente auge del crimen organizado, entre otras. Su diagnóstico es contundente, se aproxima una crisis planetaria, en sus palabras, se trata de una tormenta sistémica mundial. En la actualidad, es posible afirmar, que esa tempestad ya ha comenzado, y avanza a pasos agigantados. La tormenta “es una catástrofe en todos los sentidos” (Citado en Sandoval, 2016).

Analizar la crisis ecológica requiere de un profundo cuestionamiento de las categorías empleadas a partir de paradigmas hegemónicos que plantean líneas de continuidad antropocéntricas, androcéntricas y eurocéntricas, tales como medio ambiente, naturaleza, recursos naturales, ser humano, etc. Se trata de nociones que, muchas veces, se presentan como términos ahistóricos y universales y que, en última instancia, responden a la lógica de un modelo civilizatorio que, como ya se ha mencionado antes, se encuentra en crisis. La dimensión económica, política y epistemológica que subyace al nombramiento de los frutos de la naturaleza como recursos, por ejemplo, corresponde a la racionalidad del capital y su dinámica expansiva.

Poner en cuestión el trasfondo simbólico y político de una forma de nombrar naturalizada por el capitalismo supone reconocer su carácter histórico y su funcionalidad en

⁵ Moira Millán, escritora y defensora de la tierra, emplea el término *terricidio* para dar cuenta del exterminio sistemático de toda forma de vida tangible y espiritual. Millán, “en representación de su pueblo, plantea que los Estados-Nación y la corporocracia han cometido crímenes que asesinan a la Tierra. Una lógica perversa y sistemática de dominación de los territorios... El Terricidio señala la responsabilidad de los estados y las empresas en el sentido de que estas comenten prácticas criminales genocidas contra los diferentes niveles de existencia y de vida y, por ende, pueden ser consideradas crímenes de lesa-humanidad.” (Dourado, 2020).

el núcleo de un modo de producción que pone en el centro la valorización del valor. El término *recurso* alude a una determinación que opera como engranaje fundamental del modo de producción capitalista y su modelo neoliberal. La construcción nominativa, no sólo legitima las prácticas y dinámicas económicas capitalistas en un plano discursivo, sino que enmascara formas de relacionarse construidas social e históricamente.

Así pues, la categoría recurso natural encubre relaciones sociales de producción fundamentadas en las formas de extracción y subsunción del trabajo propias de la lógica económica capitalista; por ello, es preciso plantear que el término remite a una relación social, tal como Marx lo expuso en su crítica de la economía política. Detrás de categorías como el dinero y la propiedad privada hay formas concretas de relacionarse en términos históricos y sociales. La extracción masiva y violenta de los *recursos naturales* es crucial para garantizar la acumulación capitalista y opera a partir de la producción y reproducción sistemática de relaciones de dominación y sometimiento que garantizan el triunfo de dicha lógica.

Históricamente, los bienes comunes naturales han sido objeto de una creciente apropiación y destrucción a medida que las fauces del capitalismo industrial lo han requerido. Este proceso se ha naturalizado y las relaciones sociedad-naturaleza, históricamente situadas, aparecen como inevitables y eternas. Sin embargo, estas relaciones son históricamente cambiantes y no siempre han sido las mismas. (Ivars, 2013: 92).

En el seno de la sociedad capitalista y sus entramados de relaciones sociales de producción, los recursos naturales encuentran su expresión central en el valor y no en el valor de uso. Para los ciclos de producción e intercambio capitalistas, los bienes de la naturaleza sólo sirven como *valor* dentro del circuito de reinversión de las ganancias y el movimiento incesante del capital. En este sentido, los recursos naturales, en tanto que valores de cambio, no poseen “ni un solo átomo de valor de uso” (Marx, 2009: 46). Para el capitalista nada importa (cualitativamente) si lo que se mueve en el ciclo productivo es la madera o los minerales, la extracción de estos bienes importa exclusivamente como recursos, precisamente porque son la expresión material del valor.

En términos marxianos, la forma *recurso natural* puede ser pensada como una forma desquiciada de la riqueza. Al igual que el valor y el dinero, los recursos naturales se presentan como una “objetividad espectral”, pues en el proceso de circulación e

intercambio capitalista se desdibuja todo átomo de valor de uso. ¿Qué implica esta omisión de su carácter cualitativo? Una suerte de desinterés en relación al impacto de su proceso productivo en el orden metabólico, pues se desdibujan las implicaciones de su extracción. En el marco de los procesos económicos contemporáneos, las materias primas (base de la economía mundial) que entran a circuitos capitalistas de producción e intercambio se han denominado *commodities*. Los bienes naturales y las naturalezas extrahumanas, sólo importan como recursos y en la medida que contribuyen con la valorización del valor.

En una zona de sacrificio, la "naturaleza" -o más bien la primera naturaleza- se considera "barata". En otras palabras, no sólo las vidas humanas son desechables allí; en realidad, todo es desechable: la fauna, la flora, ecosistemas enteros y paisajes. A los ojos de *Lord Capital*, todo puede sacrificarse: es sólo una cuestión de oportunidad económica y política. (Lopes de Souza, 2021: 224).

No obstante, el énfasis en el carácter histórico de la naturaleza tiene que ver con el reconocimiento de otras visiones del mundo y de distintos modos de reproducir la vida. Las concepciones de la naturaleza no son homogéneas, transhistóricas o universales, sino socio históricamente producidas. No en todas las sociedades, los frutos de la naturaleza son entendidos como recursos, ni la riqueza es entendida como un cúmulo de mercancías, pues tal como lo señala Marx en *El Capital*, “la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías” (Marx, 2009: 43). La riqueza es entonces una construcción social e histórica. En este sentido, así como la lógica del sistema capitalista se fundamenta en una racionalidad económica basada en el lucro y el valor valorizándose, en otras sociedades el entendimiento de la naturaleza y los bienes comunes es distinto.

El pueblo Kaiowá Guaraní lucha por la tierra porque pertenece a la tierra, no porque la tierra le pertenezca a su pueblo; la tierra no le pertenece a nadie. Para el indígena de la tierra, no hay otro lugar, no hay otra ecología. Frente a la desposesión, la expropiación y la expropiación fundamentada en la destrucción de la relación ecológica con la naturaleza, proteger la tierra tiene sentido a partir de la propia existencia. Se trasciende a la naturaleza en su percepción como recurso y alcanza una dimensión de la existencia como algo sagrado. (Krenak, 2018: 2).

En este sentido, reflexionar sobre las condiciones de posibilidad del colapso ecológico implica reconocer estos procesos históricos de desposesión, expoliación y expropiación que operan de forma antagónica a las cosmovisiones de muchos pueblos que coexisten con las naturalezas extrahumanas de forma armónica. Así pues, las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista se hacen cada vez más evidentes particularmente con el recrudecimiento de los estragos socioambientales emergentes en los últimos tiempos. Algunos autores afirman la inexorable inminencia del colapso ambiental, y con ello, el inicio del declive de una civilización cuyos cimientos ya se muestran frágiles e inestables.

Svampa y Viale (2020) plantean algunos factores centrales que deben de ser considerados al argumentar el inicio del colapso ecológico. En primer lugar, el cambio climático vinculado al calentamiento global, causado fundamentalmente, por las emisiones de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero. En segundo lugar, la pérdida de la biodiversidad, que se ha exacerbado debido a las alteraciones en el clima, desencadenando el inicio de la llamada *sexta extinción* masiva de especies. Otro factor señalado por los autores es el modelo de consumo y desecho vinculado a la obsolescencia programada, así como la existencia de un régimen agroalimentario corporativo.

Por su parte, Carlos Taibo (2017) afirma la inminencia del colapso ambiental global. Entre las causas que señala se encuentran el cambio climático, el agotamiento de las materias primas energéticas, el pico de la extracción petrolera, los ataques contra la biodiversidad, el panorama demográfico, la delicada situación social, la escasez de agua, la expansión de las enfermedades, la crisis financiera, las violencias desplegadas sobre los cuerpos de las mujeres, las tecnologías fuera de control, el terrorismo, las guerras y la huella ecológica. El autor sostiene que estas son tan sólo algunas de las causas que permiten asegurar que el colapso ambiental es una posibilidad real y cercana. Frente a la crisis del proyecto civilizatorio, la situación social, política y ambiental revela un panorama de colapso, una civilización en franco declive.

A su vez, el análisis del colapso ambiental no puede ser desvinculado de la crisis civilizatoria que es hoy una realidad tangible a nivel planetario. El proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista se está tambaleando. Es posible hablar de una concatenación de numerosas crisis (climática, hídrica, alimentaria, social, política, económica, etc.) que

ponen en cuestión los fundamentos de la civilización occidental y su carácter patriarcal, neocolonial e imperialista.

...es una crisis de la calidad misma, de la vida civilizada, una crisis que no solo es económica y política, no es solo una crisis de los estados nacionales y sus soberanías sino que está afectando y que lleva afectando mucho tiempo a los usos y costumbres de todos órdenes: sexuales, culinarios, habitacionales, cohabitacionales; que afecta a la definición misma de lo que es la política, de lo que es la familia, de lo que es la educación, de la relación entre la ciudad y el campo. Todos estos elementos están en crisis al mismo tiempo que aparecen estas crisis económicas y financieras. La crisis civilizatoria que se agudiza en la vuelta de siglo, no es una crisis nueva, no es por lo tanto, una crisis que está por venir, sino que acompaña a toda la historia de la modernidad. (Echeverría, 2010).

Pero si hablamos de un capitalismo en crisis, ¿cómo explicar que éste siga en pie? Millán (2021) establece que el capitalismo sigue en pie porque sus cimientos siguen vigentes, todos los procesos que permitieron su emergencia continúan siendo actualizados y reproducidos: el despojo, el trabajo asalariado, la atomización, etc. El proceso de reproducción social, aún está subsumido a la lógica de valorización del valor, y el sujeto social continúa siendo objeto de un proceso de atomización y fragmentación. Además, señala que el capitalismo se sostiene debido a la preeminencia de una pedagogía del terror, de una hipermasculinidad, que continúa perpetuando mecanismos represores y bélicos. Los discursos y narrativas, por su parte, siguen teniendo múltiples adeptos.

Cuando hablamos de crisis civilizatoria, la crisis de la modernidad capitalista, estamos dirigiendo la mirada a la perversión y negación de los fundamentos centrales que impulsaron su vuelo: la democracia, el predominio de la política sobre la economía, la creación incluso de una economía del bienestar social, los derechos de los trabajadores, la fraternidad universal, elementos todos centrales, inspiradores y legitimadores de su proyecto civilizatorio (Millán, 2021: 129).

1.2. Fractura metabólica global, imperialismo ecológico y desarrollo geográfico desigual

Desde una perspectiva marxiana el capitalismo puede ser entendido fundamentalmente como un modo de producción. Diversas corrientes marxistas, en particular el marxismo ecológico, han contribuido con la comprensión cabal de este modo de producción, así como

en el análisis de sus contradicciones inherentes. Estas categorías marxianas y marxistas facilitan la indagación de fenómenos contemporáneos enmarcados en la crisis planetaria actual. En este sentido, el concepto de *metabolismo social* constituye un aporte fundamental en el pensamiento de Marx dado su enorme potencial teórico y epistemológico. Para Toledo (2011) este concepto “es quizás el instrumento teórico más poderoso para analizar de manera conjunta las relaciones entre los procesos naturales y los procesos sociales” (Citado en Toledo, 2013: 42).

Autores como Schmidt (1976) han demostrado la centralidad de este concepto en el pensamiento de Marx, rastreando su génesis y su conexión embrionaria con las teorías de pensadores como Darwin. Más tarde, otros autores han profundizado y desarrollado dicho concepto. Toledo (2013) sostiene que la mayor parte de los análisis se han centrado en estudiar los flujos de materia y energía. En este sentido, dichos estudios han tendido a enfocarse exclusivamente en las entradas (inputs) y salidas (outputs) de energía, ignorando los flujos interiores, es decir, aquellos procesos que ocurren en las *entrañas*.

Los humanos dependen del funcionamiento de los ecosistemas para su propio sustento. Marx notó que hay una necesaria “interacción metabólica” entre los humanos y la Tierra, y que el trabajo opera como “un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza” (Marx, 2006: 215). Una relación metabólica supone procesos regulatorios que gobiernan el intercambio de materiales. Los sistemas naturales, como el ciclo de nutrientes, tienen su propio metabolismo, que opera independientemente de, y en relación a, la sociedad humana, permitiendo su regeneración y/o continuación. Para Marx, el concepto de metabolismo social capturaba el complejo intercambio de materia y energía entre seres humanos y naturaleza (Foster, 2000). Cada modo de producción genera un orden metabólico social particular que influye la relación sociedad-naturaleza, regulando la continua reproducción de la sociedad y las demandas sobre los ecosistemas (Clark y Foster, 2012: 3).

De acuerdo con Toledo (2013) el metabolismo entre la naturaleza y la sociedad está conformado por dos dimensiones o esferas: una que es material, visible o tangible, y la otra que es inmaterial, invisible o intangible. Asimismo, sostiene que el proceso metabólico se ve entonces representado por cinco fenómenos que son teórica y prácticamente distinguibles: la apropiación (A), que corresponde a la forma primaria de intercambio entre

la sociedad y la naturaleza, la transformación (T), que refiere a las alteraciones producidas en el proceso de extracción de la naturaleza, la circulación (C) que corresponde a la etapa en que las unidades de apropiación dejan de consumir lo que producen y de producir lo que consumen, el consumo (Co), un proceso en el que se involucra toda la sociedad y que está relacionado con la satisfacción de necesidades sociales, y por último, la excreción (E) que remite al acto de arrojar materiales y energía (de carácter residual) a la naturaleza (Toledo, 2013).

Desde un abordaje sociológico, Toledo (2013) plantea que estos cinco fenómenos metabólicos se articulan de forma particular a lo largo del tiempo. En este sentido, es más preciso analizar las formas específicas en que se articulan los procesos metabólicos con la naturaleza. El autor menciona que las instituciones que expresan relaciones estrictamente sociales (familia, mercado, sistemas de parentesco, etc.) tienden a organizar de manera social la articulación de los procesos metabólicos; esta sería la esfera inmaterial, invisible o intangible del metabolismo social.

En cada sociedad dada existe, por lo tanto, una articulación específica de los cinco procesos metabólicos, y una constitución específica de las relaciones sociales que configuran cada uno de ellos, que tienden a la reproducción, a la continuidad en el tiempo, al mostrar cierto consenso social a la hora de satisfacer las necesidades básicas. (Toledo, 2013: 53).

Así pues, el concepto de *metabolismo social* ha demostrado la existencia de un complejo entramado de relaciones entre los seres humanos y la naturaleza. En consonancia con la propuesta de Toledo en relación con la parte intangible del metabolismo social, es preciso pensar en las distintas formas en que acontecen los procesos productivos en las diversas sociedades y sus diferentes modos de producción. En este sentido, en el capitalismo, modo de producción dominante a nivel global, existe una relación específica entre la naturaleza y la sociedad. Como ya se ha mencionado con anterioridad, el modo de producción capitalista socava las bases que aseguran su propia existencia. En este sentido, Bellamy Foster (2013) ha propuesto el concepto de *fractura metabólica* para enfatizar las contradicciones del capitalismo en sus vínculos con la naturaleza.

De acuerdo con Foster (2013: 3), Marx señaló que la fractura metabólica corresponde a “un desgarramiento insanable en la continuidad del metabolismo social, prescrito por las leyes naturales de la vida”. En esta línea, Clark y Foster (2012) señalan que hay una factura ecológica vinculada a procesos globales de carácter imperialista. En este sentido, los autores proponen el concepto de imperialismo ecológico para pensar en la forma en que operan los patrones de una economía global fundamentada en la acumulación. “Mientras la apropiación de recursos de tierras lejanas ha estado presente a lo largo de la historia humana, los orígenes y el continuo crecimiento del capitalismo dependen de una explotación y un intercambio ecológico desigual cada vez mayores.” (Clark y Foster, 2012: 3). No se trata sólo del uso de los recursos en beneficio de los grandes imperios, sino de los impactos ecológicos producidos por este proceso de saqueo y desposesión que genera daños en los ecosistemas de los territorios expoliados.

El robo de estos recursos no tiene un carácter exclusivamente geopolítico, sino imperialista en términos ecológicos, lo que implica el reconocimiento de las asimetrías sistemáticas en la explotación del medio ambiente. La configuración de la economía capitalista parte de flujos materiales-ecológicos reales que generan desigualdades sociales y ambientales. Así pues, existe una extracción y exportación desigual de recursos de las periferias a los centros, pero también una transferencia de energía y materia, que ha socavado las condiciones socio-ecológicas. La huella ecológica de los países del centro es desproporcionada en comparación con los países periféricos, y siempre en beneficio de los primeros. (Clark y Forster, 2012).

El imperialismo ecológico permite a las naciones imperiales llevar adelante un “sobregiro ambiental” basado en los recursos naturales de los países periféricos. Al destruirse las condiciones materiales de desarrollo, los países del Tercer Mundo quedan cada vez más entrampados en la deuda que caracteriza a las economías extractivas. Los principios de conservación que se impusieron –parcialmente por razones económicas– en los países desarrollados, con el propósito de racionalizar la utilización de sus recursos, nunca se implementaron en la misma medida en el Tercer Mundo, donde el imperialismo impuso una descarnada filosofía de “después de mí, el diluvio”. (Clark y Foster, 2012: 12).

Uno de los procesos que ejemplifican la emergencia de una fractura ecológica global es la historia del guano. De acuerdo con los autores, “en el siglo XIX, el comercio de

guano/nitratos unió a China, Perú, Chile, Gran Bretaña y los Estados Unidos en una fractura metabólica global” (Clark y Foster, 2012: 6). El guano constituía una valiosa mercancía que podría contribuir con la reposición de los nutrientes perdidos en los suelos de los países centrales. Las prácticas de la agricultura capitalista habían deteriorado el suelo, lo que suponía una pérdida económica. Así pues, la comercialización del guano para su uso como fertilizante en las tierras degradadas se convirtió en la solución más viable para los países del norte.

De esta forma, inició una etapa conocida como la fiebre del guano. “Durante 40 años, Perú fue el país más importante para la satisfacción de las necesidades europeas y norteamericanas de fertilizantes” (Clark y Foster, 2012: 8). No obstante, a pesar de las millones de toneladas exportadas desde Perú, fue imposible satisfacer la demanda internacional. El comercio del guano tuvo numerosas consecuencias en el territorio peruano, desde trabajo en condiciones análogas a la esclavitud, hasta la transformación de los paisajes naturales del Perú. Todo el proceso extractivo del guano no hizo más que recrudecer la fractura metabólica global: “la fractura metabólica en el ciclo de nutrientes de Gran Bretaña creó una demanda de fertilizantes que eran abundantes en Perú. A partir del imperialismo ecológico y de variadas formas de intercambio desigual, la riqueza de este país fue usurpada, al tiempo que se contribuyó a la fractura metabólica global y a la degradación ambiental” (Clark y Foster, 2012: 10).

Desde la geografía económica y la geografía crítica, Neil Smith y David Harvey han propuesto la teoría del desarrollo geográfico desigual. De acuerdo con Smith (2020:163) “la necesidad de acumulación de capital lleva a una frenética expansión geográfica de la sociedad capitalista liderada por el capital productivo”. Smith sostiene que el desarrollo desigual es producto del desarrollo capitalista, y al mismo tiempo, su premisa geográfica. “En tanto producto, se trata de un patrón observable en los paisajes del capitalismo en la diferencia entre espacios desarrollados y subdesarrollados: mundo desarrollado y mundo subdesarrollado, regiones en ascenso y regiones en declive, suburbios y ciudad central” (Smith, 2020: 207).

La teoría de Smith parte de la premisa de que existe una diferenciación en la división del trabajo social desde un enfoque geográfico. Smith (2020) señala que la producción capitalista del espacio es desigual. Al ser la división del trabajo una cuestión

espacial, el capital necesita de lugares particulares para reproducir sus ciclos de acumulación. Para el autor la diferenciación desigual en el desarrollo espacial no tiene que ver con la localización del lugar o con las condiciones naturales, se trata más bien del resultado de una lógica económica del capital, pues la propia división del trabajo es el resultado de una dinámica social.

Para Harvey (2006) los procesos de acumulación del capital tienen un arraigo material en la trama socioecológica de la vida. “Los desarrollos geográficos desiguales reflejan diferentes maneras en las cuales los diferentes grupos sociales han envuelto materialmente sus modos de sociabilidad dentro de la trama de la vida, entendida como un sistema socioecológico envolvente” (Harvey, 2006: 23). Harvey sostiene que la producción capitalista acontece siempre en el espacio. Así pues, la acumulación de capital atiende a patrones geográficos desiguales en los cuales la acumulación por desposesión es una de sus dimensiones. “Los desarrollos geográficos desiguales enmascaran convenientemente la auténtica naturaleza del capital. La esperanza puede mantenerse eternamente, porque siempre hay alguna localidad, región o zona afortunada, en la que las cosas van bien mientras que a su alrededor todo son calamidades” (Harvey, 2014: 161).

1.3. Violencia lenta y sufrimiento ambiental

La crisis ecológica comprende un conjunto de fenómenos sociales, políticos, económicos y geográficos que se insertan en un escenario histórico contingente y cambiante. Son múltiples las dinámicas de opresión y sometimiento que se despliegan sobre todas las formas de vida que habitan el planeta. Muchas de estas dinámicas aparecen de forma relativamente oculta. Sin embargo, un análisis riguroso de su historicidad permite identificar que la violencia se presenta como una condición inherente a la propia crisis ecológica en sus múltiples manifestaciones y consecuentes estragos sobre los pueblos y la vida en sí misma. Si el capitalismo como modo de producción y como sistema de dominación es constitutivo de la modernidad occidental y del proyecto civilizatorio, resulta pertinente plantear que la violencia es también un núcleo fundante del conflicto ecológico. Como bien lo señala Marx “El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, de la cabeza hasta los pies”. (Marx, 2009: 950). La violencia constituye un

mecanismo fundamental y necesario para la valorización del valor y la acumulación capitalista.

La relación entre violencia y crisis ecológica es no sólo expresa sino necesaria dentro de la propia lógica del capital que en última instancia engendra una dinámica depredadora y voraz fundamentada en la expoliación, el despojo y la rapiña. De la misma forma en que Marx hablaba de la violencia como un proceso constitutivo de la génesis del capital, en su crítica a la llamada acumulación originaria o primitiva, la violencia directa se presenta hoy como una táctica central de las corporaciones y los poderes estatales que se encargan de garantizar la reproducción de los ciclos de acumulación capitalista. Estas prácticas de expoliación y violencia son más que evidentes: el desplazamiento forzado de comunidades enteras, el asesinato de defensores/as de la tierra, la represión policial de los pueblos y la militarización de sus territorios, la violencia sexual ejercida contra las mujeres, etc.

La violencia patriarcal, colonial y racista se hace evidente por medio de las vías más explícitas mostrando su carácter sanguinario, brutal y deliberado. La violencia feminicida, frecuentemente intersectada con la violencia racista y colonial, es el patrón manifiesto de este tipo de violencia omnipresente en la modernidad capitalista. Para Sayak Valencia (2010: 26) “el siglo XX puede ser entendido como un sinónimo de violencia, la cual se ha radicalizado a través del neoliberalismo y el advenimiento de la globalización hasta alcanzar en la primera década del siglo XXI la etiqueta de realidad *gore*”. Se muestra de la manera más clara que el clima de violencia se ha convertido en una realidad trágica y amenazante dada su innegable y categórica presencia en la vida cotidiana de los sujetos subalternos. Es en este sentido que Valencia habla de la existencia de prácticas *gore* dentro del capitalismo:

...con capitalismo *gore* nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de necroempoderamiento. (Valencia, 2010: 15).

Para Valencia, en las zonas fronterizas, el capitalismo ha adoptado una forma *gore* en el mismo sentido en que el género cinematográfico exalta la violencia más gráfica y extrema. Este tipo de violencia es una violencia espectacularizada que tiende a cobrar importancia mediática con tintes sensacionalistas. La autora analiza la violencia del capitalismo *gore* recuperando tanto su dimensión fáctica y cruenta como su carácter mediático y simbólico. Valencia plantea que es en el Tercer Mundo donde el capitalismo pone en marcha las más brutales y evidentes prácticas *gore*. Es en el Tercer Mundo, primordialmente, donde se despliegan estrategias ultraviolentas para obtener capital debido a que la muerte se ha convertido en la mercancía más rentable (Valencia, 2010).

La violencia es un rasgo constante de la dominación (económica, política, etc.). El uso de la fuerza física constituye sin lugar a dudas una de las estrategias elementales empleadas por los dominadores para asegurar el control y subordinación de los pueblos y perpetuar las lógicas lucrativas del sistema económico. Es preciso apuntar que la violencia se ha manifestado de forma histórica para garantizar la existencia de sistemas de opresión y subordinación. No obstante, la violencia no se ha desplegado exclusivamente sobre los sujetos humanos (racializados, feminizados y empobrecidos), sino que también ha generado un importante embate sobre los territorios, y por tanto sobre sus ecosistemas, sus paisajes, sus formas de vida no humanas y las prácticas colectivas para la reproducción social de la vida .

A lo largo de la historia, y particularmente a partir del hecho colonial, se ha vislumbrado con claridad que la violencia se presenta como un proceso de larga duración que ha adoptado múltiples expresiones brutales y explícitas: el genocidio de los pueblos nativos tras la invasión de las potencias coloniales, la violencia sexual perpetrada por los colonos blancos sobre los cuerpos de las mujeres que habitaban los territorios, la extracción masiva y voraz de los minerales del llamado Nuevo Mundo, la esclavización y mercantilización de personas africanas violentamente extirpadas de sus territorios, el exterminio de prácticas rituales, saberes ancestrales y pautas culturales por medio de la cristianización forzada, etc.

Estas son tan sólo algunas de las prácticas racistas y coloniales que ponen en evidencia la centralidad de la violencia en el devenir histórico. “La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva” (Marx, 2009: 940). De la misma manera,

Marx, Mies y Federici (entre otras) exponen detalladamente las formas violentas desarrolladas en el proceso de acumulación originaria en el Viejo Continente: la caza y quema de brujas, los crueles castigos para las mujeres y los vagabundos, la esclavización forzada de niños y niñas torturados/as en los procesos productivos, etc. La violencia más evidente y despiadada se ha manifestado de forma masiva a lo largo de la historia, pero particularmente en el espacio-tiempo en donde el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo se encontraron.

A su vez, la violencia ha sido un objeto de estudio sociológico, antropológico y filosófico que ha generado un amplio cuerpo de conocimientos y líneas teóricas de gran utilidad para analizar los múltiples fenómenos que acontecen en las sociedades. No obstante, tal cómo se ha desarrollado con anterioridad, el abordaje predominante se ha centrado en los tipos de violencia que adoptan rasgos visibles y manifiestos. Las expresiones más gráficas y crudas de la violencia suelen ser objeto de espectacularización y difusión mediática (tal como lo analiza Valencia) y tienden a convertirse en una ventana abierta para el lucro y las expresiones más insensibles y deshumanizadas del sistema económico. Lo cierto es, que el acento en aquello que se puede ver, posee una notable importancia en las conceptualizaciones más recurrentes de la violencia.

En su obra *La invención de las mujeres* Oyèronké Oyêwùmí sostiene que para las sociedades yorùbá han existido otros sentidos más significativos que la vista dentro del proceso de comprensión de la realidad. Para las sociedades yorùbá el oído constituye una fuerte potencia:

De los cinco sentidos, el oído es el más continuo y penetrante. Digo esto aun cuando muchos, desde Aristóteles en la *Metafísica* hasta Hans Joans en *The Phenomenon of Life*, han dicho que la vista es el más noble. Pero la vista siempre va dirigida a lo que está enfrente... Y la vista no puede doblar una esquina; al menos, no sin la ayuda de un espejo. En cambio, el sonido nos llega, nos rodea de momento, con un espacio acústico lleno de timbres y matices. Es más cercano y sugestivo que la vista. La vista siempre es la percepción de una superficie desde un ángulo particular. Pero el sonido es la percepción capaz de penetrar bajo la superficie... El habla es una comunicación que conecta a una persona con otra. Por tanto, la calidad del sonido es fundamentalmente más vital y conmovedora que la vista. (Lowe en Oyêwùmí, 2017).

Lo que Oyewumi está planteando es que Occidente ha privilegiado lo visual para comprender la realidad. Sin embargo, en otras sociedades no occidentales la comprensión del mundo se ha anclado en una multiplicidad de sentidos. Lo visible suele ser un punto de partida desde el cual Occidente interpreta lo que acontece. Es en esta línea, que si algo queda fuera de la vista no existe. Se ha pasado por alto no sólo la centralidad de otras maneras para entender las dinámicas del mundo social hoy fuertemente ancladas en los lenguajes escritos (a veces incluso más que visuales), sino también la forma en que aquellos acontecimientos de largo aliento moldean las dinámicas del presente a partir de una multiplicidad de microrrelatos, microprácticas, microhistorias, micropolíticas, micropoderes y muchas veces microviolencias, que conforman un tejido dinámico y fuertemente presente en la vivencia de los pueblos.

Se habla del carácter micro de estos acontecimientos, no para trivializar su importancia y sus efectos concretos en las sociedades. Por el contrario, este conjunto de prácticas, historias, políticas, relatos, poderes y violencias se teje de forma sólida a lo largo del tiempo produciendo efectos concretos en los territorios, muchas de las veces extremadamente violentos y graves debido a su temporalidad progresiva y su fiera lentitud. Son patrones de violencia relativamente invisibles cuya imperceptibilidad, muchas veces, anula su denominación como hechos violentos. Así, las prácticas violentas invisibilizadas quedan ocultas detrás de un velo que les confiere la etiqueta de “consecuencias necesarias”, “sacrificios inevitables” o “efectos colaterales”.

La crisis ecológica ha sido un ejemplo contundente de esta invisibilidad implacable. Las comunidades racializadas y empobrecidas han sufrido progresivamente los estragos de numerosos procesos de degradación ambiental. Estas consecuencias violentas pueden ser pensadas en los términos propuestos por Nixon. Se trata de "una violencia que ocurre gradualmente y fuera de la vista, una violencia de destrucción retardada que se dispersa a través del tiempo y el espacio, una violencia de desgaste que típicamente no se ve como violencia en absoluto" (Nixon, 2011: 2). El ocultamiento de esta violencia atiende pues a una cierta conceptualización y delimitación restringida de su significado.

Nixon (2011) señala que la violencia suele ser pensada exclusivamente como un acto inmediato, explosivo y espectacular, cuya visibilidad es instantánea y sensacionalista. La violencia tiende a ser comprendida como un evento, limitado en un tiempo particular e

inscrita en un cuerpo. No obstante, la propuesta de Nixon apunta al entendimiento de un tipo de violencia que es exponencial y que se alimenta en un plazo de larga duración por medio de una multiplicidad de temporalidades. Se trata de una violencia que frecuentemente atraviesa generaciones y que se construye a lo largo de los años, pero a veces, incluso a lo largo de décadas o siglos. Su lentitud, no implica en ningún sentido su intrascendencia, por el contrario, es imperativo nombrarla y reconocerla, para denunciar sus efectos y combatirlos activamente.

El cambio climático, el descongelamiento de la criosfera, la deriva tóxica, la biomagnificación, la deforestación, las secuelas radiactivas de las guerras, la acidificación de los océanos y una serie de otras catástrofes ambientales que se desarrollan lentamente presentan formidables obstáculos representativos que pueden dificultar nuestros esfuerzos para movilizarnos y actuar con decisión. Las largas muertes -las escalonadas y asombrosamente no contadas víctimas, tanto humanas como ecológicas, que resultan de las secuelas tóxicas de la guerra o cambio climático- están poco representadas en la planificación estratégica, así como en la memoria humana. (Nixon, 2011:3)

Así pues, el concepto de violencia lenta posee un potencial epistemológico y político en tanto que permite hacer visible lo invisible a través del nombramiento. Para Cahill, hablar de violencia lenta permite posicionar de forma crítica cuestiones sobre: el testimonio, la vigilancia, el rechazo y el silenciamiento (Cahill, 2009: 1056). Al nombrar este tipo particular de violencia como un proceso invisible, se pone sobre la mesa una cuestión que no se plantea como objeto de discusión en las esferas de diálogo dominantes. Es en este sentido, que el nombramiento del acto invisibilizador implica una denuncia activa y se posiciona contra el sensacionalismo y la espectacularización imperante en aquellas narrativas que hacen de la violencia un fetiche.

“Toda la vida de las sociedades en que reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de espectáculos. Todo lo que antes era vivido directamente se ha alejado en una representación” (Debord, 1967: 8). Pensar en la forma espectacularizada que ha adoptado la violencia implica reflexionar en torno a las condiciones modernas de producción. ¿Qué implicaciones concretas tiene la acumulación de ciertos eventos violentos? Por un lado, una suerte de selectividad a partir de la cual algunos sucesos violentos son más rentables que otros, y por otro lado, la invisibilización

de aquellos eventos graduales cuya gravedad es relativizada, debido a que los sujetos que la padecen habitan en la zona del no ser.

“El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes.” (Debord, 1967: 9). Si el espectáculo de la violencia, es una forma de relación social, la invisibilidad de la violencia también lo es. Como se ha abordado antes, el silencio y la invisibilidad no son fortuitos, sino intencionales. La fetichización de la violencia, no sólo enmascara la multifactorialidad de la violencia, sino que se presenta además como un proceso cuya aplicabilidad y denominación se torna selectiva. Hacer de la violencia un fetiche implica encubrir procesos históricos de dominación y sometimientos sobre pueblos y comunidades enteras.

En este sentido, la espectacularización de la violencia aparece como un proceso dual: 1) evidente y 2) aleatorio. Se presenta como evidente dada su incuestionable visibilidad (por ejemplo, los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos) y su espectacularización tiende a aparecer como aleatoria, es decir, no se da importancia al hecho de que sólo se difundan masivamente los eventos violentos que ocurren en el Norte Global. Sin embargo, no es aleatoria en ningún sentido la selectividad mediática que se propone a difundir ciertos eventos y a suprimir otros.

Nixon se escinde de la propuesta de Galtung al considerar que ésta se construye desde un paradigma estático. Nixon quiere reflexionar sobre el carácter dinámico, gradual y acumulativo de la violencia en el espacio-tiempo. "En contraste con las connotaciones estáticas de la violencia estructural, he buscado, a través de la noción de violencia lenta, poner en primer plano las cuestiones de tiempo, movimiento y cambio, aunque sea gradual". (Nixon, 2011: 11). Así pues, la violencia lenta posee un carácter estructural, debido a que se configura a partir de múltiples factores estructurales y sistémicos, pero además, debe ser pensada como un proceso en movimiento a pesar de su relativa invisibilidad.

Uno de los ejemplos más claros para entender esta lenta violencia es el caso de los megaproyectos. La implementación de los megaproyectos suele llevarse a cabo sin consulta previa de las comunidades y contra su voluntad. A pesar del rechazo y oposición expresada por las comunidades las empresas y los gobiernos apelan a retóricas desarrollistas ofreciendo numerosas promesas de empleo, oportunidades laborales y económicas y

condiciones de prosperidad para las poblaciones. No obstante, preguntándoles o no si desean aceptar el desarrollo de estos proyectos, ni las empresas ni el Estado alertan de los graves riesgos medioambientales, sociales y económicos que resultan de su implementación.

Lo mismo ocurre con los megaproyectos como presas, complejos turísticos, proyectos aeroportuarios, gasoductos, etc.

Se trata de "calamidades que son lentas y duraderas, calamidades que dispensan pacientemente su devastación mientras permanecen fuera de nuestros parpadeantes lapsos de atención y fuera del ámbito de los medios corporativos impulsados por el espectáculo" (Nixon, 2011: 6). En las zonas de sacrificio, las comunidades experimentan en carne propia la devastación lenta y progresiva de sus territorios. Muchos de los casos de degradación medioambiental son condenados a un espacio de invisibilidad. De esta forma, la violencia lenta opera, en cierto sentido, de una forma agresivamente silenciosa. Las naturalezas humanas y extrahumanas sujetas a la violencia lenta sufren los estragos de la catástrofe ambiental, muchas veces en silencio.

En su análisis sobre la Villa Inflamable en Argentina, Auyero y Swistun (2007) emplearon el término *sufrimiento ambiental* para nombrar la experiencia de vivir en un contexto tóxico. A partir de la recuperación de las percepciones que tienen los habitantes sobre su hábitat contaminado, recuperando a Bourdieu, los autores proceden a indagar en torno a las formas modernas de sufrimiento social. Los autores definen este concepto como "una forma particular de sufrimiento social causado por las acciones contaminantes concretas de actores específicos" (Auyero y Swistun, 2008: 38). El sufrimiento provocado por los riesgos medioambientales y la devastación ecológica revela la trama de desigualdades socioecológicas existente en las sociedades contemporáneas. No todas las personas están expuestas a los riesgos ambientales (Douglas, 1996; Beck, 1998) en la misma medida, y por lo tanto, no todas las personas experimentan sufrimiento ambiental.

El sufrimiento ambiental corresponde a una experiencia encarnada en cuerpos concretos. La corporización del sufrimiento genera múltiples cuestionamientos en torno a los fundamentos de dicho sufrimiento y la incapacidad de resolución de las causas que lo provocan. El sufrimiento ambiental es un tipo de sufrimiento que se experimenta en los

cuerpos individuales, y simultáneamente en el cuerpo colectivo, que es violentado y desgarrado de forma sistemática.

...este proceso de “hacer sentido” del sufrimiento es una experiencia individual, ya que el padecimiento es parte del cuerpo de un sujeto específico, pero a la vez es social en tanto las situaciones de sufrimiento son construcciones colectivas ancladas en contextos relacionales y discursivos específicos que moldean culturalmente las formas en las que los actores viven y entienden su dolor y las causas que lo producen. (Citado en Iturralde, 2014).

Al problematizar la noción de *sufrimiento ambiental*, es preciso pensar en las implicaciones que tiene dicho sufrimiento en la sociedad. El sufrimiento ambiental conlleva la negación del bienestar individual y colectivo y la violación derechos humanos fundamentales como la salud. Por ello, el sufrimiento ambiental tiene un carácter fundamentalmente político. El sufrimiento ambiental no es aleatorio, sino que es resultado de las desigualdades socioecológicas y los impactos diferenciados de la crisis ecológica sobre las poblaciones racializadas, empobrecidas, colonizadas, feminizadas e ilegalizadas. Así como la huella ecológica es provocada de forma asimétrica, el sufrimiento ambiental es experimentado de manera injusta y desproporcionada.

1.4. Modelo extractivo, neoextractivismo y colonialismo interno

La reproducción de los ciclos del capital requiere de estrategias para garantizar su funcionamiento. Algunas de estas estrategias se despliegan al interior de las naciones, desarticulando los modos de reproducción social de comunidades, naciones y sectores poblaciones preexistentes a la configuración del Estado-Nación, tal es el caso del colonialismo interno. Asimismo, en América latina los Estados han establecido numerosas alianzas con capitales internacionales y corporaciones globales para garantizar la llamada acumulación por desposesión/despojo. En este sentido, resulta importante analizar la dimensión extractivista, neoextractivista y neocolonial en la región, con el objetivo de trazar la conexión entre las zonas de sacrificio y las estrategias para la acumulación del capital.

De acuerdo con Acosta (2012) los países saqueados experimentan la “maldición de la abundancia” o la “paradoja de la abundancia”, pues son los países con más recursos naturales los que están condenados a vivir en el subdesarrollo. Sería más preciso retomar

las concepciones críticas sobre el desarrollo y afirmar que aquellos países que son abundantes en bienes naturales son subdesarrollados por los países desarrollados. Por ello, el desarrollo no es más que una quimera y un horizonte inalcanzable para los países del Sur Global. Atendemos nuevamente, a lo que Gunder Frank (1967) sostenía en torno al desarrollo del subdesarrollo:

...la investigación histórica demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. Lo que es más, estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto (Gunder Frank, 1967: 159).

En los últimos tiempos se han acuñado conceptos como extractivismo, actividades económicas extractivas o modelo extractivo exportador para dar cuenta de los procesos de mercantilización y explotación de los bienes comunes en América Latina y el Sur Global. De acuerdo con la literatura existente (Gudynas, 2009; Svampa, 2011; Acosta, 2011), el término extractivismo se ha empleado predominantemente para explicar las dinámicas de explotación intensiva o a gran escala de *recursos naturales* (renovables y no renovables), destinados principalmente a la exportación. Autores como Gudynas (2010), han señalado una distinción entre extractivismo (en su forma convencional o clásica) y neoextractivismo. “El objetivo fundamental dentro del extractivismo clásico es alcanzar altas tasas de crecimiento económico a través del estímulo de las exportaciones. En este marco, la IED en sectores como la minería y los hidrocarburos resulta fundamental” (Citado en Portillo, 2014).

El extractivismo es un concepto que ayuda a explicar el saqueo, acumulación, concentración, devastación (neo) colonial, así como la evolución del capitalismo moderno e incluso las ideas de desarrollo y subdesarrollo –como dos caras de un mismo proceso. Si bien el extractivismo comenzó a fraguarse hace más 500 años, ni este ni los procesos de conquista y colonización concluyeron al finalizar la dominación europea. Y debe quedar claro que no hay colonialidad sin colonialismo, ni capitalismo sin extractivismo, pues éste es un fenómeno estructural, históricamente vinculado y acotado a la modernidad capitalista. (Acosta, 2016: 26).

A su vez, cabe destacar que el extractivismo es una de las formas de acumulación por desposesión, y se refiere a la extracción masiva de bienes naturales que se exportan como materias primas en beneficio de las inversiones extranjeras y las empresas transnacionales. La acumulación por desposesión es parte de la ofensiva del capital contra los pueblos subalternos del mundo. Para Harvey (2007) la acumulación por desposesión se refiere a:

La continuación y proliferación de las prácticas de acumulación que Marx había considerado originales o primitivas durante el surgimiento del capitalismo. Estas prácticas incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y el desalojo forzoso de las comunidades campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad en derechos exclusivos de propiedad privada; la suspensión de los derechos a los bienes comunes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de los modos alternativos de producción y consumo; los procesos coloniales, neocoloniales e imperialistas de apropiación de la propiedad; y, por último, la usura, el endeudamiento de la nación y, lo más devastador, el uso del sistema de crédito.

Desde este punto de vista, la acumulación a través de la desposesión conduce a una importante degradación medioambiental, así como a graves repercusiones sociales, especialmente para las comunidades despojadas de sus tierras o que se enfrentan a la extracción de bienes comunes. Para Seoane (2013: 28), “el modelo extractivo exportador supone la imposición de una lógica de saqueo, contaminación, recolonización y nueva dependencia”. Pero además, se trata de un modelo fundamentado en la violencia, el fraude, la corrupción y el autoritarismo, en donde están involucrados diversos actores del Estado: las fuerzas militares y policíacas, los grupos paramilitares, los altos funcionarios, etc. Aunque además de los mecanismos de violencia física, también son empleadas estrategias de coacción económica y manipulación ideológica. (Seoane, 2013).

Gudynas (2010), el extractivismo ha adoptado una nueva cara, particularmente con el auge de los gobiernos progresistas. Para explicar las particularidades del modelo extractivo exportador, Gudynas emplea el término neoextractivismo. El autor señala que en esta nueva etapa se intensifica la presencia estatal (aumento de tributos y regalías para garantizar una mejor regulación). Y a su vez, las corporaciones internacionales reaparecen bajo otros modos de asociación, acentuando la dependencia de los mercados globales. En muchos casos, el Estado incluso subvenciona los diferentes emprendimientos, como en el

caso boliviano, donde el ex presidente Evo Morales brindó numerosos apoyos destinados a la explotación de yacimientos de hierro (Gudynas, 2010).

Por su parte, Svampa y Viale (2020), señalan que el pensamiento crítico latinoamericano ha empleado el término neoextractivismo para el estudio de la problemática climática y ambiental. Los autores señalan que se trata de una categoría cuyo enorme potencial explicativo y analítico posee una dimensión que posee un importante carácter de denuncia y convoca a la movilización. “El extractivismo no es una fase más del capitalismo ni tampoco un problema de economías subdesarrolladas vinculado a la estructura colonial de nuestros territorios... El extractivismo recorre ya la larga memoria de América Latina y define un patrón de acumulación... (Svampa y Viale, 2020: 63).

El neoextractivismo se refiere a un modo de apropiación de la naturaleza y a un modelo de desarrollo insustentable (o mal desarrollo) basado en la sobreexplotación de bienes naturales, en gran parte no renovables, y caracterizado por la gran escala y su orientación a exportación, así como por la expansión vertiginosa de las fronteras de explotación hacia nuevos territorios, antes considerados improductivos o no valorizados por el capital. (Svampa y Viale, 2020: 69).

De acuerdo con Mina Navarro (2019: 10), “las políticas neoliberales han reconfigurado y radicalizado aquellas formas de despojo, separación, expansión y apropiación constante del trabajo vivo y de la naturaleza.” La apropiación de la Naturaleza ha sido fuertemente impulsada por el proyecto neoliberal dirigido por los grandes capitales nacionales y transnacionales, en conjunción con el Estado. Se ha desplegado una ingeniería de conflictos, es decir, un gran conjunto de estrategias jurídicas, disciplinarias, represoras, criminalización, fundamentadas en la militarización, la cooptación y la contrainsurgencia, cuyo objetivo central es asegurar la consolidación y emergencia de nuevos espacios de mercantilización y explotación (Navarro, 2019).

En esta línea, diversos autores han realizado numerosas críticas a los llamados *gobiernos progresistas* debido a que en su afán de impulsar el desarrollo económico en los países de la región latinoamericana han pasado por alto las numerosas consecuencias socioambientales inherentes al modelo extractivo. Si bien muchos de estos gobiernos han impulsado cambios sustanciales en materia de derechos humanos y redistribución de las riquezas, han hecho caso omiso de la conflictividad sociopolítica que se despliega a partir

de las actividades extractivas de sectores como la minería y los hidrocarburos. “En todos los países bajo gobiernos progresistas se ha mantenido, e incluso reforzado, los sectores extractivos, que incluyen la minería, gas y petróleo, y los monocultivos de gran cobertura orientados a la exportación” (Gudynas, 2010: 4).

Así pues, es preciso hablar de *colonialismo interno* (Casanova, 2006) para dar cuenta de un proceso histórico que continúa desplegándose sobre los pueblos y reconfigurando sus estrategias y dinámicas. González Casanova (2006) propone esta categoría para dar cuenta del colonialismo, no sólo como un fenómeno internacional, sino como un fenómeno que acontece al interior del Estado-Nación. En esta línea, el valor explicativo de este concepto tiene que ver con la posibilidad de identificar, nombrar y reconocer la existencia de continuidades coloniales, incluso después de los procesos de independencia de las antiguas colonias. De acuerdo con Romero (2013), se trata de una categoría analítica que permite dar cuenta de un problema de corte estructural, más que sólo una cuestión racial o cultural, y se materializa como una política sistemática, es decir, de forma recurrente ordenada y metódica. “El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos” (Casanova, 2006: 197).

Se emprende bajo el falso mito de llevar civilización y progreso, se complementa perfectamente con las estructuras pre-capitalistas pues las metrópolis monopolizan la explotación de los recursos naturales de las colonias, obtiene de los colonizados un ejército de reserva de mano de obra barata, construye nuevas rutas para la importación de materias primas y la exportación de sus productos, al mismo tiempo que aseguran ingresos fiscales, por mencionar algunos elementos (Romero, 2013).

La idea del desarrollo no sólo propugna un falso paradigma de bienestar fundamentado en la productividad y el consumo, sino que se erige como un camino necesario para dejar atrás todo rastro de *incivilización*. Para superar esta civilización es preciso transitar hacia el desarrollo. Pero como ya se ha mencionado antes, el desarrollo para los países del Sur Global no conlleva más que un cúmulo de estragos sociales, económicos, políticos y medioambientales. Para Gustavo Esteva (2011: 1) “el desarrollo es hoy el emblema de un mito en agonía y un lema político para vender productos tóxicos”. Por esta razón, autoras

como Svampa y Viale (2014) proponen retomar el concepto de *maldesarrollo*, empleado por primera vez por autores como René Dumond y M. F. Mottin (1981) y Shiva (1995).

...este concepto hacía referencia explícita al maldesarrollo en América Latina y estaba relacionado con una paradoja: la de un subcontinente que presenta un crecimiento considerable en términos de fuerzas productivas y de riquezas producidas; una industria importante; ciudades gigantescas (más aún, delirantes), con mayor contaminación y embotellamiento que las de los países desarrollados; en fin, un despilfarro de recursos naturales y de fuerza de trabajo. Así, la desigualdad, el derroche, el saqueo, entre otros, habían configurando lo que los autores llamaron “maldesarrollo”, sin querer por ello oponer al mismo un supuesto “desarrollo” correspondiente a Europa y Estados Unidos. (Svampa y Viale, 2014: 27).

1.5. Deuda ecológica y modo de vida imperial

La deuda ecológica es una deuda acumulada, que forma parte tanto del pasado como del presente. En palabras de la Alianza de los Pueblos del Sur Acreedores de la Deuda Ecológica, la deuda ecológica incluye, una deuda histórica, una deuda por los impactos ambientales, sociales, culturales y económicos, una deuda por apropiación intelectual, una deuda por los daños causados por las armas químicas, una deuda de carbono por la contaminación de la atmósfera, una deuda por la imposición de los paquetes tecnológicos y una deuda por el uso y la degradación de las mejores tierras, del agua, del aire y de la energía humana.

La deuda ecológica es la deuda acumulada, histórica y actual, que tienen los países industrializados del Norte, sus instituciones y corporaciones, con los pueblos y países del Sur por el saqueo y usufructo de sus recursos naturales, la explotación y empobrecimiento de sus pueblos, la destrucción, devastación y contaminación sistemática de su patrimonio natural y fuentes de sustento. (Citado en Donoso, 2004). Svampa y Viale (2020: 36) señalan que el concepto de deuda ecológica alude a la “histórica relación de expoliación y destrucción de los bienes naturales por los países ricos en relación con los países más pobres, y también a la libre utilización que los países ricos han hecho del espacio ambiental global para depositar residuos”.

La deuda ecológica del Norte respecto de los países del Sur es imposible de cuantificar. En el caso de América Latina, desde Potosí en la época colonial hasta el

presente, es tan visible como incuestionable y se refiere a un histórico mecanismo de saqueo y expoliación de bienes naturales, como asimismo a los impactos ambientales y territoriales, las mal llamadas externalidades. Los elevados costos ambientales que terminan pagando los pueblos del Sur ponen de manifiesto patrones de injusticia ambiental y reflejan profundas desigualdades entre los hemisferios... (Svampa y Viale, 2020: 36).

El modo de producción capitalista se caracteriza por su afán expansivo. El concepto de modo de vida imperial ha sido ampliamente retomado por Ulrich Brand Markus Wissen (2017) para analizar las diferentes dimensiones del capitalismo contemporáneo (el consumo, la producción, los valores, cuestiones geopolíticas, etc.). El modo de vida imperial se basa en la exclusión del otro, lo que existe sobre un otro que es marginalizado, tratado de una forma descartable y sacrificable. Los autores reflexionan en relación a cómo es que en los lugares más ricos existen más posibilidades de acceder a ciertos bienes, servicios e infraestructuras que en los lugares más empobrecidos (Fernandes, 2023). Tal como se ha mencionado a lo largo de esta investigación, esta diferencia en el acceso, no es de ninguna forma aleatoria, sino histórica y política.

Brand y Wissen (2017) reflexionan sobre un modo de vida fundamentado en la explotación, el imperialismo y la violencia. El consumismo desmedido es una de las dimensiones analíticas de la categoría de *modo de vida imperial*. No obstante, no es el eje rector de dicho concepto, es tan sólo un elemento de un tipo de organización y dinámica de vida de un lugar en relación a otro. La idea central del concepto es que la vida cotidiana de las personas en los centros capitalistas sólo es posible a partir de la configuración de relaciones sociales, entre humanos y seres humanos-naturaleza, en otro lugar (la periferia); es decir, por medio del acceso ilimitado a mano de obra, recursos naturales y ecosistemas. El modo de vida imperial solo existe en algunos lugares (centro) porque en otros lugares (periferia) no es posible promover ese mismo modo de vida. (Fernandes, 2023).

Los autores analizan la forma en que se ha normalizado este modo de vida en los países del Norte Global, fundamentalmente, pero también en ciertos sectores al interior del Sur Global. Se trata de un conjunto de prácticas cotidianas que perpetúan relaciones de dominación sobre otros seres humanos y sobre la naturaleza.

...el modo de vida imperial tan arraigado en las instituciones políticas y en la economía, la cultura, las mentalidades, las orientaciones e intereses de los actores políticos y sociales

relevantes, así como en la práctica cotidiana, es una de las razones principales por la cual es tan difícil realizar cambios estructurales... El modo de vida imperial en el Norte global tiene una fuerte influencia de carácter jerárquico sobre la estructura de las sociedades en otros lugares... La procedencia de la materia prima que se utiliza para producir electrodomésticos, aparatos médicos o la infraestructura del transporte, así como el suministro de agua y energía, las condiciones laborales en las cuales se extrae la materia prima o se producen textiles y alimentos, así como la energía necesaria para ello, no están visibles a la hora de comprar, consumir y utilizar los productos de uso cotidiano, incluyendo los productos culturales, por ejemplo, los medios impresos y digitales. Es aquella invisibilidad de las condiciones sociales y ecológicas que causa la sensación de normalidad a la hora de comprar y consumir los productos. (Brand y Wissen, 2017: 65).

El modo de vida imperial está vinculado a los clásicos postulados marxianos en torno al fetichismo de la mercancía. Las mercancías *aparecen* de una forma ilusoria, encubriendo el proceso productivo que está contenido en ellas. Los consumidores adquieren productos, cuya proveniencia desconocen, eso implica que ignoran la explotación de los recursos que fue necesaria para producirlos, las relaciones de explotación y sometimiento de otros seres humanos y de la naturaleza, la violencia directa y la violencia lenta provocada en los territorios de donde se obtuvieron las materias primas, las implicaciones geopolíticas e históricas, etc.

El concepto modo de vida imperial que proponemos hace referencia a las normas de producción, distribución y de consumo que están profundamente arraigadas con las estructuras y prácticas políticas, económicas y culturales en la cotidianidad de la población del Norte global y cada vez más también de los países emergentes del Sur global. No se refiere sólo a las prácticas materiales, sino, en particular, a las condiciones estructurales y los ideales y discursos sociales que las permiten. Dicho de forma más aguda: los estándares de una vida “buena” y “correcta”, la cual consiste con frecuencia en el modo de vida imperial, se marcan en la cotidianidad, a pesar de que forman parte de condiciones sociales complejas y, sobre todo, de infraestructuras materiales y sociales. (Brand y Wissen, 2017: 66).

Para los autores, el afianzamiento del modo de vida imperial supone un momento clave en la producción de las sociedades capitalistas. Los discursos y narrativas terminan solidificándose en prácticas concretas e instituciones a partir de las cuales emerge la

conflictividad. El concepto consiste en los modos de producción y distribución de las condiciones (materiales y culturales) necesarias para la gestión de la vida. El modo de vida imperial, es algo más que un estilo, se asemeja más bien a la propuesta bourdiana que conjuga la posibilidad de elección de un individuo que a su vez está constreñido a una estructura social. Los autores enfatizan en las asimetrías inmersas en las condiciones estructurales y en las condiciones imperiales de los patrones de conducta. (Brand y Wissen, 2017).

Brand y Wissen (2017) mencionan que prácticas tan cotidianas como conducir, caminar, alimentarse o bañarse forman parte del modo de vida imperial. Se trata de acciones que se han vuelto tan habituales, que los sujetos no se cuestionan sus implicaciones. Por el contrario, son prácticas que resultan completamente racionales. Retomando a Bourdieu es “la cultura hecha naturaleza, es decir, la cultura incorporada, la clase hecha cuerpo” (Citado en Brand y Wissen, 2017: 70). Asimismo, los autores mencionan que el proyecto de vida androcéntrico y eurocéntrico de la masculinidad hegemónica, así como el racismo estructural y el neocolonialismo forman parte integral del modo de vida imperial.

El modo de vida imperial implica, entonces, relaciones de poder y dominio, poniendo en manifiesto los costos diferenciados de la catástrofe ecológica mundial.

...la externalización de los costos materiales sociales y ecológicos, va de la mano con procesos simbólicos de la marginación y experiencias de desprecio [...] con prácticas que incluyen traspasar la carga e invertir la culpa, proyectando la responsabilidad de los daños a los mismos afectados. (Brand y Wissen, 2017: 75).

La marginación de las poblaciones afectadas se vincula con el profundo desprecio que sienten las élites y los sectores acomodados por los sectores populares. Como mencionan Brand y Wissen (2017) los países del Norte Global adquieren una suerte de postura de superioridad. Así pues, no es sólo que los países del Norte y los sectores acomodados sean mayormente responsables por la contaminación y devastación ambiental, sino que además se encargan de invertir la culpa y responsabilizar a los sujetos subalternos por su propia subordinación. Esto se traduce en un proceso de estigmatización vinculado a la segregación y marginación socioespacial. Los pueblos que habitan en territorios sacrificables son

construidos como colectividades que ya estaban “destinadas” a vivir sumidos en la pobreza, la miseria y la catástrofe.

Durante décadas, poco se supo de estas comunidades de la línea divisoria. La gente vivía en ellas, bebiendo agua contaminada y respirando aire contaminado, sin ver la forma de hacer nada al respecto. Prevalecía un sentimiento de fatalismo por estar atrapados en estos recintos contaminados. Las condiciones ambientales de estos barrios eran a menudo tan malas que resultaba obvio (al menos para los que vivían allí) que estas condiciones estaban enfermando a la gente, pero así eran las cosas. (Lerner, 2010: 4).

1.6. Producción capitalista del espacio, segregación socioespacial y estigmatización territorial

En su reconstrucción de la teoría marxiana David Harvey (2001) sostiene que Marx reconocía que la acumulación del capital acontece en determinados contextos geográficos, pero que además produce estructuras geográficas específicas. Así pues, retomando algunos de los postulados marxianos más importantes, el autor enfatiza la centralidad que ocupa el espacio y las relaciones espaciales dentro del modo de producción capitalista. Harvey (2014) sostiene que el capital se empeña en producir un paisaje geográfico favorable a su propia reproducción. No obstante, se trata de un paisaje perpetuamente inestable. “Parte de la dinámica de acumulación capitalista es la necesidad de construir paisajes completos sólo para derribarlos y construirlos de nuevo en el futuro” (Harvey, 2001: 90).

“El capital y el Estado capitalista desempeñan un papel protagonista en la producción de espacios y lugares en los que se desarrolla la actividad capitalista” (Harvey, 2014: 150). En este sentido, el análisis socioespacial resulta relevante para comprender cómo se configuran estas dinámicas de segregación y estigmatización territorial. Las desigualdades socioecológicas, además de estar corporizadas también se traducen en el espacio, tal como lo han señalado algunos exponentes de la geografía crítica. De acuerdo con Lefebvre “el capital no sólo ocupa, sino que produce espacio. El espacio no es incidental; la acumulación del capital es la producción de espacio” (Citado en Moore, 2020: 26). En esta misma línea, Moore menciona que “todas las relaciones sociales son relaciones espaciales, relaciones dentro de la trama de la vida”(Moore, 2020: 26). Es en el espacio que se revela la trama de interdependencia de las naturalezas humanas y extrahumanas, y paralelamente, se evidencian las desigualdades socioecológicas.

Es preciso considerar, que tal como lo señaló Durkheim (1982) en *Las formas elementales de la vida religiosa*, el espacio y el tiempo no son más que constructos sociales. Diversos antropólogos y sociólogos han concluido que *diferentes sociedades producen conceptos cualitativamente distintos de espacio y de tiempo* (Citado en Harvey, 2018). Es en esta línea, que Lefebvre (2013) habla de la producción social del espacio. El espacio “implica, contiene y disimula relaciones sociales”. El espacio para Lefebvre (2013) no es una cosa sino un conjunto de relaciones. En este sentido, en las sociedades capitalistas la organización del tiempo y el espacio ha adoptado una forma particular. “Para el capital el tiempo es dinero. Atravesar el espacio, cuesta tiempo y dinero”. (Harvey, 2014: 150).

El espacio dominante, el de los centros de riqueza y de poder, se esfuerza en moldear los espacios dominados — de las periferias— y mediante el uso de acciones a menudo violentas reduce los obstáculos y todas las resistencias que encuentra. (Lefebvre, 2013: 108).

Así pues, desde la perspectiva de Lefebvre los espacios sociales son conjuntos de relaciones sociales. Las relaciones sociales involucran dinámicas de poder, sometimiento y segregación. En esta línea, uno de los recursos simbólicos que sustenta la segregación y marginación de determinados sectores es la estigmatización territorial. Para Wacquant (2007) la estigmatización es una violencia que se ejerce desde arriba. Se trata de un proceso de estigmatización asociada no sólo al origen social o étnico, sino al hecho de vivir en barrios degradados o degradantes. Harvey (2018) establece que existe una dimensión simbólica en la transferencia desigual de residuos tóxicos y en el impacto diferenciado de la contaminación sobre diversos grupos sociales. Se trata de una suerte de imperialismo cultural que construye a los pobres como sujetos vulgares que por tanto pueden aguantar la basura.

La cuestión de la estigmatización del otro, en este caso a través de la asociación de unos con otros racialmente diferenciados por la contaminación, la suciedad, la impureza y la degradación, se convierte en una parte de la equiparación política... Las afirmaciones sobre la contaminación como una cuestión fuera de lugar no pueden separarse de las afirmaciones sobre la impureza y el peligro de la gente fuera de lugar (Harvey, 2018: 473).

En su estudio sobre los suburbios en las urbes, Wacquant sostiene que los *condenados de la ciudad* no sólo con la “hostilidad etnoracial o etnonacional circundante, sino que deben

soportar también el peso del desprecio público... zonas en dónde sólo tolerarían vivir los desechos de la sociedad” (Wacquant, 2007: 46). Así como Wacquant (2007) habla de los *barrios del exilio* que fueron condenados a la marginación y la obsolescencia económica en la etapa de reorganización posfordista, las zonas de sacrificio contemporáneas, también designa a ciertos sujetos para evitar determinados espacios donde se encuentran *encerrados*. Lopes de Souza (2006) emplea la metáfora de la prisión para analizar situaciones similares al encarcelamiento en el mundo contemporáneo, desde los campos de refugiados hasta los ghettos.

De hecho, las "prisiones" metafóricas son numerosas en todo el mundo; y las zonas de sacrificio pueden verse como "prisiones al aire libre" para la clase trabajadora hiperprecaria, cuya movilidad espacial es reducida en función de sus bajos ingresos (lo que conduce a una relativa inmovilidad y "fragmentación" urbana en el sentido de Santos (1990)) y cuyos cuerpos están expuestos tanto al sufrimiento medioambiental como a crudas formas de control socioespacial. (Souza, 2021: 2021).

Para Lopes de Souza (2006) los sujetos que habitan en las zonas de sacrificio no sólo habitan en prisiones a cielo abierto, sino que están condenados a vivir dentro de ellas. Desde el punto de vista de las condiciones materiales de posibilidad, en la mayor parte de los casos, quienes habitan en una zona de sacrificio no tienen otra opción más que quedarse ahí dado que no cuentan con los recursos suficientes para moverse a otro lugar. No obstante, tal como lo señala Nixon (2011) acontece un proceso de “desplazamiento en el lugar”. Y desde el punto de vista simbólico, las poblaciones son estigmatizadas. Existe una producción discursiva que justifica el sacrificio. Las narrativas desarrollistas constituyen una de sus caras, y la estigmatización territorial la otra. Las zonas de sacrificio son construidas como espacios inferiores en donde habita la población descartable.

Lopes de Souza (2021) señala que la justificación de las zonas de sacrificio está estrechamente ligada con un estigma socio-espacial. Las circunstancias materiales en las zonas periféricas (falta de sanidad e infraestructura, exposición a la contaminación, etc.) son instrumentalizadas o empleadas como excusa para producir este estigma.

A los ojos de la autoproclamada "gente de bien" que vive en barrios de clase media y, cada vez más, en comunidades cerradas, los pobres son feos, incivilizados, ignorantes y peligrosos; la pobreza no es una cuestión de injusticia social, sino una especie de patología

social, y los que trabajan duro y son honrados siempre tienen una buena oportunidad de escapar de la pobreza, la violencia y la degradación. En otras palabras, una zona de sacrificio se considera de manera implícita y moralista un "purgatorio" (cuando no un merecido "infierno"). (Souza, 2021: 225).

1.7. Desigualdades socioecológicas y conflictos ecológico-distributivos

Al hablar de zonas de sacrificio es preciso dar cuenta de la trama de desigualdades existentes en torno a los conflictos y problemáticas socioambientales. De la misma manera en que se cataloga la desigualdad con base en marcadores socioeconómicos, es posible reflexionar en torno a un tipo de desigualdad que evidencia las disparidades relacionadas con la contaminación y la devastación ambiental. Las corporaciones, gobiernos y organismos internacionales se han encargado de “envolver a la ecología en el papel celofán de la ambigüedad” (Galeano, 1998:221). Sin embargo, no todos los segmentos poblacionales sufren los mismos impactos y afectaciones en el marco de la crisis ambiental. Existe pues un complejo entramado de desigualdades socioecológicas que se intersectan con procesos de racialización y marcadores como la clase, el género y el origen étnico.

... La distribución de los riesgos e impactos ambientales se encuentra mediada por relaciones de poder asimétricas y desigualdades. Así, en la medida en que los impactos ecológicos incidan de manera desigual a lo largo de las divisiones de riqueza-pobreza, blanco-no-blanco, hombre-mujer, poderoso- no-poderoso, de esa misma manera las desigualdades sociales existentes se reproducen y se acentúan. (Dietz y Lozada, 2014: 56).

Para Swistun (2018) las desigualdades socioecológicas están íntimamente corporizadas. La autora afirma que las desigualdades ecológicas se inscriben en los cuerpos y se pregunta por los efectos sociales de cargar con un paisaje de contaminación. Por ello, desde esta perspectiva la crisis ecológica también puede ser pensada como una experiencia encarnada. De acuerdo con Harvey (2018: 323) “la sensación corporal es la que proporciona el *locus* primordial para toda nuestra experiencia del espacio y del tiempo, entonces nuestras nociones de sentido común y del tiempo se construyen a través de las sensaciones del cuerpo”. Es en este sentido, que los efectos de la violencia lenta y las consecuentes desigualdades socioecológicas son percibidas por los sujetos por medio del cuerpo. En su estudio sobre la raza, la clase y la calidad ambiental, Bullard menciona lo siguiente:

Cada vez hay más pruebas empíricas que demuestran que los vertederos de residuos tóxicos, los vertederos municipales, las incineradoras de basura y otras instalaciones nocivas similares no están repartidos al azar por el paisaje estadounidense. El proceso de ubicación ha dado lugar a que los barrios minoritarios (independientemente de su clase social) soporten una mayor carga de costes localizados que los barrios blancos acomodados o pobres. El acceso diferencial al poder y a la toma de decisiones entre las comunidades negras y blancas también institucionaliza las disparidades de ubicación. (Bullard, 1990).

Asimismo, es preciso considerar que las desigualdades socioecológicas forman parte de un proceso de larga duración, tal como se ha mencionado a lo largo de este escrito. Las desigualdades ecológicas no son fenómenos fortuitos ni circunstanciales, sino que remiten a procesos históricamente situados, inscritos en espacialidades y temporalidades específicas, que a su vez atienden a entramados de relaciones sociales en donde está presente el poder, el conflicto y la resistencia.

En América Latina, por ejemplo, las desigualdades sociales están históricamente arraigadas en sistemas de reparto de los derechos sobre la tierra y la renta minera, que se caracterizan por una alta inequidad. Estos sistemas datan de la era colonial y están estrechamente vinculados con jerarquías raciales, de esclavitud o trabajo contractual (Bergquist 1996; Therborn 2011, 6). (Citado en Dietz y Lozada, 2014: 49).

De acuerdo con Scholz (2014), las desigualdades socioecológicas tienen que ver con la negación de necesidades básicas como el acceso al agua, la alimentación y el derecho a disfrutar de un medio ambiente saludable. Asimismo, se vinculan con los riesgos a los que se exponen determinados grupos sociales en sus puestos de trabajo o al realizar actividades de subsistencia.

Las formas de vida y de reproducción de las personas que dependen del acceso y uso directo del suelo y de los bosques, las cuales se ven afectadas por presiones externas relacionadas con el cambio ambiental global (p. ej. el cambio climático), con la presión de mercados y de actores económicos internacionales (p. ej. a través de la explotación de recursos minerales), o por intervenciones políticas basadas en tratados ambientales multilaterales (p. ej. iniciativas contra la deforestación y el uso económico de bosques

tropicales para reducir las emisiones de dióxido de carbono en el marco de REDD+). (Scholz, 2014: 76).

En *Justicia, naturaleza y geografía de la diferencia* David Harvey (2018) analiza un memorándum interno del Banco Mundial filtrado a la prensa en 1991. El contenido del memorándum establece que el BM debería alentar la migración de las empresas contaminantes a los países menos desarrollados. Entre los motivos expuestos para hacerlo se mencionaba que la cantidad de peligros que la contaminación tiene a la salud debería ser producida en los países en los que supusiera un menor costo debido a los bajos salarios. Esta justificación económica, que planteaba la transferencia de residuos tóxicos a países del Sur Global fue catalogada por algunos economistas como una “lógica impecable”. No obstante, de acuerdo con Harvey (2018), el memorándum no hace más que aceptar lo que podría denominarse colonialismo tóxico o imperialismo tóxico.

Para Harvey (2018) esto corresponde a un problema de justicia distributiva, por lo que es elemental tomar en cuenta la situacionalidad de clase. El comercio de materias tóxicas pone en evidencia el cúmulo de desigualdades sociales y raciales que emergen a partir de las dinámicas coloniales e imperialistas en materia de toxicidad. Además, comenzó a gestarse una narrativa que propugnaba el supuesto *bienestar de todos*, pues mientras unos se deshacen de los desechos y residuos tóxicos, otros reciben dinero para cargar con el peso de éstos (y dicho sea de paso absorber las toxinas generadas por los ricos) lo que les permite aumentar sus ingresos. Así pues, los ricos y poderosos aducen al comercio de materias tóxicas una oportunidad de empleo y por tanto una fuente de ingresos.

Los grupos acomodados, incluyendo a la mayoría de los economistas profesionales, no tienen que aceptar residuos tóxicos en las puertas de sus casas para sobrevivir, mientras que los que cuidan niños, conserjes, personal de limpieza y operarios de máquinas de coser no tienen las mismas posibilidades de elección. (Harvey, 2018: 473).

Así pues, existe una creciente conflictividad ecológica que es a su vez un problema de distribución. Los conflictos ecológico-distributivos (O'Connor y Martínez Alier, 1998) remiten a un conjunto de “luchas sociales que emergen de las desigualdades de poder y de ingresos, inmersas en desigualdades de raza, clase social y género” (Citado en Brototi,

2018). Martínez Alier (2004) los cataloga en 1) conflictos mineros, 2) conflictos por la extracción de petróleo, 3) degradación y erosión de tierras, 4) plantaciones y monocultivos 5) biopiratería, 6) conflictos por el agua, 7) derechos nacionales o locales de pesca, 8) luchas tóxicas, 9) contaminación transfronteriza, 10) exportación de residuos tóxicos sólidos o líquidos, entre otros.

Por otro lado, es preciso reflexionar en torno a la situación global configurada a partir de la pandemia por Covid-19. La pandemia fungió como catalizador de muchas problemáticas sociales ya existentes, develando de la manera más cruda y expresa las tramas de desigualdades existentes en las sociedades contemporáneas. En términos socioambientales, también es posible rastrear no sólo la desigualdad de las consecuencias, sino también la relación del capitalismo contemporáneo con la proliferación y exacerbación de las pandemias. En su libro, *Grandes granjas, grandes gripes*, Robe Wallace (2016) plantea el vínculo entre el agronegocio y las enfermedades virales. La expansión del agronegocio tuvo como una de sus consecuencias la capitalización y formalización del mercado de animales exóticos. En este sentido, si en vía de hipótesis se piensa en el origen de la pandemia como un resultado de las dinámicas mercantiles capitalistas, también es preciso pensar

1.8. La construcción social del duelo: las vidas que no importan

Si bien existe resistencia y núcleos organizativos de largo alcance que evidencian los procesos de subjetivación política de los pueblos en lucha, cabe preguntarse: ¿por qué el sacrificio de los pueblos no genera un revuelo mediático en el grueso de la sociedad? Pareciera que más allá de los medios independientes y las redes organizativas de colectividades en lucha, no existe un proceso de duelo colectivo frente a la muerte de quienes habitan las zonas de sacrificio. ¿Se puede hablar de una suerte de naturalización de la violencia, desplegada sobre estas comunidades, en el imaginario colectivo? ¿Qué es lo que lleva a una sociedad a indignarse por la pérdida de los/as otros/as?

En su estudio sobre la violencia, la política y el duelo, Judith Butler se pregunta: ¿quién tiene valor como ser humano? ¿Qué hace que una vida sea digna de ser llorada? Para Butler, el duelo es fundamentalmente una construcción social. Hay vidas que merecen ser lloradas y otras que no. "Es imposible llorarlos, porque siempre ya estaban perdidos, o, mejor, porque nunca han existido" (Butler, 2005: 61). La existencia de los sujetos cuyas corporalidades son leídas como sacrificables, desechables y descartables, atiende precisamente a un cúmulo de procesos históricos y sociales de larga duración, que han ido moldeando las dinámicas contemporáneas.

¿Sería aceptable para el imaginario social que las mismas dinámicas de sacrificio que se despliegan sobre los pueblos subalternos afectaran a los poderosos? Tal como lo muestra Butler (2005), el acontecimiento del 11 de septiembre en Estados Unidos generó un enorme impacto mediático que otros acontecimientos (algunos incluso de mayor envergadura) no habían generado antes a nivel global. La opinión pública mundial y los medios hegemónicos de comunicación parecen aceptar de forma pasiva que ciertas comunidades sufran tales grados de violencia. No resulta sorprendente percatarse de ciertas condiciones de explotación, precarización y violencia vividas en las periferias urbanas, pero también en las periferias del sistema-mundo moderno.

De acuerdo con Butler (2005), la pregunta sobre el duelo y la pérdida se vincula con la cuestión en torno a lo humano. ¿Hay un modelo de lo humano? En términos sociológicos, las discusiones han negado las pretensiones de construir modelos universales sobre el ser humano. No existe una sola figura humana, a pesar de que en ciertos momentos de la historia se haya afirmado que el único sujeto humano es el hombre heterosexual, burgués y blanco. Existe más bien una enorme multiplicidad de sujetos y subjetividades. Lo cierto es que en Occidente existe una noción normativa de lo humano. Por ello, las preguntas que Butler plantea son: "¿quién cuenta como humano?, ¿las vidas de quién cuentan como vidas? y, finalmente, ¿qué hace que una vida sea digna de llorarse?"

"Pérdida y vulnerabilidad parecen ser el resultado de nuestros cuerpos socialmente constituidos, cuerpos vinculados a otros, corriendo el riesgo de perder esos vínculos, cuerpos expuestos a otros, corriendo el riesgo de la violencia por el solo hecho de esa exposición." (Butler, 2005: 46). Es por eso que la cuestión del duelo es eminentemente social, la forma en que los sujetos reaccionan frente a la pérdida tiene que ver con ese tejido

de vínculos que constituyen al sujeto en su relación con otros. En este sentido, la pérdida de un otro implica también la pérdida de sí, es decir la pérdida de una relacionalidad que sólo tiene sentido si existen las dos partes.

La tesis de Butler (2005) sostiene que el duelo también es político. “El luto suministra un sentido de comunidad política de un orden complejo, y lo hace ante todo al traer a la palestra los lazos relacionales que tienen implicaciones para teorizar dependencias fundamentales y responsabilidades éticas.” (Butler, 2005: 49). La capacidad de indignación e identificación que genera la pérdida está ligada a la conformación de una comunidad política. Al pensar en las zonas de sacrificio, es posible observar que el duelo se produce al interior de las comunidades, que están conscientes del significado de esa pérdida porque lo viven en carne propia. Las comunidades que lamentan la pérdida de los trabajadores en una mina que explotó o de los decesos causados por una enfermedad provocada por la contaminación, viven un luto en relativa soledad; es un luto ausente en el resto de la población.

A pesar de que todos los cuerpos son vulnerables por el simple hecho de ser humanos, tal como lo señala Butler (2005) existe una distribución geopolítica de la vulnerabilidad corpórea. “El cuerpo implica mortalidad, vulnerabilidad, agencia (agency): la piel y la carne nos exponen a la mirada de otros, pero también al tacto y a la violencia; los cuerpos también nos ponen en riesgo de convertirnos en la agencia y el instrumento de todos ellos (de la mirada, el tacto, la violencia).” No es casual entonces, que los cuerpos de los mineros estén mayormente expuestos a la mortalidad y a la vulnerabilidad. La violencia intrínseca a la lógica del capital opera de una forma muy específica sobre estos cuerpos que además de ser vulnerables son vulnerados y vulnerabilizados. Se trata de una vulnerabilidad que “se exagera altamente bajo ciertas condiciones sociales y políticas, especialmente bajo aquellas en las que la violencia es una forma de vida y los medios para asegurarse la autodefensa son limitados.”

Sin duda se podría enunciar una jerarquía del duelo...pocas veces, si es que alguna, escuchamos los nombres de los miles de palestinos que han muerto a manos de los militares israelitas y con el apoyo de los Estados Unidos, o algún número acerca del pueblo afgano, de niños o adultos. ¿Tienen ellos nombres y caras, historias personales, familia, pasatiempos favoritos o eslogan por el cual vivir? ¿Qué defensa contra la aprehensión de la

pérdida está operando en la forma alegre con la que aceptamos las muertes causadas por medios militares? ¿Opera un encogimiento de hombros, la autojustificación o un claro carácter vengativo? ¿A qué extremo la gente árabe, sobre todo los practicantes del Islam, han caído fuera de lo “humano”, entendido tal como ha sido naturalizado en el molde “Occidental” por el trabajo contemporáneo del humanismo? ¿Cuáles son los entornos culturales de lo humano con los que tratamos aquí? ¿De qué manera nuestros marcos culturales para pensar en lo humano establecen límites a los tipos de pérdidas que podemos admitir como pérdidas? Después de todo, si alguien se pierde, y esa persona no es “alguien”, entonces ¿qué es y dónde está la pérdida, y cómo tiene lugar el luto?

De la misma forma en que el pueblo afgano o el pueblo palestino han quedado fuera de ese modelo occidental de lo humano, los pueblos que son descartados y desechados en las zonas de sacrificio pertenecen al ámbito de lo subhumano, aquellos seres que no alcanzan a ser dignos del duelo. Y aún más allá del modelo de lo humano, hay quienes son descartables para el capital. No es sólo que sus vidas no importen en términos de humanidad, sino que no importan en tanto que no son funcionales al capital, o si lo son, pueden ser reemplazables fácilmente. Entonces, por un lado, existen aquellos pueblos que son destinados a servir al capital (como es el caso de los mineros en la zona carbonífera de Coahuila). Sus vidas son desechables y sus cuerpos son expuestos a las condiciones más precarias y crueles. Y por otro lado, existen aquellos pueblos que reproducen su vida de una forma ajena a los esquemas capitalistas, y que aún así sufren los estragos del capitalismo (como es el caso de la contaminación del río Atoyac o los basureros en Atacama).

Para Marcelo de Souza (2020) “las zonas de sacrificio no son producto de la crueldad, sino más bien de la indiferencia, en aras del modo de producción capitalista, con sus imperativos anónimos e impersonales (competitividad, obtención de beneficios, acumulación de capital)”.

Siguiendo los argumentos de Butler (2005), la violencia no comienza con los desplazamientos forzados, o con el arrebato de sus territorios, o con las condiciones de explotación, o con la contaminación de sus ríos y mares... La violencia ejercida sobre estas comunidades comienza en el momento de su desrealización, es decir, es una violencia de orden epistémico. Más allá de la diferenciación ontológica, los procesos de distinción epistémica, que comienzan a partir del hecho colonial, se erigen como un acto de violencia.

Al no ser reconocidos como humanos, los pueblos negros e indios, son confinados a la subhumanización; son desterrados de los modelos normativos de lo humano que se vuelven hegemónicos en Occidente. “El ejemplo más claro de esta violencia epistémica es el vasto, heterogéneo y remotamente orquestado proyecto de construcción del sujeto colonial como Otro. Este proyecto consiste también en la ocultación asimétrica de la huella de ese Otro en su precariedad de subjetividad” (Spivak, 2019: 45).

Butler señala que son vidas que desde un inicio ya están negadas. “La des-realización del “Otro” significa que aquel no está ni vivo ni muerto, sino en una forma interminablemente espectral.” (Butler, 2005). “El propio discurso influye en la violencia a través de la omisión.” no se trata de que simplemente existe un “discurso” de deshumanización que produce estos efectos, sino más bien de que existe un límite al discurso que establece los márgenes de la inteligibilidad humana. No es solamente que una muerte ha sido pobremente registrada, sino que es irregistrable.

La violencia contra aquellos que casi no cuentan como vidas, contra quienes viven en un estado de suspensión entre la vida y la muerte, deja un registro que no es un registro. No habrá ningún acto público de lamento (dijo Creón en Antígona). Y si hay un “discurso”, es uno silencioso y melancólico, uno en el que no hay vidas y no hay pérdidas, en el que no hay ninguna condición corporal común, ninguna vulnerabilidad que sirva como base para la comprensión de que tenemos algo en común; ahí no se ha cercenado nada de lo que compartimos como humanos.

En este sentido, cabe destacar la forma en que la crisis ambiental ha comenzado a ser un objeto de discusión mediática, en la medida en que pone en riesgo a los segmentos de la población que sí son considerados dentro de los modelos normativos de lo humano. La amenaza del colapso global, causado por la crisis climática de corte civilizatorio, comienza a formar parte de la agenda de los poderosos (aunque sin verdaderas soluciones capaces de atender el problema de fondo). El uso estratégico de la agenda climática por parte de quienes ostentan el poder resuena con más fuerza, si las vidas que son vulneradas son las que están en riesgo. Las otras vidas, las de los de abajo, las de los pueblos racializados y empobrecidos, ya estaban perdidas; respondía a una suerte de destino ineludible.

Capítulo 2
**Zonas de sacrificio en el Caribe y América Latina: los impactos diferenciados de la
devastación ambiental**

*Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
digo yo. Alguien debe echar los escombros
a la cuneta para que puedan pasar*

los carros llenos de cadáveres.

*Alguien debe meterse
entre el barro, las cenizas,
los muelles de los sofás,
las astillas de cristal
y los trapos sangrientos.
- Wisława Szymborska*

Introducción

El término *zonas de sacrificio* posee un gran potencial explicativo para analizar los impactos diferenciados de la devastación ambiental en distintas regiones del Caribe y de América Latina. El surgimiento histórico y geográfico de este concepto, da cuenta de la forma en que el Estado y las grandes corporaciones globales actúan de forma distinta cuando se trata de resguardar y garantizar el bienestar de determinadas poblaciones y sus territorios. Esta actuación diferenciada tiene que ver con muchos de los factores y procesos mencionados en el capítulo anterior, es decir, el desarrollo geográfico desigual, el racismo ambiental, la deuda ecológica, las desigualdades socioambientales, el modelo extractivo, etc.

En el Caribe y América Latina, las grandes corporaciones (mayoritariamente transnacionales) han producido *zonas de sacrificio* que atienden a la lógica del capital y perpetúan las dinámicas históricas del colonialismo interno, el neoextractivismo y el imperialismo⁶. Por un lado, las empresas extractivas, como las corporaciones mineras y el agronegocio, han requerido del sacrificio de las poblaciones, sus modos de vida y sus territorios para desplegar su actividad industrial de forma desenfrenada y bajo un modelo expansivo. Y por otro lado, el sistema productivo y sus pautas de consumo, han generado una dinámica imperialista que se reproduce en el proceso de traslado de los residuos generados por las industrias y sus tendencias a la generación desmedida de desechos; en donde el tratamiento de los residuos suele estar atravesado por el racismo y el trasfondo colonial de los patrones mercantiles capitalistas contemporáneos.

⁶El término imperialismo es empleado tomando una cierta distancia de su acepción más tradicional, es decir, de la propuesta de Lenin como una fase superior del capitalismo. Con imperialismo, se hace referencia, por un lado, al imperialismo ecológico antes mencionado, y por otro, al imperialismo contemporáneo de corte neoliberal (Katz, 2011).

A continuación se analizan nueve casos de territorios que podrían ser considerados zonas de sacrificio a la luz de las delimitaciones teóricas y conceptuales desarrolladas a lo largo de esta investigación. Los tres primeros casos (el genocidio del pueblo Yanomami, la región carbonífera de Coahuila y la ruptura de un dique minero en Brumadiho) abordan los impactos socioambientales de tres conflictos relacionados con el modelo extractivo minero. En un segundo momento, se analizan tres experiencias vinculadas con la contaminación ambiental causada por desechos tóxicos (el caso de la Isla de Vieques en Puerto Rico, el desplazamiento de lodo tóxico de la empresa sueca Boliden (Arica, Chile) y el polo petroquímico de Villa Inflamable (Buenos Aires, Argentina). Y finalmente, se estudiará el caso de la agroindustria y la utilización de agrotóxicos en dos países sudamericanos (Brasil y Argentina) y un territorio caribeño (las Islas de Martinica y Guadalupe).

2. Zonas de sacrificio: un “mal necesario” para hacer del progreso una realidad

El término zonas de sacrificio proviene de la denominación *National Sacrifice Zones* (Zonas Nacionales de Sacrificio). Se trata de un término de corte orwelliano que fue empleado por el gobierno de Estados Unidos para hacer referencia a áreas peligrosamente contaminadas como resultado de la minería y el procesamiento de uranio utilizado para la producción de armas químicas. Durante la Guerra Fría, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética se encontraban construyendo su arsenal nuclear, en ambas naciones, grandes áreas geográficas fueron contaminadas con radiactividad. En Estados Unidos algunas fueron cercadas y señalizadas para impedir el paso de la gente y prevenir a la población sobre su peligrosidad. No obstante, no todas fueron marcadas. Por lo cual, a falta de advertencia, un gran número de personas continuaron habitando en ellas, mayoritariamente personas afrodescendientes (Lerner, 2010).

Tal como lo plantea Lerner, las áreas contaminadas con radiactividad no son los únicos lugares sacrificados y condenados a sufrir los estragos de la contaminación ambiental generada por las industrias. En su estudio sobre la situación que enfrentan las comunidades expuestas a químicos tóxicos el autor amplía el concepto para dar cuenta de territorios habitados y delimitados, que son adyacentes a bases militares o industrias altamente contaminantes. Activistas por la justicia ambiental han nombrado a estas áreas

como *sacrifice zones* (zonas de sacrificio), *hot spots of pollution* (focos de contaminación) o *fenceline communities* (comunidades sitiadas).

No obstante, Lerner considera que el uso del término zonas de sacrificio pone el acento en la exposición desproporcionada que sacrifica a comunidades de bajos recursos y minorías populares que son condenadas al sufrimiento ambiental y cuya salud es puesta en peligro. Se trata de sacrificios que las personas más acomodadas (que en Estados Unidos suelen ser personas blancas) sí pueden evitar. “Este patrón de exposiciones desiguales constituye una forma de racismo ambiental que se está llevando a cabo a gran escala en toda la nación” (Lerner, 2010: 3). Son las poblaciones racializadas (afrodescendientes e hispanas) las que con mayor probabilidad se enfrentarán a la inseguridad alimentaria y a la crisis habitacional en momentos de crisis económica y devastación ambiental, pues las zonas de sacrificio se fundamentan en un racismo estructural fuertemente anquilosado en la sociedad.

El término racismo ambiental emerge en Estados Unidos en el marco del movimiento por la Justicia Ambiental. A principios de los años 80, se desencadenó un ciclo de protestas en el condado de Warren que cuestionó las bases tradicionales y racistas del movimiento ambientalista en el país. La lucha por los derechos civiles se intersectó con la lucha ambiental, posicionando la importancia de problematizar los vínculos entre los efectos desproporcionados de la contaminación ambiental y la injusticia racial. (Dorsey, 1997). La protesta se centró en la crítica de la política ambiental, partiendo de la denuncia de su contenido discriminatorio en términos raciales, pues la aplicación gubernamental de las leyes y los reglamentos mostraban un:

intento deliberado de colocar las instalaciones de residuos tóxicos o peligrosos en comunidades de gente de color, la aprobación oficial de la presencia de venenos y contaminantes que amenazaban la vida de las comunidades, y la historia de exclusión de la gente de color del liderazgo del movimiento ambientalista (Dorsey, 1997: 23).

Además, el movimiento evidenció la forma en que los bienes públicos (piscinas, áreas recreativas, parques, etc.) beneficiaban exclusivamente a las comunidades blancas. Por ello, los activistas por la justicia ambiental denunciaron activamente la forma en que el racismo institucional permea las políticas públicas ambientales y moldea las dinámicas de degradación ambiental que afecta primordialmente a sectores poblacionales racializados y

empobrecidos. (Dorsey, 1997). La noción de racismo ambiental permite entonces identificar la forma en que la contaminación y la degradación ecológica impactan de forma diferenciada a las comunidades racializadas, lo que implica reconocer que hay una lógica de *sacrificio* en estas dinámicas violentas. Las comunidades racializadas son ofrendadas y sacrificadas, y eso se hace visible en la desigualdad de los costos ambientales.

La comunidad negra de Kennedy Heights, en Houston, Texas, habita tierras arruinadas por los residuos petroleros de la Gulf Oil. Son casi todos negros los habitantes de Covent, el poblado de Louisiana donde operan cuatro de las fábricas más sucias del país. Eran negros, en su mayoría, los que fueron a parar a los servicios médicos de emergencia cuando en 1993, la General Chemical descargó lluvia ácida al norte de la ciudad de Richmon, en la bahía de California. Un informe de la United Church of Christ, publicado en 1987, advirtió que es negra y latina la mayoría de la población que vive cerca de los enterradores de residuos tóxicos. La basura nuclear se ofrece a las reservas indígenas a cambio de dinero y promesas de empleos. (Galeano, 1998: 227).

Hablar de sacrificio ambiental entonces, implica preguntarse qué sectores de la población están siendo ofrendados al gran capital. Más que un efecto colateral, las zonas de sacrificio son una condición *sine qua non* del modo de producción capitalista y su modelo neoliberal, neocolonial y extractivista. Se atiende a la continuación de lógicas y prácticas de larga duración que históricamente han desplegado una guerra cruenta sobre determinados cuerpos.

El sacrificio ambiental genera una discusión en torno a un determinado perfil de personas: pobres, marginados, des-empoderados, los cuales tienen que aceptar aquello para el desarrollo y provecho de pocos; lo que Neil Brenner llamaría: territorios operacionales, los cuales están en servicios de otros procesos que podrían estar sucediendo a kilómetros de distancia... (Fragkou, 2020: 43).

Para Marcelo Lopes de Souza (2020) las *zonas de sacrificio* suponen el sacrificio de vidas humanas y no humanas que son ofrendadas al *Lord Capital* (Señor Capital). Son los suburbios y periferias los que históricamente han sido concebidos como espacios *adecuados* para llevar a cabo actividades altamente peligrosas, vinculadas a la contaminación ambiental y los desastres ecológicos.

En muchas religiones, un "sacrificio" es o era el acto de ofrecer una ofrenda a una deidad en homenaje o conciliación, normalmente en forma de sacrificio ritual de un animal o una persona. Elocuentemente, "zona de sacrificio" es como se ha dado a conocer internacionalmente cierto tipo de espacio segregado y estigmatizado. En dicho espacio, la salud física y mental y la calidad de vida de los seres humanos se ven comprometidas en nombre del "desarrollo económico" o el "progreso", pero en última instancia en aras de los intereses capitalistas. (Souza, 2021: 220).

En América Latina, la sociedad civil chilena se apropió del término ampliando su significado para denunciar los altos niveles de contaminación de ciertos territorios y enfatizar la condición de injusticia socioambiental a la que se ven sometidas estas comunidades localizadas cerca de zonas industriales. El término se popularizó en el año 2011 a raíz de la intoxicación masiva de la localidad de La Greda en la comuna de Puchuncaví en Chile. La localidad fue objeto de un envenenamiento de grandes proporciones causado por la producción de dióxido de azufre que afectó a veintitrés niños/as y siete profesores de la escuela municipal. Un conjunto de ONG 's determinó que décadas de contaminación habían generado sufrimiento e injusticia ambiental en la comunidad (Alonso y Orellana, 2018).

Para Svampa (2014), el concepto zonas de sacrificio implica la radicalización de una situación de injusticia ambiental. La autora sostiene que la configuración de las zonas de sacrificio tiene que ver con un proceso de desvalorización de otras formas de producción y de vida que se oponen a la economía capitalista dominante. En este sentido, los cuerpos y las vidas se vuelven descartables y sacrificables. “No se trata solo de la emergencia de una territorialidad excluyente respecto de otras territorialidades subalternas, que quedan sumergidas o dislocadas, sino también de la degradación de los territorios, de la calidad de vida, ante la consolidación de modelos de maldesarrollo” (Svampa, 2014: 84).

Al hablar de una zona de sacrificio, está en juego el bienestar de las personas y sus modos de vida. Al ampliar el concepto a situaciones de degradación ambiental causadas por el modelo extractivo minero y los megaproyectos (fracking, represas, proyectos eólicos y aeroportuarios, etc.) muchas veces se evidencia la existencia de modelos de reproducción social fundamentalmente antagónicos: los de los pueblos, basados en la producción colectiva y en el valor de uso, y los de las grandes corporaciones transnacionales, centrados

en la valorización del valor. Esta colisión de dos modelos opuestos constituye, sin embargo, una situación desproporcionada de fuerzas en donde el Estado y las corporaciones violentan tanto de forma explícita e inmediata, como de forma gradual y lenta, a los pueblos que habitan dichos territorios.

“Las zonas de sacrificio se construyen sobre discursos de soberanía, crecimiento económico y empleo, mientras que los argumentos sobre la eficiencia técnica y las limitaciones legales, las compensaciones comunitarias o incluso las amenazas se despliegan para evitar la contestación.” (Castán y Sanzana, 2020: 282). Si bien es cierto que algunos de los habitantes de las *zonas de sacrificio* son empleados en las industrias, de acuerdo con Souza (2021) se trata de un beneficio relativo. Por un lado, porque generalmente el número de personas contratadas es considerablemente pequeño, y por otro, porque no hay nada que compense la gravedad de los daños que dichos empleos precarios generan en la salud de los trabajadores y los pobladores de las comunidades. “Además, como vemos, los grupos y clases sociales subalternos y oprimidos implicados no sólo son explotados económicamente, sino también estigmatizados e infravalorados culturalmente. La explotación y la estigmatización se refuerzan mutuamente de forma dialéctica” (Souza, 2021: 221).

De acuerdo con Silveira (2017) “el sacrificio es un elemento intrínseco del territorio y del espacio nacionales, toda vez que el desarrollo capitalista produce espacios descartables” (Silveria, 2017: 72). En este sentido, el Estado configura espacios, territorios y pueblos que necesariamente deben ser desechados para concretar el *bien* de la nación. Se trata de un proceso que algunas veces es autorizado por la población de manera tácita, cómplice y silenciosa (Silveria, 2017), pero que también desencadena procesos de resistencia. En cualquier caso, la conflictividad socioambiental está fuertemente anclada en la propia existencia de las zonas de sacrificio.

Además, la actividad extractiva, productiva y generadora de desechos tóxicos provoca transformaciones en el espacio. La apropiación capitalista del territorio implica transformaciones en el paisaje, en los cuerpos que lo habitan, en las naturalezas extrahumanas, en los flujos de energía y en las dinámicas socioculturales de los territorios. Por ello, muchas veces se crean imaginarios y narrativas que pretenden justificar dicha apropiación y la enmascaran empleando discursos atractivos en torno al desarrollo y el

progreso como una panacea y horizonte que se debe alcanzar. Por ello, la contaminación y la devastación ambiental son construidas discursivamente como una suerte de “mal necesario” para la concreción de los proyectos y políticas desarrollistas.

En términos espaciales, Sousa (2021) propone pensar las zonas de sacrificio como un espacio socialmente producido que puede ser entendido simultáneamente como un entorno, un territorio y un lugar al mismo tiempo. En este entorno-territorio-lugar, los cuerpos están expuestos tanto al sufrimiento ambiental como a formas extremas de control socioespacial.

Desde un punto de vista intelectual/cognitivo/conceptual, (*las zonas de sacrificio*) corresponden a tres dimensiones diferentes, aunque interconectadas e interdependientes, de la vida social: la materialidad (tanto naturogénica como antropogénica), las relaciones de poder y la (inter)subjetividad/cultura/simbolismo... mediante la consideración simultánea de estas tres dimensiones, podemos reflexionar y expresar de forma más coherente, estructurada y completa los vínculos entre explotación económica, segregación residencial, estigmatización socioespacial y sufrimiento medioambiental. (Souza, 2021: 225).

Las zonas de sacrificio implican un doble proceso de desterritorialización y reterritorialización. “La territorialización de la empresa transnacional implicaría la desterritorialización de las poblaciones que viven en las áreas afectadas” (Gabler, Hebilla, Zusman, 2018: 260). La reterritorialización implica una nueva configuración de las dinámicas productivas y las relaciones socio-espaciales de los habitantes a raíz de la nueva lógica que se establece en el espacio. “Estas formas de apropiación y control de lo natural son necesariamente un proceso de territorialización, de control y poder sobre el espacio geográfico creado por la naturaleza. Quién, cómo y para qué se controla dicho espacio geográfico es una lucha, una forma específica de territorialidad” (Pineda, 2018: 136).

En el caso de México, por ejemplo, ciertas áreas han sido delimitadas geográficamente con el propósito de ser transformadas en *regiones altamente productivas*. Tanto en México como en otras partes del mundo a estas delimitaciones geográficas se les ha dado el nombre de *Zonas Económicas Especiales (ZEE)*. De acuerdo con el Estado mexicano se busca “cerrar las brechas regionales creando nuevos polos de desarrollo industrial que atraigan inversiones, generen empleos de calidad, desarrollen cadenas de valor, detonen una demanda de servicios locales y otorguen beneficios a la población”

(Gobierno de México, 2023). Estos llamados polos de desarrollo, perpetúan la lógica neo-extractivista y desarrollista que requiere del sacrificio de ciertos territorios, como es el caso de los megaproyectos en el sureste mexicano: el Tren Maya y el corredor Interoceánico. En ambos casos, redes de científicos y movimientos sociales han demostrado los numerosos impactos socioambientales de estos proyectos que forman parte del Plan Nacional de Desarrollo (2019-2024) del gobierno en curso.

Las Zonas Económicas Especiales buscan aumentar la competitividad de los territorios en el funcionamiento del capitalismo global, a través de facilidades fiscales, aduaneras, subvenciones gubernamentales y el desarrollo de una plataforma logística al servicio de la clase capitalista transnacional. Todo ello con un aumento en la intensidad de la explotación de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales... En el diseño y ejecución de las ZEE interviene claramente organismos multinacionales como el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) que apuntan hacia la construcción de dichos espacios transnacionales para resarcir las caídas tendenciales de la tasa de ganancia en el siglo XXI. Además en su desarrollo intervienen intereses económicos del sector inmobiliario, del capital financiero especulativo y de los complejos industriales y militares de Estados Unidos, China y la India en el entorno geopolítico internacional (Ávila y Romero, 2017: 139).

Las Zonas Económicas Especiales son un ejemplo muy claro de los procesos de zonificación que sacrifican a los territorios en aras de objetivos corporativos capitalistas que sólo beneficia a las élites empresariales nacionales y transnacionales, perpetuando las desigualdades socioecológicas y socioeconómicas en las regiones del Sur Global. Además, la incidencia de instituciones como el BM y el BID, pone en evidencia el carácter neocolonial de los organismos financieros internacionales que atentan contra la soberanía nacional de los países y contra la autodeterminación de los pueblos. La conformación de las ZEE da cuenta de la manera en que la economía capitalista contribuye de forma sistemática con la fractura del metabolismo global, y por ende, con la crisis climática y la devastación ambiental.

Como toda categoría que pretende dar cuenta de procesos sociales, políticos y ambientales, la categoría zonas de sacrificio es histórica y dinámica. No se trata de una categoría jurídica, sino que remite a un término social y político en construcción. (Folchi, 2020: 29) Es preciso señalar que nombrar un territorio como zona de sacrificio tiene que ver precisamente con prácticas y lógicas (extractivistas, necropolíticas, racistas y neocoloniales) de largo aliento. Por lo tanto, no es un término que nace de las comunidades que ahí habitan, en tanto que éstas desean precisamente dejar de ser un objeto de sacrificio. El término comenzó a cobrar fuerza a partir de la resistencia encarnada por los habitantes de dichos territorios, su práctica política y su protesta; tiene que ver con una oposición activa a la lógica estatal y capitalista que les convierte en poblaciones desechables y sacrificables. Por ello, la consigna de estas comunidades es: No más zonas de sacrificio. El uso del término es meramente estratégico y el objetivo es que éstas zonas desaparezcan.

... Durante los últimos veinte años, ha habido una expansión del uso del término “zonas de sacrificio” u otras nociones como injusticia o emergencia ambiental. Lo que en conjunto ha servido para denunciar y hacer visible una cartografía minuciosa de la devastación socioambiental y de las estrategias colectivas que se han puesto en juego para encarar la violencia de las formas en las que gobiernos y empresas operan para ocultar información, desdibujar la relación entre las fuentes del problema y sus causas y deslegitimar las razones de la indignación colectiva. (Navarro y Barreda, 2022: 91).

Si bien hasta el momento, el término *zonas de sacrificio* se ha utilizado mayoritariamente para explicar el proceso de *zonificación* de espacios urbanos y las afectaciones provocadas por cierto tipo de actividad industrial, la presente investigación propone ampliar el rango de análisis para estudiar también territorios rurales e indígenas que no corresponden a la lógica y el ritmo de industrialización que acontece en las grandes urbes. Así pues, este estudio analizará un conjunto de casos vinculados a la extracción de bienes naturales, los *accidentes* químicos, la intoxicación de territorios y comunidades, el desplazamiento masivo de desechos y residuos y la implementación de megaproyectos; entendiendo que todo tipo de actividad industrial fundamentada en la explotación económica, la segregación territorial, el sufrimiento ambiental y la estigmatización socioespacial son productoras de *zonas de sacrificio*, tanto en territorios urbanos como rurales.

Para ello, es preciso tomar en cuenta la historicidad de los procesos de territorialización y desterritorialización abordados anteriormente, enmarcando estas líneas históricas en la perspectiva de la ecología-mundo, la crisis civilizatoria, los procesos de extractivismo, neoextractivismo y colonialismo interno, el conflicto ecológico-distributivo, la violencia lenta, la deuda ecológica y la construcción social del duelo. Es a partir de este marco referencial (histórico, sociopolítico y geográfico) que se analizarán los casos en torno a tres ejes temáticos: 1) la devastación socio ambiental causada por el modelo extractivo minero, 2) la contaminación ambiental vinculada a residuos y desechos tóxicos y 3) la utilización de agrotóxicos en las prácticas de cultivo agroindustrial.

2.1.1. La huella tóxica de la minería

La minería es uno de los ejemplos paradigmáticos que evidencian la forma en que se despliegan la violencia lenta y neocolonial sobre las zonas de sacrificio, pues el modelo extractivo minero es uno de los casos más emblemáticos de acumulación por desposesión. Actualmente, la actividad industrial llevada a cabo por las corporaciones transnacionales mineras, genera numerosos estragos socioambientales en las poblaciones y sus territorios, además de poner en manifiesto, de la forma más clara y contundente, que el modelo capitalista está en crisis y es profundamente contradictorio.

“La minería es el megaproyecto de mayor impacto en todos los sentidos. Desde el acaparamiento de las tierras en manos de transnacionales, a los efectos en la salud, el medioambiente, el agua, la biodiversidad, los suelos, el territorio, las culturas, la vivienda, entre otros impactos irreversibles” (Castro, 2013: 7). De acuerdo con Seoane (2013), en América Latina aconteció lo que se conoce como el boom de la desposesión minera, que no es más que la continuación colonial de una historia trágica de larga data: la explotación de las minas, desde Potosí hasta Zacatecas y Nueva Granada. Esta vez, en el marco de los esquemas de la globalización neoliberal y el ropaje del libre mercado y el libre comercio.

Los principales actores de esta empresa de desposesión fueron y son grandes compañías mineras transnacionales cuyas sedes centrales se encuentran en Canadá, los Estados Unidos, Gran Bretaña, e incluso Sudáfrica y el propio Brasil; en una geografía que se modificó al ritmo de las fusiones y asociaciones corporativas hasta forjar el panorama actual de un mercado mundial de minerales controlado por un puñado de mega transnacionales cuyos

nombres y modelos de gestión se repiten en los diferentes territorios de Nuestra América. (Seoane, 2013: 132).

Uno de los casos más emblemáticos para ejemplificar los patrones neocoloniales contemporáneos es el de las corporaciones mineras canadienses (Goldcorp, Black Fire, entre otras). De acuerdo con un informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en torno al impacto de la minería canadiense en América Latina, “la extracción minera es una actividad estratégica y de larga tradición en Canadá, al punto que este país ha sido calificado como una potencia minera” (CIDH, 2008: 6). Este informe muestra las múltiples afectaciones ambientales, culturales y sociales de la minería en los territorios en donde se instalan concesiones mineras, así como las violaciones a los derechos humanos de las personas que habitan en dichos territorios devastados. De acuerdo con el colectivo #CambiémoslaYa⁷ (2022).

Las mineras canadienses en México se especializan en la extracción de oro; diversos especialistas han estimado que, durante los pasados 20 años, se ha extraído de México cinco veces más oro que el que se extrajo durante los 300 años del periodo colonial.

La minería a cielo abierto, modalidad frecuente de las corporaciones canadienses, es una de las formas más letales (en términos sociales y ambientales) de extracción de minerales. Se trata de un modelo de explotación de minerales que se encuentran relativamente cercanos a las superficies y que son extraídos a partir de la excavación a gran escala de enormes cantidades de tierra y rocas que tienen como resultado un gran pozo u olla. Esta actividad extractiva presenta múltiples consecuencias socioambientales, entre las que se encuentra la contaminación del aire y las fuentes hídricas locales. Aunado a ello, la megaminería requiere del uso masivo de agua (Seoane, 2013). Svampa y Álvarez (2011) señalan, por ejemplo, que en la Minera Alumbreira, situada en una zona desértica en Catamarca Argentina, se utilizan 1200 litros por segundo.

En un informe presentado a la CIDH (2008), se señalan algunos de los impactos ambientales más frecuentes: derrames debido a la ruptura de ductos (proyecto Bajo de la

⁷ #CambiémoslaYa es un colectivo que reúne a organizaciones, pueblos, comunidades y movimientos que se oponen a la Ley Minera. <https://cambiamoslalaya.org.mx>

Alumbrera en Argentina), infiltraciones de drenajes ácidos hacia quebradas (proyecto Entre Mares en Honduras), disminución de los glaciares como consecuencia de la actividad extractiva y la contaminación hídrica subterránea (proyecto Pascua Lama en Chile), tala de bosques y vegetación para la construcción de vías de acceso y campamentos (Minera Petaquilla en Panamá), contaminación de las cuencas del río y remoción de tierras para la extracción de oro (Mina Lagunas Norte en Perú) y liberación de metales pesados como hierro, aluminio, magnesio y arsénico en las aguas de los ríos (Mina Marlin en Guatemala).

Este mismo informe, señala algunas de las afectaciones sociales en los territorios: desplazamientos forzados de la población que son: “1) previstos y gestionados directamente por las empresas, 2) producidos por las alteraciones ambientales que afectan el sustento de las comunidades y 3) se derivan de la presión empresarial para sustituir la minería artesanal” (CIDH, 2008: 22). Asimismo, se señala que los procesos de resistencia y oposición a la instalación de los proyectos mineros han tenido como respuesta la criminalización de la protesta social, lo que ha exacerbado “la violencia, los hostigamientos, muertes y lesiones corporales graves.” (CIDH, 2008: 24).

Otra de las afectaciones más frecuentes es la división de las comunidades y la fractura del tejido social. El desgarramiento del tejido social acontece también a partir de las estrategias desterritorialización y aniquilamiento cultural. Para Lopes de Souza (2021) las zonas de sacrificio atienden tanto a procesos de territorialización (en el sentido de la apropiación y control de una porción del territorio, como de desterritorialización (directa o indirecta).

En México, el pueblo wirríríka (conocido también como huichol) enfrenta desde 2010 una renovada acción de desterritorialización e intento de aniquilamiento cultural. Wirikuta, corazón del territorio sagrado del pueblo wirríríka, por donde pasaron los antepasados cuando el mundo se formaba y catalogado como un Área Natural Protegida, está amenazado por intereses de empresas canadienses, en particular la First Majestic Silver Corporation a la que, sin interpelar a las autoridades comunitarias, el gobierno mexicano vendió 22 concesiones para la extracción de plata, poniendo en riesgo el delicado ecosistema y la cultura milenaria del pueblo wirríríka. No sólo la utilización de cianuro y otros componentes tóxicos en este tipo de minería es altamente dañina para la fauna y flora, sino que Wirikuta es el punto de llegada de una peregrinación que sostiene el orden del mundo y que recorre la tierra del mar (agua primigenia) al desierto (hogar del abuelo

fuego). En palabras del joven wixaritaris Rodolfo Cosío: “Lo que están planeando significa la destrucción de nuestra cultura. Es como una muerte espiritual para nosotros”. (Gargallo, 2014: 222).

Las actividades extractivas se reproducen sobre la base de patrones imperialistas y neocoloniales que, para desplegarse libremente, requieren de la construcción de determinadas narrativas, procesos de desarticulación territorial y aniquilamiento cultural. Así pues, se argumenta que la minería supone una oportunidad para modernizar aquellas zonas campesinas/indígenas en donde las comunidades llevan modos de vida “atrasados” y más cercanos a lo “primitivo” que a lo “civilizado”.

Una vez más, se clasifica a las poblaciones con base en jerarquías dicotómicas coloniales que crean narrativas y prácticas fundamentadas en la asimilación cultural, el despojo territorial y la violencia. “La creencia del papel de la modernización como única fuerza capaz de destruir supersticiones y relaciones arcaicas, sin importar el costo social, cultural y político.” (Escobar, 2007: 78). El exterminio de ciertas culturas y visiones del mundo es inherente al modelo monocultural capitalista que pretende homogeneizar las dinámicas de producción y los patrones de consumo.

2.1.1 El genocidio del pueblo Yanomami: la alianza criminal de la ultraderecha, el garimpo ilegal y las corporaciones en Brasil

En 2018, Jair Bolsonaro ganó las elecciones presidenciales en Brasil con el 55% del total de los votos en la segunda vuelta. Desde el inicio de su mandato en 2019, las políticas genocidas del mandatario de ultraderecha constituyeron un claro ejemplo de la dinámica necropolítica y corporativa desplegada sobre los territorios indígenas. Al igual que en otros países de América Latina y el Caribe, en lo que hoy se conoce como Brasil habitan poblaciones originarias que han sido históricamente afectadas por diversos actores políticos y económicos. De acuerdo con la FUNAI (2010), en Brasil existen 305 grupos indígenas y 817.963 mil personas pertenecen a dichas etnias, el pueblo Yanomami es una de ellas, con una población de aproximadamente 38,000 personas.

Durante siglos, la nación Yanomami ha habitado en la región amazónica sudamericana. Por una serie de *incidentes* históricos, al igual que la nación mapuche o el

pueblo kurdo, quedó atrapada entre dos Estados-Nación: Brasil y Venezuela. El pueblo Yanomami ha sido por definición una sociedad sin Estado (Clastres, 2003). (Citado en Tomioka, 2008: 26). Y ha sido también un pueblo nómada que basa su reproducción social en el cultivo de hortalizas y granos como el plátano y el ñame, la caza de animales como tapires y monos, y la recolección de frutos secos, moluscos y larvas de insectos (Survival International, 2023).⁸

Los Yanomami se han enfrentado a diversas amenazas históricas en los últimos tiempos. No obstante, con la llegada de Jair Bolsonaro al poder, la violencia neocolonial y extractiva se intensificó de manera alarmante. Para David Kopenawa, líder del pueblo Yanomami, no hay ninguna duda de que Bolsonaro es el mayor responsable del genocidio de su pueblo. De acuerdo con un reportaje de Felipe Medeiros (2023) en 2019 inició una nueva fiebre por el oro y la casiterita (estaño), y la extracción minera fue avalada por la Presidencia de la República. “Se estima que entre 20.000 y 30.000 buscadores invadieron el territorio, que tiene una población de 30.400 indígenas y 386 comunidades. Con el despegue de la minería en territorio indígena vino lo peor: los narcotraficantes comenzaron a lavar el dinero del tráfico vendiendo oro en la Tierra Indígena (TI) Yanomami” (Medeiros, 2023).

La legislación brasileña prohíbe la explotación mineral en áreas indígenas o de reserva. No obstante, de acuerdo con la organización internacional Greenpeace, en los últimos cuatro años la expansión del garimpo ilegal en el Amazonas provocó centenas de muertes en la mayor tierra indígena del país.

En este mismo momento, cerca de 20.000 mineros ilegales se encuentran dentro de la Tierra Indígena Yanomami, contaminando ríos, destruyendo bosques y amenazando la existencia de un pueblo ancestral, con claros impactos sobre la salud y el modo de vida de esta población. La crisis humanitaria que asola la mayor tierra indígena del país -y que afecta principalmente a los niños- no es nada nuevo y lleva produciéndose desde la década de 1970... Además de promover la destrucción de los bosques y ríos del Territorio Indígena Yanomami, la actividad minera incide directamente en la desorganización del modo de vida de los pueblos indígenas presentes en el territorio, comprometiendo así la capacidad de estos grupos para producir sus propios alimentos. (Greenpeace, 2022).

⁸ Emergencia sanitaria Yanomami: <https://www.survival.es/indigenas/yanomami>

La desnutrición y la malaria han sido algunas de las problemáticas más graves a las que se ha enfrentado el pueblo Yanomami. Este pueblo está viviendo una crisis socioambiental y sanitaria de grandes dimensiones. De acuerdo con datos del Gobierno Federal en los últimos años han muerto 570 niños/as debido a la desnutrición y otras causas evitables. Tan solo en 2022, murieron 100 niños y niñas. Por esta razón, el actual presidente de Brasil, Luis Inácio Lula da Silva, ha declarado que más que una crisis humanitaria lo que acontece en la Tierra Indígena Yanomami es un genocidio. (Um só planeta, 2023).⁹

De acuerdo con Dário Kopenawa, Bolsonaro puso en marcha una estrategia deliberada para debilitar la salud de los indígenas Yanomami. Por un lado, al dismantelar la red de salud pública, y por otro lado, al alentar la explotación de la minería y el garimpo ilegal¹⁰ por medio de decretos nacionales. (Medeiros, 2023).

“Él [Bolsonaro] apoyó a empresarios, compradores de oro, compradores de exportación de madera y soja. Son los ricos a los que apoyó para comprar más maquinaria, más mercurio, apoyó facciones, el crimen organizado. Empujó a todos a debilitar la situación del pueblo yanomami, de los pueblos indígenas”. (Medeiros, 2023).

Cabe preguntarse, ¿cuál es el papel de las grandes corporaciones en el genocidio del pueblo Yanomami? Tras extraer los minerales, los garimpeiros venden los recursos a las grandes empresas corporativas en Brasil. Según el criminólogo brasileño Samuel Silva (2023) existe una asociación entre el gran capital y las prácticas criminales del garimpo ilegal. En un reportaje de investigación de Réporter Brasil se encontró que muchas empresas brasileñas, tanto las pequeñas (Gold Joias, DU Gold, Naza Joias, Itaituba Metais) como las grandes (Ourominas, HStern, D’Gold, etc.), adquieren y comercializan oro extraído de la TI Yanomami. Asimismo, se menciona que parte del oro extraído en Roraima (estado en donde se encuentra la TI Yanomami) es exportado a países como India y los Emiratos Árabes. (Henrique y Magalhaes, 2021).

HStern es considerada una de las mayores joyerías del mundo y es conocida por confeccionar joyas lujosas comercializadas en tiendas de ciudades como Nueva York,

⁹ Caso yanomami: o que é e por que se fala em genocídio indígena: <https://umsoplaneta.globo.com/sociedade/noticia/2023/01/24/caso-yanomami-o-que-e-e-por-que-se-fala-em-g-enocidio-indigena.ghtml>

¹⁰ En Brasil la actividad minera está catalogada dentro del margen de la legalidad o la ilegalidad. El *garimpo* es la forma ilegal de extracción de minerales. Los trabajadores que trabajan de forma ilegal son conocidos como *garimpeiros*.

Moscú y Londres. De acuerdo con el reportaje, celebridades mundiales han utilizado joyas de HStern que contienen oro extraído ilegalmente de la TI Yanomami. (Henrique y Magalhaes, 2021). Estas son las consecuencias del modo de vida imperial que lleva el 1% más rico de la población mundial, es decir, aquel sector poblacional que incorpora en sus prácticas cotidianas la compra de oro y joyas lujosas, ignorando su procedencia y los costos ecológicos que tiene en otros seres humanos y ecosistemas. Por ello, tal como se mencionó en el primer capítulo, el modo de vida imperial se fundamenta en la explotación, el imperialismo y la violencia, perpetuando un esquema de relaciones de poder y desigualdades socioecológicas.

Cuadro. 2.1.1. Impactos de Garimpo ilegal en la población Yanomami

Impactos ambientales	<p>Visible: Contaminación atmosférica, pérdida de biodiversidad, desertificación y sequía, degradación de paisaje, contaminación sonora, deforestación y pérdida de área cultivada, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua</p> <p>Potencial: Desbordamiento de residuos, Derrames de petróleo, Contaminación de agua subterránea</p>
Impactos en la salud	<p>Visible: Malnutrición, problemas mentales (stress, depresión y suicidio), situaciones de violencia con efectos en la salud, enfermedades laborales y accidentes, Enfermedades infecciosas, muertes, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental</p>
Impactos socioeconómicos	<p>Visible: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores, desalojo, pérdida de formas de subsistencia, militarización y aumento de presencia y control de las fuerzas del orden, violaciones a los derechos humanos</p> <p>Potencial: Pérdida de los conocimientos locales, saberes, prácticas, cultura</p>

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

La expansión del *garimpo* ilegal ha significado la puesta en marcha de un proceso de desterritorialización para el pueblo Yanomami. Liderazgos indígenas han denunciado la intoxicación de niños y niñas a causa del mercurio que es descargado en los ríos como producto de la actividad industrial extractiva. Durante las actividades ilegales de extracción, los *garimpeiros* (buscadores de oro) han vertido mercurio en los ríos del TI Yanomami, lo que ha provocado la muerte de peces, la contaminación de la selva y sus plantas frutales y la desaparición de animales que habitan en la selva amazónica. (Medeiros, 2023).

El caso del pueblo Yanomami evidencia la forma en que los Estados-nacionales han perpetuado las prácticas históricas del colonialismo interno. Durante la gestión del expresidente Jair Bolsonaro, el Estado brasileño violentó de forma directa e indirecta a la población Yanomami, por su acción y omisión en el marco del conflicto con el *garimpo* ilegal. La situación de inseguridad alimentaria y la crisis en materia de salud y derechos humanos, han puesto en evidencia la forma en que las grandes corporaciones, el Estado necropolítico y las economías criminales se conjugan en una alianza criminal que por medio de sus prácticas genocidas amenaza con desaparecer territorios y pueblos enteros, y con ellos, sus visiones del mundo y sus formas de relacionarse (entre ellos y con la tierra).

2.1.2. Coahuila: la región carbonífera que soñaba con convertirse en la región del sol

Situada en el norte de la República Mexicana, la región carbonífera de Coahuila se presenta como un ejemplo contundente de la forma en que la violencia lenta está inscrita en los cuerpos de los mineros que trabajan en las minas (las afectaciones a la salud y la explotación a la que se ven sometidos), y la forma en que sus cuerpos (racializados y empobrecidos) son relegados a una lógica de sacrificio. El proceso de zonificación de la devastación socioambiental (es decir, la producción espacial, política y económica de territorios sacrificables nombrados *zonas de sacrificio*) está inscrito en una lógica neocolonial y extractivista que orbita en torno al capital como eje rector de toda práctica económica e incluso política (en un sentido institucional).

...el término "zona" está relacionado con la zonificación, lo que significa que el aparato estatal suele ser directamente responsable de proporcionar las condiciones jurídicas, y en gran medida también materiales, para la transformación de un espacio en una zona de

sacrificio. Por supuesto, la zonificación también corresponde a un tipo de (des) territorialización. (Souza, 2021: 224).

La extracción de carbón es una de las actividades fundamentales para la generación de energía. No obstante, la apropiación de este elemento de la naturaleza despliega innumerables consecuencias sobre la población que habita en la región. Como todo proceso de apropiación de los bienes de la naturaleza, la extracción de carbón requiere de trabajo humano. Sin embargo, al ser una actividad de grandes proporciones, el número de manos requeridas es considerablemente grande. Las condiciones de trabajo a la que se enfrentan las personas que se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo a las grandes empresas mineras son sumamente peligrosas e indignas.

La región carbonífera de Coahuila se compone de cinco municipios de donde se extrae el 99% del carbón en México. Sus habitantes siempre están relacionados con las minas: trabajan en ellas, el aire que emana de ellas envenena sus días, mueren en ellas. Hasta 2021, más de 3100 mineros habían fallecido allí, donde unas 3.000 familias dependen directamente de esa industria, sin que el gobierno les dé más opciones para subsistir. (Pardo, 2022: 17).

Tal como se señala en el reportaje *Cuando la esperanza se reduce al carbón*, muchos de los mineros que se dedican a la extracción de carbón trabajan en ellas porque no tienen otra opción. Las corporaciones les emplean a cambio de salarios ínfimos y en condiciones laborales que la mayor parte de las veces no cumplen con los estatutos de seguridad reglamentarios. La región carbonífera de Coahuila ya ha sido escenario de numerosos accidentes en donde han desaparecido y fallecido personas que trabajaban en las minas. No obstante, cabe recalcar, que la palabra accidente no es sino una palabra que se construye sobre la base de la complicidad, el silencio y la impunidad. Los *accidentes* acontecidos en la mina podrían haber sido evitados de no ser por la negligencia de las autoridades y las corporaciones.

En la región de Coahuila proliferan concesiones fantasmas y explotaciones clandestinas de carbón, algunas de ellas incluso tienen nexos con las economías criminales de la región. Una de las tragedias más grandes fue la de Pasta de Conchos. El 19 de febrero del 2006, hubo una explosión causada por la acumulación de gas metano en donde 65 de

los 73 mineros que trabajaban ahí quedaron atrapados. Organizaciones defensoras de derechos humanos han señalado que el lugar tenía numerosos reportes de fallas de seguridad. “Se asentaron 43 violaciones directas a la norma de seguridad e higiene y se ordenaron 48 medidas, muchas de ellas de extrema urgencia. Sin embargo, las autoridades omitieron supervisar que se subsanaron las fallas detectadas” (Centro Prodh, 2022).

La tragedia de Pasta de Conchos puso en evidencia la trama de complicidades que existía alrededor del sector minero, pues las labores de rescate fueron coordinadas por Grupo México, la compañía responsable del incidente, propiedad del multimillonario mexicano Germán Larrea, quien fue solapado por el entonces presidente de la república Vicente Fox Quezada. Grupo México decidió frenar la búsqueda de los cuerpos de los mineros, negando a las familias la posibilidad de brindarles una digna sepultura.

Cuadro. 2.1.2. Impactos de la minería en la región carbonífera de Coahuila

Impactos ambientales	<p>Visible: Contaminación atmosférica, incendios, degradación del paisaje, contaminación del suelo, erosión del suelo, deforestación y pérdida de área cultivada, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua, impacto en sistema hidrogeológico</p> <p>Potencial: Contaminación de agua subterránea</p>
Impactos en la salud	<p>Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), problemas mentales (stress, depresión y suicidio), enfermedades laborales y accidentes, muertes, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental</p>
Impactos socioeconómicos	<p>Visible: Falta seguridad laboral, ausentismo,</p>

	despidos, desempleo, pérdida de formas de subsistencia, militarización y aumento de presencia y control de las fuerzas del orden, impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos
--	---

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

La megaminería, al igual que otras actividades productivas que forman parte del modelo extractivo, se ha enmarcado en procesos de privatización y regulación pro-mercado fundamentados en pautas normativas e institucionales orientadas a la legalidad y la promoción de la lógica del despojo (Seoane, 2013). Así, las empresas actúan protegidas por los marcos legislativos y los mecanismos de impartición de justicia que se amparan en la ley. Existe “una cadena de intereses alrededor del mineral” (Pardo, 2022: 30). El sacrificio de los pueblos se sostiene también porque hay extensas redes de impunidad y colusión en la que se ven involucrados actores estatales, empresas privadas e incluso integrantes de la economía criminal. En Coahuila “gran parte de los negocios y los cargos políticos están asociados a la riqueza de los empresarios carboneros” (Pardo, 2022: 30).

Como se ha mencionado con anterioridad, en la región carbonífera de Coahuila han muerto más de 3100 mineros. Las vidas de los mineros son vidas desechables y sacrificables. Los obreros se ven expuestos a posibles derrumbes y explosiones en las minas, pero también a una muerte lenta. Las intoxicaciones y enfermedades respiratorias son frecuentes.

La quema del carbón contamina tanto el aire que unas 430 personas mueren al año en Coahuila por enfermedades respiratorias, de acuerdo con un informe del Centre for Research on Energy and Clean Air. De sus desperdicios, señala la organización, alrededor de 900 kilos de mercurio van a parar anualmente a los ecosistemas terrestres y de agua dulce de una región que además sufre sequías crónicas. (Pardo, 2022: 25).

Para justificar el sacrificio, se crean narrativas heroicas sobre esta actividad productiva que es llevada a cabo en condiciones precarias y que atenta contra la salud de los mineros. “Las empresas necesitan crear la narrativa heroica porque solo los héroes trabajan donde no hay

condiciones para ello... es increíble ver el apego de la gente al mineral: los representa forma parte de su historia y, al mismo tiempo, tiene una enorme carga de sufrimiento” (Auerbach en Pardo, 2022: 26). En este mismo reportaje periodístico, los entrevistados enfatizan que hace falta un cambio de narrativa, pues es sintomático que su territorio sea nombrado la región del carbón y no la región del sol, pues es un lugar que se caracteriza por su clima cálido. Un giro en la narrativa pondría especial énfasis en las condiciones climáticas y no en el carácter extractivista del lugar.

Es posible observar una paradoja: en la región carbonífera de Coahuila, las vidas de los obreros son a la vez desechables pero también necesarias. La salud y bienestar de los obreros son puestas en segundo plano. No obstante, son absolutamente fundamentales en tanto que poseedores de su fuerza de trabajo. Lo cierto es que si bien los obreros son la parte esencial del engranaje productivo capitalista, también son una parte fácilmente reemplazable tal como lo señaló Marx al hablar del ejército industrial de reserva.

Los trabajadores cuyas vidas son desechables suelen ser, de hecho, muy necesarios (la economía urbana no existe sin su sudor y su trabajo mal pagado), aunque sólo sea en su conjunto o en general, y no como individuos o grupos concretos. En otras palabras: corresponden a vidas que se pueden sacrificar masivamente, ya que desde el punto de vista económico (capitalista), siempre hay muchas vidas similares para sustituir a los seres humanos que se vuelven "inútiles" o perecen a consecuencia de enfermedades, lesiones o la muerte. (Lopes de Souza, 2021: 223).

Asimismo, las formas de reproducción social están fracturadas y los miembros de la comunidad se encuentran sujetos a condiciones de explotación laboral.

La división de las poblaciones se produce también por las gestiones de las empresas para adquirir títulos de propiedad, renta y servidumbres de los habitantes de las zonas mineras... Las afectaciones económicas en las comunidades aledañas a los proyectos mineros estudiados en este informe se manifiestan especialmente en la alteración de los modos de subsistencia y, en la mayoría de los casos, en un mayor empobrecimiento de las comunidades. (CIDH, 2008: 27).

Es preciso considerar que, en la mayor parte de los casos, los pueblos que habitan en las zonas de sacrificio ya residían en dichos territorios antes de que la actividad industrial y

extractiva se asentara ahí y desencadenara procesos de degradación ambiental. En este sentido, las comunidades y pueblos poseían prácticas (productivas, culturales, sociales) fundamentalmente distintas a las que corresponden a la lógica del capital.

Una zona de sacrificio es a menudo un espacio en el que ya vivía mucha gente antes de que se construyeran incineradoras de residuos o fábricas altamente contaminantes, donde la gente constituyó su sentido del lugar y sus identidades socioespaciales a lo largo de generaciones, así como sus territorios de vida cotidiana a nivel microlocal. (Sousa, 2021: 225).

2.1.3 Brumadinho. Una bomba de relojería: la negligencia a costa de la vida

Otro ejemplo de devastación ambiental causada por la actividad minera fue la tragedia de Brumadinho en Brasil. El 25 de enero de 2019 se derrumbó un dique minero con aguas residuales de la mina Córrego de Feijão, propiedad de la minera Vale S.A. La ruptura del dique provocó el derrame de una enorme cantidad de agua y lodo tóxico sobre el municipio de Brumadinho, en el estado de Minas Gerais. Como resultado de dicho acontecimiento se reportaron 20 personas desaparecidas y 272 personas perdieron la vida. Como se puede observar en la siguiente tabla, lo acontecido en Brumadinho impactó de múltiples formas en la población, particularmente en términos ambientales, socioeconómicos y sanitarios.

Cuadro. 2.1.3. Impactos de la contaminación provocada por la ruptura de un dique con lodos tóxicos en Brumadinho

<p>Impactos ambientales</p>	<p>Visible: Pérdida de biodiversidad, inundaciones, degradación de paisaje, contaminación del suelo, desbordamiento de residuos, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua, contaminación de agua subterránea, impacto en sistema hidrogeológico, reducción de la conectividad ecológica/hidrológica, derrames de sustancias tóxicas, residuos mineros</p>
------------------------------------	--

<p>Impactos en la salud</p>	<p>Visible: Accidentes, enfermedades laborales y accidentes, muertes, exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.)</p> <p>Potencial: Problemas mentales (stress, depresión y suicidio)</p> <p>Otros: Muchos empleados de Vale han sido asesinados en este accidente. En Brumadinho debe haber incidencia de enfermedades respiratorias incluso antes del accidente. El lodo liberado puede ser tóxico.</p>
<p>Impactos socioeconómicos</p>	<p>Visible: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores, desalojo, pérdida de formas de subsistencia, pérdida de los conocimientos locales, saberes, prácticas, cultura, impactos específicos en las mujeres, expropiación de tierra, deterioro del paisaje y pérdida de sentido de identidad del lugar, violaciones a los derechos humanos</p>

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

A pesar de que los responsables aseguraron que se trató de un “accidente”, lo acontecido en Brumadinho no es casual, sino que es producto de la acción y omisión de la compañía minera Vale. Los pobladores han afirmado que lejos de ser un accidente, fue un crimen. De acuerdo con testimonios de los sobrevivientes, el torrente de lodo (12 millones de metros cúbicos) arrasó con todo lo que encontró a su paso. Muchas personas quedaron sepultadas bajo los residuos tóxicos y algunas aún hoy se encuentran desaparecidas. El rompimiento del dique devastó un área equivalente a 300 campos de fútbol. Un estudio del Foro Mundial

para la Naturaleza, estima que se perdieron aproximadamente 125 hectáreas de bosque. (Prensa Latina, 2023).

Los habitantes de esta población formaban parte de una comunidad rural conformada por poblaciones racializadas. La tragedia de Brumadinho, tal como se mencionó en muchos medios, fue una tragedia anunciada, un crimen ambiental y una bomba de relojería. El sacrificio de este territorio tiene que ver con la exposición desigual a los riesgos. Las actividades de la empresa minera Vale fueron desarrolladas de forma negligente y con consciencia de los riesgos que implicaba para los trabajadores de la compañía, los habitantes de las poblaciones aledañas y los ecosistemas circundantes. A continuación, se muestran algunas declaraciones de familiares de las víctimas y habitantes de Brumadinho, obtenidas del Informe de la Comisión Internacional Independiente de Investigación sobre el Impacto del Rompimiento de la Presa de Brumadinho (Brasil) de 25 de enero de 2019:

“Bruno fue asesinado por un bolígrafo. Alguien en Vale sabía que la presa era inestable y podría romperse a cualquier momento y no dijo nada.” (Andresa Aparecida Rocha Rodrigues).

“A causa de Vale, mi felicidad ha sido robada.” (Nayara Cristina Dias Porto).

“Vale nos debe disculpas. Pero nadie de Vale siquiera habló con nosotros.” (Jacinta Francisca Mateus Costa).

“El hecho de que Vale puso el comedor, las oficinas y el alojamiento en el fondo de la presa fue un acto criminal. Cuando la presa se derrumbó, fue como si todo el mundo hubiera pasado a través de una máquina trituradora.” (Josiane Melo).

“El crimen de Vale fue... un cálculo. Era más barato dejar que esto ocurriera que prevenirlo.”(Kenya).

“Estamos en un hueco, estamos en una zanja.”(Geraldo Resende).

“El niño de seis años no ha sido comunicado durante varios meses que su padre no iba a volver a casa... Las personas necesitan saber lo que Vale está haciendo para impedir el rompimiento de otras presas.” (Sergio Caldeira do Amaral).

“El rompimiento era previsible. No era un acto de Dios o de la Naturaleza. El hecho de que eso era previsible aumenta nuestro dolor. El evento no está en el pasado, está en el presente, [mientras también] vive en las memorias de las personas y en su dolor. Vivimos con aquella presa desmoronada en el corazón de las personas.” (Obispo Auxiliar Don Vicente de Paula Ferreira).

“Tengo una tienda, pero perdí mi negocio. Estuve paralizada durante un mes, sin derecho a cualquier indemnización. Mi negocio vendía artículos de papelería. Nadie puede comprar nada ahora. Otros tenderos y agricultores están arruinados. Vale no reconoció nuestros daños. No puedo trabajar ahora por sentirme psicológicamente inestable. No tengo vida más.”(Sara de Souza).

“Los bomberos pusieron los cuerpos en el campo frente a la iglesia. Desde allí fueron a la morgue, pero como la comunidad estaba aislada, esto no sucedió inmediatamente. Los cuerpos ni siquiera estaban cubiertos o colocados en bolsas hasta días después... Todo el mundo está sufriendo. Mi esposo está sufriendo, y la comunidad está sufriendo”. (Juliana Cardoso).

Los habitantes de Córrego do Feijão han experimentado el sufrimiento ambiental a raíz de un evento catastrófico que pudo haber sido evitado. Son múltiples las manifestaciones de este sufrimiento que se encarna en los cuerpos de forma individual (enfermedades y muertes), pero también de forma colectiva (la destrucción de sus vínculos comunitarios, del tejido social, la memoria compartida de la devastación ambiental, la destrucción de sus modos de subsistencia, de los paisajes y de otras formas de vida no humanas). Para Calveiro (2006: 67) “es a partir de estos primeros relatos de lo atroz que esas mismas sociedades desandan el camino del silenciamiento y el olvido para emprender el difícil trabajo de la memoria que, en verdad, siempre ha estado ahí aunque de otra manera”. Las narraciones de las personas que sufrieron los efectos de la contaminación ambiental

causada por la ruptura del dique minero son un testimonio en donde se comienza a posicionar la importancia de tejer procesos de memoria en torno a la devastación ambiental.

A su vez, la violencia perpetrada ha sido encubierta bajo la justificación de que la ruptura del dique no fue más que un “accidente”, lo que evidencia la manera en que el poder “distorsiona y cambia de forma, borrando formas perniciosas generalizadas de daño” (Cahill, 2019: 1057). En este caso, se vislumbra un ejemplo paradigmático de violencia lenta, un tipo de violencia que no es percibida como tal, pero que emana muerte por todos los poros. Los estragos en Brumadinho, tanto sociales como ambientales, no terminaron el día en que se rompió el dique de desechos tóxicos. El 25 de enero de 2019 fue tan solo el inicio de un proceso lento de destrucción gradual, que podría durar décadas. A pesar de que la ruptura fue un evento disruptivo, en cierto sentido explosivo y espectacular, dadas sus dimensiones y su visibilidad, las repercusiones se perpetuarán a través de diferentes escalas de tiempo y de forma transgeneracional.

Los medios de comunicación han mostrado las imágenes y videos de lo acontecido en Brumadinho. Sin embargo, tal como lo señala Nixon al estudiar otros casos de violencias químicas y radioactivas, las calamidades serán lentas y duraderas y tendrán efectos retardados. La justicia ambiental tendría que estar enfocada en la reparación y la prevención. No obstante, frente a este caso impera un escenario de impunidad corporativa. Después de 4 años de este crimen ambiental, nadie ha sido encontrado culpable por la justicia brasileña según denuncian diversas organizaciones de la sociedad civil a través del “Manifiesto. Basta de Impunidad. Justicia por Brumadinho”.

Como se ha visto a lo largo de este apartado la actividad minera produce zonas de sacrificio que tienen múltiples repercusiones en las poblaciones y los territorios. En primer lugar, la ocupación física del espacio, que implica el despojo de tierras y el desplazamiento forzado de las comunidades. Las corporaciones mineras se apropian del espacio físico, y con ello, controlan y gestionan el territorio de acuerdo con sus lógicas productivas y mercantiles. En segundo lugar, las consecuencias económicas de la minería: trabajos explotados en condiciones precarias para los mineros y trabajadores, y paralelamente, ganancias exorbitantes para los dueños y líderes de las corporaciones. Y en tercer lugar, el sacrificio en términos ambientales, vinculado a la destrucción de los ecosistemas, la erosión de la tierra, el saqueo masivo de agua y la utilización de sustancias tóxicas; pero también

los daños a la salud y bienestar de las personas (tanto de quienes habitan en lugares cercanos como de quienes trabajan en la mina).

Tanto las minas ilegales y clandestinas, como las minas que operan bajo la jurisdicción y permiso del Estado, necesitan, en algún sentido, del sacrificio de personas, paisajes, bienes naturales, territorios y modos de reproducir la vida. Cuando todos ellos, no se alinean a la lógica del capital, y al curso que sigue la valorización del valor, el sacrificio se vuelve indispensable. Se trata de un mecanismo sin el cual la lógica expansiva del capital no podría seguir su propio cauce. Por esta razón, el capital subsume todo aquello que no le es funcional para su reproducción. Las grandes corporaciones y los Estados, comprenden que para alcanzar los horizontes de progreso que se enmarcan en la lógica productivista y desarrollista contemporánea, es preciso hacer sacrificios.

2.2. “Crónicas de una muerte anunciada”: contaminación por desechos tóxicos

La industria capitalista produce contaminación y devastación ambiental. No como un efecto colateral de la actividad productiva, sino como una dinámica intrínseca a su propio funcionamiento. Para Swistun (2015) la contaminación ambiental puede ser entendida como un desastre en cámara lenta. Los procesos de contaminación son incubados de forma gradual y paulatina. La contaminación no siempre es impuesta abruptamente, sino que también se desarrolla de forma progresiva a lo largo del tiempo. “La contaminación tiene una doble vida: una, en un espacio objetivo, en el aire, los cursos de agua y el suelo; otra, en los cuerpos y mentes de sus contaminados habitantes” (Swistun, 2015: 195).

La generación de residuos forma parte de toda dinámica de reproducción social. No obstante, en el modo de producción capitalista el desecho de residuos suele tener costos ambientales diferenciados en términos sociales y geográficos. A nivel global, el traslado de residuos (particularmente de los tóxicos) suele alinearse a esquemas imperialistas y neocoloniales que, una vez más, sacrifican las vidas de aquellas poblaciones que habitan territorios periféricos. En los casos analizados a continuación, es posible observar la acción y omisión de las industrias y los Estados al ignorar (deliberadamente) los riesgos y costos ambientales a los que se ven sometidos los habitantes de estos lugares.

2.2.1 Isla de Vieques: el rostro oculto de la imperialismo bélico estadounidense

La industria de la guerra, alineada a sus lógicas y prácticas militares e imperialistas es un ejemplo claro de los procesos de contaminación y devastación ambiental que responden a las lógicas del modo de producción capitalista y el orden mundial imperante. La producción de armas y su utilización en los campos de tiro y en los episodios bélicos también son parte de esta catástrofe planetaria que declara una guerra ambiental contra los cuerpos, los territorios y la vida que en ellos habita. ¿A dónde van las balas que son disparadas al vacío cuando los soldados son entrenados para la guerra?

Para mandar a marines estadounidenses a la guerra, primero tienen que ser probadas las armas que se utilizarán al momento de aniquilar al enemigo. Los soldados tendrán también que aprender a matar y a perfeccionar sus técnicas para derribar al oponente. Este proceso de entrenamiento y preparación bélica significa la siembra de muerte en otros territorios. Las potencias imperialistas como Estados Unidos eligen deliberadamente un territorio colonizado y lo sacrifican, en nombre de la guerra y la seguridad nacional. No es fortuito, que el sacrificio suceda en una ex colonia, históricamente sometida a sus intereses imperialistas.

Desde hace algunas décadas, la Isla de Vieques ha sido un infierno para unos y un paraíso para otros. Situada al sudeste de Puerto Rico, Vieques es conocida por sus paradisíacas playas de arenas blancas y aguas azules. No obstante, detrás de sus maravillas naturales se esconde una historia de dominación colonial y militar.

De 1941 a 2003, Vieques fue utilizada por la Marina estadounidense con fines militares. La Marina estadounidense ocupó 105 de los 136 kilómetros cuadrados de la isla, o más de tres cuartas partes de su superficie, dividida en dos zonas: una al oeste para almacenamiento de municiones y otra al este como campo de bombardeo. Vieques se convirtió en laboratorio militar y campo de pruebas de armas y bombas de todo tipo, incluyendo napalm, bengalas y armas de uranio, mientras que los 10.000 habitantes permanecieron confinados en una estrecha franja en el centro de la isla... Durante casi sesenta años, los habitantes tuvieron que vivir en un país bombardeado, expuestos a la contaminación del suelo por metales pesados procedentes de las municiones utilizadas o almacenadas allí, que suponían graves amenazas para la salud (Ferdinand, 2021: 223).

Cuando en 1941 el Congreso de los Estados Unidos de Norte América aprobó la Ley Pública 247, que otorgaba a su marina de guerra el uso inmediato de las tierras a expropiar

en la isla municipio de Vieques, los habitantes de la isla fueron desplazados al centro del territorio, quedando cercados por campos de batalla. Ismael Guadalupe, habitante de la isla relata el siguiente testimonio:

Nosotros éramos como el jamón del sándwich. En un lado guardaban las municiones y del otro lado tiraban las bombas. Nosotros en Vieques sabemos y hemos vivido lo que es el imperialismo norteamericano... nosotros lo vivimos, con sus actitudes, con sus abusos, con sus intentos de atropellarnos a nosotros (Dávila, 2019).

La marina arrasó con los paisajes y los modos de organización social de la gente de Vieques, además de cobrarse la vida de personas que murieron a causa de la contaminación en el pueblo. El Atlas de la Justicia Ambiental documentó los múltiples impactos ambientales, socioeconómicos y en la salud que tuvo la catástrofe ambiental en Vieques.

Cuadro. 2.2.1. Impactos de la contaminación causada por los residuos de municiones y armas durante los entrenamientos militares de la marina estadounidense en la Isla de Vieques

Impactos ambientales	<p>Visible: Contaminación atmosférica, pérdida de biodiversidad, Degradación del paisaje, contaminación sonora, contaminación del suelo, desbordamiento de residuos, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua, contaminación de agua subterránea, reducción de la conectividad ecológica/hidrológica, otros impactos ambientales</p> <p>Potencial: Seguridad alimentaria (problemas con la cosecha, etc.), contaminación genética, derrames de petróleo.</p>
Impactos en la Salud	<p>Visible: Accidentes, exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), malnutrición, problemas mentales (stress, depresión y suicidio), situaciones de violencia con efectos en la salud, enfermedades laborales y accidentes, muertes, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental, otros impactos en la salud</p> <p>Potencial: Problemas de salud relacionados con alcoholismo, violaciones, etc.</p>

	<p>Otros impactos en la salud: Tarifas de cáncer tremendas y otros problemas de salud vinculados a la insuficiencia de órganos, etc. No hay hospital para ayudar a tratar a los miembros de la comunidad local. Tienen que tomar un ferry a la gran isla de Puerto Rico para la atención especializada</p>
Impactos socioeconómicos	<p>Visible: Desalojo, aumento de violencia, falta seguridad laboral, ausentismo, despidos, desempleo, pérdida de formas de subsistencia, pérdida de los conocimientos locales, saberes, prácticas, cultura, militarización y aumento de presencia y control de las fuerzas del orden, aumento de problemas sociales (alcoholismo, prostitución, etc.), impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos, expropiación de tierra, deterioro del paisaje y pérdida de sentido de identidad del lugar</p> <p>Potencial: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores</p>

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

De acuerdo con Alicea (2000), la presencia de la marina en Vieques provocó el desplazamiento forzado de la población. Además, señala que en Vieques la marina experimentó con bombas y otras armas químicas napalm, luces de bengala, casquillos, uranio reducido y otras sustancias químicas. El asma, las enfermedades del sistema respiratorio y el cáncer se convirtieron en enfermedades comunes entre los viequenses. La exposición al uranio reducido también provocó enfermedades como leucemia, linfomas, cáncer de próstata, cáncer de hígado y cáncer pulmonar. Asimismo, en términos ecológicos, se reportó la destrucción masiva de praderas de thalassia y arrecifes de coral, así como la destrucción de áreas de anclaje para tortugas marinas.

La relación histórica de opresión a la que ha sido sometida la isla de Puerto Rico da cuenta de la forma deliberada en la que Estados Unidos decidió ocupar un territorio subordinado y colonizado. Estados Unidos detenta una deuda ecológica con el pueblo viequense, que incluso después del triunfo popular que logró la retirada de la marina de la isla, continúa presente en el territorio de Vieques. De esta forma, la violencia lenta se

perpetúa a lo largo del tiempo. Las enfermedades en la población y la toxicidad de los suelos continúan repercutiendo en la población viequense, aún cuando la marina ya no desempeña actividades en la isla.

Estados Unidos, como potencia imperialista, no sólo interviene en sus colonias y en otros países del sur, en términos económicos y políticos, sino que su intervención también ha sido en términos de un imperialismo ecológico que provoca sufrimiento ambiental en sus pobladores. Las enfermedades cancerígenas e inmunológicas que afectan a los pobladores en Vieques, ponen en evidencia la forma en que algunas corporalidades son descartables y desechables. La Isla de Vieques es también un ejemplo de la manera desigual en que se distribuyen los costos ecológicos, pues finalmente, los marines estadounidenses podrían regresar a su país para sortear los daños de los residuos tóxicos de las armas químicas. No obstante, la población de Vieques ha sido la que durante décadas ha tenido que encontrar la manera de resistir a la catástrofe ambiental.

2.2.2 Boliden: cuando el costo jugar con lodo le costó la vida a los niños y niñas de Arica

Todo proceso productivo implica la transformación y flujo de materia y energía. Poco se habla de la generación de residuos o desechos que es inherente al proceso metabólico en el momento de la excreción (E) (Toledo, 2013). Cabe preguntarse entonces, ¿a dónde van los residuos desechados por los países que más consumen y más desechan? E incluso, internamente, ¿qué se hace con los residuos (tóxicos, electrónicos, etc.) que son desechados en las grandes urbes? Ha sido ampliamente documentada la forma en que los residuos son trasladados a gran escala del Norte Global al Sur Global. En este sentido, han emergido numerosos conflictos socioambientales relacionados con la distribución desigual de los residuos (tóxicos y no tóxicos), pues su gestión inadecuada suele generar impactos sociales y ambientales sobre las comunidades que habitan en zonas cercanas.

Entre 1984 y 1989, en plena dictadura militar pinochetista, una planta de fundición sueca perteneciente a la corporación minera Boliden envió cerca de 20,000 toneladas de lodos tóxicos a las afueras de Arica en Chile. Treinta y seis años después, expertos en derechos humanos pertenecientes a Naciones Unidas expresaron una profunda preocupación por la devastación que aún sufren las comunidades, Cerro Chuño y Los Industriales en Arica, a causa del vertido de residuos tóxicos en su territorio. “Los residuos

tóxicos, que permanecen a la intemperie y expuestos a los elementos de la naturaleza, suponen un riesgo para la salud y la seguridad dado su alto contenido en arsénico, incluso para los sistemas de agua potable” (ONU, 2021). Los habitantes de Arica no sólo han enfermado, sino que muchos de ellos también han muerto.

La empresa transnacional Boliden se encuentra entre las 10 compañías mineras más grandes del mundo. Boliden pagó un millón de euros a una compañía chilena llamada Promel para hacerse cargo de los desechos tóxicos. Sin embargo, sólo una fracción de los desechos fue procesada en los hornos de Promel. Así pues, fueron cuatro los responsables del desastre ambiental en Arica: el Estado chileno, el Estado sueco, la empresa transnacional Boliden y la empresa chilena Promel (Edman y Johansson, 2020). Fueron los niños y las niñas en Arica, la población más afectada por esta catástrofe ambiental.

De acuerdo con información del Colectivo Salud en Movimiento, desde los años 80 los niños y niñas que habitaban en el Cerro del Chuño jugaban con el barro que había sido descargado en un área delimitada que resultaba atractiva dado que parecía un “patio de juegos”. Los niños y niñas incluso llevaban el barro a sus casas y lo esparcían por todos lados. No obstante, tiempo después el Instituto Nacional de Derechos Humanos en Chile determinó que el barro contenía plomo y arsénico. Los desechos nunca fueron resguardados debidamente, lo que contaminó de forma alarmante a la ciudad de Arica (Citado en Dattwyler, Vergara y González, 2021: 14). Los metales tóxicos más presentes fueron plomo, arsénico, cromo y cadmio, cuyos efectos en la salud humana están asociados a casos de cáncer, enfermedades pulmonares, trastornos neurocognitivos, anemias, abortos molares, entre otros. (Colectivo Salud en Movimiento, 2019).

Este es un ejemplo claro de la forma en que se expresa la violencia lenta en una población periférica chilena. En Arica, la devastación socioambiental ha perdurado a lo largo de los años, causando numerosos estragos en los ecosistemas, violando derechos humanos fundamentales de los habitantes e incluso cobrando la vida de seres humanos. Sin embargo, este tipo de violencia gradual y no espectacularizada no es percibida como violencia a pesar de la contundencia con la que avanza. Y si bien, en un primer momento los impactos no fueron visibles ni evidentes, han sido precisamente los cuerpos y los espacios los que son objeto de los dramáticos cambios de la violencia lenta. Por ello, el

caso de la empresa Boliden y sus afectaciones en Arica, puede ser catalogado como un crimen ambiental.

Se calcula que 12.000 personas se han visto afectadas por los residuos, y muchas han perdido la vida, señalan los expertos. Entre los efectos secundarios denunciados están el cáncer, los dolores articulares, las dificultades respiratorias, las alergias, la anemia, los abortos y los defectos de nacimiento. Algunas mujeres en edad reproductiva que jugaron en la pila de residuos cuando eran niñas no han podido concebir (Naciones Unidas, 2021).

De acuerdo con Arriagada (2012) la población de Cerro Chuño y Los Industriales pertenece a un segmento socioeconómico que se encuentra en condiciones de pobreza. La autora señala que se trata de un sector poblacional enfrentado a cuestiones de marginalidad relacionadas con el desempleo y el tráfico de drogas. Asimismo, señala que las viviendas fueron construidas sobre terrenos que se encontraban fuera del plano regulador. Se trata de una área que formaba parte de antiguos basureros municipales. Además, la autora menciona que “hacia el occidente del sector, en el plano, se ubicaba un área industrial donde destacaba un gran terreno en el que se acopiaban residuos de minerales de una conocida empresa minera local” (Arriagada, 2012: 459).

Los conflictos socioambientales están fuertemente marcados por indicadores de clase. Son las comunidades más empobrecidas las que sufren con mayor fuerza los estragos de la devastación ecológica. En este sentido, las desigualdades socioecológicas se expresan en aquellas zonas sacrificables en donde habitan las poblaciones que son concebidas como marginales e incluso residuales. La negligencia del Estado chileno al permitir la construcción de viviendas en áreas contaminadas, así como la transferencia deliberada de residuos tóxicos de empresas locales e internacionales, da cuenta de los procesos de territorialización que perpetúan la dinámica del capital: la producción de espacios funcionales a su lógica para garantizar su expansión. El sacrificio de los territorios y sus poblaciones es parte de una configuración histórica y política de corte imperialista y colonial.

De acuerdo con Lewis Gordon, integrante del centro de defensa legal ambiental, el equipo de defensa se sorprendió por lo simbólico y representativo del caso en Arica. Gordon sostiene que hay numerosas situaciones de este tipo en el mundo: compañías multinacionales cuyas bases se encuentran en países desarrollados realizando acciones que

bajo ninguna circunstancia llevarían a cabo en sus propios países. (Edman y Johansson, 2020). Las empresas del Norte Global no reparan en sacrificar a las poblaciones del sur del mundo y son responsables de una deuda ecológica que no están dispuestas a aceptar. Estas prácticas coloniales e imperialistas revelan la persistencia de un sistema económico racista que continúa acentuando el desarrollo geográfico desigual. Los ecos del pasado colonial se entretrejen con la violencia lenta desplegada en Arica generación tras generación.

Cuadro. 2.2.2 Impactos de la contaminación ambiental por la descarga de lodos tóxicos en Arica

Impactos ambientales	Visible: Contaminación atmosférica, contaminación del suelo, desbordamiento de residuos, contaminación de agua subterránea
Impactos en la salud	<p>Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), problemas mentales (stress, depresión y suicidio), otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental, otros impactos en la salud, muertes</p> <p>Otros impactos en la salud: Cáncer, dolores en las articulaciones y huesos, tos crónica, dificultades respiratorias, irritabilidad, neurosis, estrés, alergias, conjuntivitis, pérdida de memoria, cansancio, fatiga, anemia, hidrocefalia, espina bífida y mal de chiari</p>
Impactos socioeconómicos	<p>Visible: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores, desalojo, pérdida de formas de subsistencia, impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos, otros impactos socioeconómicos</p> <p>Otros impactos socioeconómicos: Un gran porcentaje del ingreso económico de los afectados es destinado a tratamientos en salud por la contaminación polimetálica</p>

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

El caso de Boliden es un caso emblemático de imperialismo ecológico y tóxico, que pone en evidencia la deuda ecológica de los países del norte con los países del sur. Asimismo, es posible vislumbrar la forma en que opera el modo de vida imperial, no sólo en el momento productivo y

consuntivo, sino también en el momento residual. Los países nórdicos, en este caso Suecia, llevan un determinado modo de vida que les permite vivir cómodamente. En el documental *Arica* (2020) Lars Edman, un joven de origen chileno adoptado por una familia de Boliden, localidad sueca en la que tiene sus bases de operación la empresa con el mismo nombre, muestra la forma en que todo el pueblo se beneficia de la actividad minera de la empresa sin estar consciente de los impactos catastróficos que genera al otro lado del mundo.

En el mismo documental, Edman (2020) sostiene que la empresa Boliden jamás habría expuesto a la población sueca a los mismos riesgos a los que fueron expuestos los habitantes de Arica, y particularmente, los niños y niñas chilenos/as. Asimismo, se muestran fragmentos del proceso de demanda colectiva contra Boliden, caso que fue llevado a la corte sueca. Durante el proceso de defensa, Boliden argumentó que las enfermedades que tenía la población se debían al consumo de alimentos marinos, y no al basurero de residuos tóxicos vertido en su comunidad. Una vez más, es posible observar la forma en que las corporaciones culpabilizan a los sujetos subalternos de su propia condición. Este proceso de revictimización, también da cuenta de la estigmatización socioespacial a las que se vieron sometidos los habitantes de Arica.

2.2.4 Villa Inflamable: “respirar juntos rara vez significa respirar lo mismo”

Otro caso emblemático de contaminación ambiental, es el caso de Villa Inflamable en Argentina, una comunidad localizada en el límite sudeste de Buenos Aires, adyacente a uno de los polos industriales más grandes del país, el Polo Petroquímico y Puerto Dock Sud. En 1931, fue instalada la primera refinería petrolera de la empresa transnacional Shell. Villa Inflamable es una comunidad urbana que vive en condiciones de pobreza, lo que una vez más pone en evidencia la desigualdad de los costes ecológicos: “los pobres no respiran el mismo aire, toman el mismo agua, o juegan en la misma tierra que otros, sus vidas ocurren usualmente en un ambiente contaminado que tiene consecuencias graves para su salud presente y sus capacidades futuras” (Swistun, 2014: 156).

En 2008, la Corte Suprema declaró inhabitable esta zona que se encuentra rodeada de empresas químicas. No obstante, a pesar de dicha declaración, alrededor de 1800 familias continúan habitando ahí debido a que no tienen otra opción.

Rodeada por uno de los polos petroquímicos más grandes del país, por un río altamente contaminado que carga los desechos tóxicos de curtiembres y otras industrias, por un incinerador de residuos peligrosos, y por un relleno sanitario sin monitoreo, el suelo, el aire y los arroyos de Inflamable están altamente contaminados con plomo, cromo, benceno y

otros químicos. Y así, sin sorpresa, lo están sus enfermos y frágiles habitantes.(Auyero y Swistum, 2007).

Villa Inflamable es un caso más que demuestra la segregación espacial de la ciudad capitalista y los costos diferenciados de la devastación ambiental provocada por las actividades industriales y la producción de residuos tóxicos. Los impactos de Villa Inflamable son visibles y afectan de forma directa a su población. “El suelo, el aire y las corrientes de agua de Villa Inflamable están altamente contaminados con plomo, cromo, benceno y otros químicos” (Auyero y Swistun, 2006: 20). Sin embargo, también existen numerosos impactos potenciales debido a la peligrosidad del área, que como lo dice el nombre de la comunidad, es altamente inflamable.

Con el humo blanco y negro emanando de las chimeneas, con el ruido constante de las alarmas y de los pesados camiones que entran y salen, con el azaroso olor del gas o de otras sustancias cáusticas, rodeados de basura y de terrenos pantanosos, es difícil para cualquiera en Villa Inflamable negar que, como muchos vecinos nos contaron, «acá hay algo». Como nos dijeron en repetidas ocasiones (y experimentamos en carne propia): «A veces no se puede estar afuera, el olor es repugnante, te pica la garganta. Huele a gas. Se huele incluso si cerramos la puerta...». (Auyero y Swistun, 2006: 24).

Además de la segregación socioespacial, la estigmatización también está presente en la Villa Inflamable. De acuerdo con Auyero y Swistun (2008), la villa se divide en dos sectores principales: Génova y Malabia. Algunos estudios han señalado que la propia utilización del término *villa* suele ser usado de forma despectiva. “Como categoría cotidiana se utiliza el término “villa” como sinónimo de cualquier barrio pobre u ocupación de tierra. Esto implica, por ejemplo, que aunque los habitantes de los *asentamientos* sostienen un discurso de *no queremos hacer una villa*” (Varela y Cravino, 2008: 48).

La zona de Génova está poblada mayoritariamente por personas migrantes de origen peruano. De acuerdo con Damonte (2016), muchos de los vecinos han señalado correlacionalidad entre la “llegada de los peruanos” y los problemas de inseguridad. A continuación se muestran algunos testimonios recuperados por la autora:

Aunque no lo creas dentro de la villa funciona una estratificación interna y los peruanos son lo más bajo de ese estrato, a ellos los acusan de la inseguridad (Funcionario local)

Es una zona muy peligrosa que no podemos entrar ni nosotros (hablando sobre el sector donde residen los *peruanos*). Tendríamos que ir con tortugas y armados porque no salimos vivos de ahí pero nadie, ni la policía puede entrar. Ni la tercera (la comisaría de Dock Sud queda a 10 cuadras la entrada a Inflamable) puede entrar. Si llegan a entrar encuentran de todo, todo lo que se robaron, armas, etc. Es un predio que está allá (señala una zona), alrededor de la cancha.

Cuadro. 2.2.4. Impactos de la contaminación en Villa Inflamable

Impactos ambientales	Visible: Contaminación atmosférica, pérdida de biodiversidad, seguridad alimentaria (problemas con cosecha, etc.), calentamiento global, Degradación de paisaje, contaminación sonora, contaminación del suelo, erosión del suelo, desbordamiento de residuos, derrames de petróleo, deforestación y pérdida de área cultivada, Contaminación de agua subterránea, reducción de la conectividad ecológica/hidrológica, incendios
Impactos en la salud	Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), malnutrición, muertes, enfermedades infecciosas Potencial: Accidentes, problemas mentales (stress, depresión y suicidio), enfermedades laborales y accidentes Otros impactos en la salud: Impacto específico en los niños (contaminación por plomo); envenenamiento del ácido (vómitos y mareos); sarampión hemorrágico; pérdida de capacidad de respiración; anencefalia; diarrea
Impactos socioeconómicos	Visible: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores, desalojo, pérdida de formas de subsistencia, impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos, deterioro del paisaje y pérdida de sentido de identidad del lugar, otros impactos socioeconómicos

	<p>Otros impactos socioeconómicos: Impactos específicos en las mujeres como "madres" muy preocupadas por sus hijos</p>
--	---

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

En Villa Inflamable las poblaciones marginalizadas y empobrecidas están expuestas a los riesgos ambientales de forma desproporcionada. De acuerdo con Auyero y Swistun (2006), Shell ha mantenido una relación orgánica con la comunidad de Villa Inflamable. Además de ser una fuente de empleos, tanto para hombres (en la refinería) como para mujeres (como empleadas domésticas en las casas de funcionarios de la empresa), la empresa incluso ha desarrollado programas destinados a madres de niños desnutridos y financiado centros educativos y de salud. Paralelamente, la zona donde estas personas viven es empleada como un basurero a cielo abierto en donde los subcontratistas arrojan de forma ilegal sus desechos.

Los niños de Villa Inflamable registran mayores problemas dermatológicos (irritación en los ojos, infecciones en la piel, erupciones y alergias), problemas respiratorios (tos y broncoespasmos), problemas neurológicos (hiperactividad) y dolores de cabeza e irritación de garganta (Auyero y Swistun, 2006: 24).

El nivel de degradación y contaminación ambiental en Villa Inflamable hace que el ambiente y el territorio mismo sea un lugar inviable para la subsistencia de cualquier ser humano. A pesar de que la empresa Shell se jacta de generar empleos y brindar ayuda a los habitantes a través de programas comunitarios, las consecuencias en la salud de los pobladores son irrefutables e irreversibles. La empresa Shell está consciente del daño que la actividad industrial genera en la población. Sin embargo, en lugar de frenar la violencia, optan por llevar a cabo medidas filantrópicas y paliativas. El envenenamiento de la población en Villa Inflamable es visto como un “mal necesario” y una situación “inevitable” en aras del desarrollo.

2.3 La imposición de una vida tóxica: uso de agroquímicos en la agroindustria

El modelo agroalimentario dominante es también productor de zonas de sacrificio. No está enfocado en satisfacer necesidades sociales tan fundamentales como el hambre, sino en garantizar la rentabilidad de la producción agrícola posicionando el lucro en el centro. La agroindustria no produce alimentos sino *commodities*¹¹, que forman parte de los circuitos mercantiles capitalistas a nivel global. Por esta razón, el sociólogo brasileño José de Castro (1951) ha afirmado que el hambre y el capitalismo histórico están estrechamente vinculados. Para Larissa Bombardi (2020), investigadora del impacto de los agrotóxicos en Brasil (mayor consumidor de agrotóxicos en el mundo), el modelo agroindustrial ha llevado a cabo un proceso de transmutación de los alimentos en agroenergía y *commodities*. En este sentido, los cultivos se convierten en algo extraño a la alimentación, pues son escindidos de su valor de uso y de su potencia nutricional.

Así, con el advenimiento de la Revolución Verde la agroindustria desarrolló estrategias para maximizar la producción agrícola, apropiándose de grandes extensiones de tierras y desarrollando técnicas agrícolas biocidas (producidas con combustibles fósiles), como es el caso de los plaguicidas, fungicidas, insecticidas, herbicidas y pesticidas empleados en los modelos de monocultivo.

El sufijo *cida* tiene como sentido literal *matar*: ¿Debemos ahora incrementar homi-“cidio”, suici- “dio” y geno-“cidio” a las proezas de esos productos químicos? Infiltración a partir de aviones, de las cimas de las montañas a los ríos, de los hombros de los trabajadores a sus ropas, viviendas y jardines, de la ciudad a la aldea y de las fábricas a nuestros platos. Condenados por decisiones tomadas en continentes distantes. (Garvey en Bombardi, 2017: 10).

Estos métodos empleados en la producción agrícola se han caracterizado por sus consecuencias en la salud de los seres humanos, pero también en la salud de los ecosistemas. La producción agropecuaria y forestal gestionada por la agroindustria se caracteriza por el uso privado de la tierra y su consecuente acaparación. Asimismo, como

¹¹ Commodity es un término de lengua inglesa que significa mercancía. Es utilizado en las transacciones comerciales de productos de origen primario en las bolsas de valores. El término es usado en referencia a los productos de base en estado bruto (materias primas) o con mínimo grado de industrialización, de calidad casi uniforme, producidos en grandes cantidades y por diferentes productores. Estos productos “in natura”, cultivados o de extracción mineral pueden ser almacenados por períodos determinados sin que exista una pérdida significativa de su calidad. Son cotizados y negociados globalmente y empleados en las bolsas de valores. (Citado en Bombardi, 2017: 23).

ya se ha mencionado antes, se fundamenta en la lógica monoprodutiva y monocultural del monocultivo, que tiene graves consecuencias en la tierra, pues además de exterminar la agrobiodiversidad y los bosques nativos, contribuye con la erosión y degradación de los suelos. El movimiento *Save the soil* surgido en la India ha alertado de la inminente extinción de los suelos y el peligro que representa para la vida.

El ochenta y siete por ciento de las formas de vida de este planeta -microbios, gusanos, insectos, pájaros, animales, seres humanos, plantas, árboles y cualquier otra vegetación del planeta- se sustenta gracias a una media de treinta y nueve pulgadas de tierra vegetal. Y eso está en grave peligro ahora mismo. En los últimos cuarenta años, se ha perdido el cuarenta por ciento de la capa superficial del suelo. Según las Naciones Unidas, sólo nos queda suelo para unas ochenta o cien cosechas, lo que significa otros cuarenta y cinco o sesenta años de agricultura. Después de eso, no tendremos suelo para producir alimentos. Pueden imaginarse el sufrimiento que desplegaremos en el mundo. Dos tercios del suelo de la India se han convertido casi en un desierto. Eso significa que allí no se puede cultivar nada. Por eso, proteger el suelo para las generaciones futuras de esta tierra es lo más importante. (Sadhguru, 2021).

El agronegocio es, entonces, un modelo productivo generador de muerte y destrucción. El impacto ecocida del modelo agroindustrial se traduce en consecuencias sociales y ambientales que muestran la encrucijada global a la que se enfrenta la humanidad. Las prácticas tecnoprodutivas de este modelo generan graves consecuencias tanto en la salud de las personas que consumen sus alimentos, como en los suelos y los ecosistemas. Además, de acuerdo con Patel (2008) la revolución biotecnológica del modelo agroindustrial ha desatado numerosas consecuencias sobre la producción agrícola y la situación de millones de campesinos alrededor del mundo. (Citado en Taddei, 2013: 160). Existe pues una “creciente gravitación del capital transnacional en las políticas agrícolas y alimentarias” (Taddei, 2013: 160).

Taddei (2013) menciona que con el auge de la revolución biotecnológica muchos pequeños campesinos no sólo perdieron sus tierras, sino que se vieron obligados a abandonar sus prácticas tradicionales y sus saberes agrícolas, orillándoles a alinearse a un patrón productivo más estandarizado. Así pues, muchas tierras que antes eran empleadas para el cultivo de subsistencia comenzaron a centrar la producción agrícola exclusivamente

en la mercantilización de las semillas y los productos. De esta forma, la producción comenzó a ser homogeneizada e inició un proceso de destrucción de la herencia agraria de la humanidad gestado durante 10.000 años a lo largo de la historia. Asimismo, el autor sostiene que la biotecnología agroindustrial ha reducido el problema de la inseguridad alimentaria a una cuestión meramente técnica, invisibilizando el cúmulo de relaciones de poder y dominación.

En cuanto al consumo de alimentos, organizaciones ambientalistas y de derechos humanos, han denunciado el efecto nocivo que tienen los agrotóxicos en la salud. Al rociar los granos y hortalizas con pesticidas y herbicidas, las grandes corporaciones están envenenando de forma progresiva y silenciosa a los consumidores. Tal es el caso del glifosato, el herbicida más usado por las grandes corporaciones alimenticias. De acuerdo con el CONACYT (2022), se ha demostrado científicamente que el glifosato es causante de enfermedades como cáncer, enfermedades intestinales y daños en el hígado y los riñones, entre otras. Además, la Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos ha concluido que dicho herbicida pone en riesgo a especies animales y plantas, así como a sus hábitats.

El glifosato ha sido el herbicida predilecto de la que fue la más grande corporación multinacional productora de agroquímicos y biotecnología para el sector agrícola: Monsanto. Monsanto fue la principal empresa comercializadora del Agente Naranja, herbicida empleado por las fuerzas militares estadounidenses durante la Guerra de Vietnam en la década de los 60.

Monsanto fue uno de los principales suministradores de los 76 millones de litros de herbicida con que se roció Vietnam desde 1961 a 1972. Bajo el proyecto militar cuyo código secreto era Operación Ranch Hand, las Fuerzas Aéreas estadounidenses fumigaron alrededor de 2,5 millones de hectáreas de los bosques del sur de Vietnam y de los campos de cultivo para acabar con las cosechas. Cuando no se aplicaba a los cultivos, el herbicida se utilizaba para abrir grandes pasillos en la jungla, impidiendo cualquier escondite al enemigo, especialmente a lo largo de las vías de comunicación, para dificultar las emboscadas. (Ecologistas en acción, 1998).

2.3.1 Brasil: un pueblo obligado a consumir veneno

Un caso paradigmático es el de Brasil. Brasil es el principal destino de pesticidas que están prohibidos en Europa. “Los productos registrados para ser enviados a Brasil fueron

producidos por dos empresas: Syngenta y Bayer. En total, contenían 318 toneladas de sustancias activas prohibidas” (COPROFAM, 2022). Asimismo, un informe de Abrasco (2015) señala que el costo para registrar un agrotóxico en Brasil es bajísimo: menos de dos mil reales (alrededor de 350 dólares), mientras que el costo de registro en Estados Unidos es de 600 mil dólares. De acuerdo con el Laboratorio de Residuos de Pesticidas del Instituto Biológico de Sao Paulo más del 50% de los plátanos, naranjas, tomates, pimientos, papayas, pimientos, coles y sacos de arroz están contaminados con pesticidas prohibidos.

Durante su visita a Brasil en 2019, el relator especial de la ONU sobre derechos humanos y productos tóxicos mostró su preocupación en relación con la situación de los pueblos indígenas, cuyos derechos humanos son violados y maltratados por la expansión agrícola y la fumigación deliberada de plaguicidas tóxicos en sus tierras y hogares, con informes sobre el uso de plaguicidas como "armas químicas" y la exposición de los niños en el hogar, la escuela y el trabajo. (Mies y Changoe, 2022: 8).

La devastación ambiental es un pilar fundamental del modelo agroindustrial dominante. En el caso de Brasil, Bombardi (2020) señala que las áreas de cultivo destinadas al arroz y el frijol (base de la alimentación de la población brasileña) están siendo cada vez más reducidas. Mientras que las tierras destinadas a los monocultivos, abarcan cada vez más, grandes extensiones de tierra. Más de la mitad de los agrotóxicos en Brasil (52%), está destinada al cultivo de soja (un área equivalente a once veces la extensión de Bélgica). En segundo lugar, se encuentra la caña de azúcar (que utiliza 11,7% de los agrotóxicos y abarca 3,5 veces la extensión de Bélgica) y en tercer lugar el maíz (que emplea 10,6% de los agrotóxicos destinados a cultivos en el país). Esto quiere decir que tres cuartos de los agrotóxicos en Brasil son destinados exclusivamente a tres cultivos: soja, caña y maíz.

De acuerdo con datos del sistema de salud brasileño, entre 2010 y 2021 se presentaron 9810 registros de intoxicación de niños y niñas entre 0 y 14 años, de los cuales 91 murieron intoxicadas. Asimismo, se señala que durante el gobierno de Jair Bolsonaro fueron registrados 2007 nuevos agrotóxicos de los cuales el 30% está prohibido en la Unión Europea y 20% es considerado extremadamente tóxico, altamente tóxico o medianamente tóxico para la salud humana. (Campaña Permanente contra los Agrotóxicos, 2022).

El daño provocado por la agroindustria es de grandes dimensiones. No sólo está en riesgo la vida humana, sino otras formas de vida no humanas. El peligro que corren las

abejas ha sido denunciado por defensores de la tierra y ambientalistas. “El fipronil, un insecticida fabricado por BASF y cuyo uso está prohibido en la UE, se ha relacionado con la muerte masiva de más de 500 millones de abejas en 2019, con informes que relacionan su uso en plantaciones de soja en la Amazonia brasileña con colmenas devastadas” (Mies y Changoe, 2022: 8). Como ya han señalado diversos estudios científicos, la extinción de las abejas significa la extinción de todas las formas de vida.

Cuadro 2.3.1 Impactos del uso de agrotóxicos en Brasil

<p>Impactos ambientales</p>	<p>Visible: Contaminación atmosférica, pérdida de biodiversidad, desertificación y sequía, seguridad alimentaria (problemas con cosecha, etc.), contaminación genética, calentamiento global, contaminación del suelo, erosión del suelo, deforestación y pérdida de área cultivada, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua, contaminación de agua subterránea, impacto en sistema hidrogeológico, reducción de la conectividad ecológica/hidrológica, incendios</p>
<p>Impactos socioeconómicos</p>	<p>Visible: Aumento de la corrupción/cooptación de distintos actores, falta seguridad laboral, ausentismo, despidos, desempleo, pérdida de formas de subsistencia, militarización y aumento de presencia y control de las fuerzas del orden, impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos, expropiación de tierra</p>
<p>Impactos en la salud</p>	<p>Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), malnutrición, problemas mentales (stress, depresión y suicidio), enfermedades laborales y accidentes, muertes, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental</p>

Fuente: Elaboración propia con base en datos del Atlas de la Justicia Ambiental

Es en este sentido que la lógica del capital es desquiciada y contradictoria, pues su propia dinámica socava las condiciones para su reproducción. Si una especie tan crucial para la vida en el planeta desaparece, peligra la vida misma. No obstante, la actividad desenfrenada de las grandes corporaciones hacen caso omiso a los riesgos y a las denuncias de los defensores ambientales. Al igual que en el caso de la minería, la agroindustria opera libremente gracias a la complicidad de las autoridades. Por ello, resulta central reconocer la trama de alianzas y complicidades que operan en el terreno económico (tanto las economías criminales como las corporaciones transnacionales) y en el terreno político (el Estado en sus múltiples responsabilidades: impartición de justicia, creación y aplicación de leyes, etc.).

La bancada ruralista -el bloque del agronegocio- es un bloque político conservador en el Congreso brasileño que representa a varios partidos políticos que actúan en nombre de los intereses del agronegocio. Muchos de estos políticos también están implicados en el agronegocio o son grandes terratenientes, especialmente en la región amazónica y en "Matopiba", región que ha experimentado una rápida expansión de la soja. (Mies y Changoe, 2022: 8).

El caso de la comunidad tradicional de Parque do Mirador en el estado de Maranhao muestra la forma en que los agrotóxicos también han sido empleados por los Estados y las corporaciones como un arma química para expandir las fronteras agrícolas y expulsar a las poblaciones tradicionales de sus territorios. Precisamente, la bancada ruralista ha sido la principal promotora de la flexibilización de las normas y registros de venenos en Brasil.

Quemaduras, picores, fiebre y vómitos son algunos de los síntomas que han afectado a una decena de comunidades ribereñas del Parque do Mirador, unidad de conservación estatal situada en el sur de Maranhão. La localidad está rodeada de extensas plantaciones de maíz y soja, y la contaminación por pesticidas es la principal sospecha de los residentes. (Castro, 2022).

Son 56 las comunidades originarias que habitan ahí. Rodeadas de grandes monocultivos de soya y maíz, se enfrentan al derramamiento de productos químicos que degradan la tierra, el aire y el agua. Históricamente, las comunidades habían utilizado los bienes naturales de sus territorios para reproducir su vida, desde el consumo de peces para

la alimentación hasta el consumo del agua de los ríos. Se trata de comunidades que no tienen acceso a agua potable y que por tanto utilizan los ríos y riachuelos para desempeñar todo tipo de actividades: desde el baño hasta la pesca. Sin embargo, actualmente los pobladores tienen miedo de consumir esa agua, pues ahora su vida peligra.

Las familias residen en lo que llaman "baixões". Encima de ellos hay plantaciones de maíz y soja, conocidas en la región como "proyectos". La sospecha es que, con las inundaciones, los agrotóxicos utilizados en las explotaciones han ido río abajo y han contaminado a los residentes. (Castro, 2022).

2.3.2 Una guerra declarada por Monsanto contra el pueblo argentino

Argentina ha sido uno de los países en donde los efectos del glifosato, cuyo nombre comercial es Roundup, se han hecho presentes de forma catastrófica y alarmante. “La utilización masiva fue producto de un negocio que le aseguró a la Argentina, sólo durante el 2015, ganancias superiores a los 17.000 millones de dólares tan solo exportando soja y sus subproductos” (XR Argentina, 2020). Asimismo, se ha demostrado que el glifosato causa daños genéticos que intensifican la posibilidad de contraer enfermedades como cáncer.

El uso indiscriminado de glifosato en los cultivos argentinos da cuenta de la devastación desproporcionada provocada por las corporaciones. Si en otros países del Norte Global, las empresas se enfrentan a juicios y prohibiciones, en países del Sur como Argentina, prevalece la impunidad y la devastación ambiental. Nuevamente, es posible confirmar la tesis de Bombardi (2020): la subalternización de los países latinoamericanos no acontece sólo en un plano económico; estamos atendiendo a la subalternización de los cuerpos y los territorios. El sacrificio de las poblaciones y sus territorios en Argentina, es necesario para garantizar la producción económica de las empresas multinacionales. Los costos de este productivismo desenfrenado son el envenenamiento e intoxicación de los ríos, las tierras y las personas.

Este herbicida –por el cual Bayer/Monsanto están enfrentando un centenar de juicios en Estados Unidos y ha sido condenada por un tribunal extraordinario de la Haya–, es considerado “inocuo” en la Argentina y se lo utiliza indiscriminadamente desde hace más de 20 años, lo que ha provocado altas acumulaciones no sólo en los campos, sino que también se han detectado niveles de glifosato superiores a los de los cultivos, aun debajo del agua, en el lecho del Río Paraná, por ejemplo, o en aljibes del impenetrable chaqueño,

en los que los pobladores colectan agua de lluvia para consumir, ya que el agua de pozo que se obtiene en el lugar no es apta para consumo humano porque tiene elevados niveles de sales. (Lombardi, 2019).

Las narrativas dominantes sostienen que el agronegocio es una importante fuente de ingresos y una vía para concretar el progreso y la modernización en los países periféricos. El agronegocio se muestra como la panacea para alcanzar esos horizontes desarrollistas proclamados por el neoliberalismo. Con la llamada Revolución Verde, incluso comenzó a hablarse de cómo las prácticas tecnológicas del agronegocio podrían contribuir a resolver la hambruna mundial. “La Revolución Verde buscó despolitizar el debate sobre el hambre enfatizando el carácter estrictamente técnico del problema” (Taddei, 2013: 159). Sin embargo, hasta la actualidad millones de personas continúan en situación de inseguridad alimentaria. Según datos de la FAO (2022), en el 2021 entre 702 y 828 millones de personas se enfrentaron al hambre en todo el mundo. Paralelamente, esta misma organización sostiene que “se pierden 1300 millones de toneladas de comida producida para el consumo humano, un tercio del total. El desperdicio ocurre en todos los procesos de producción, cultivo, procesado, distribución y consumo.”

En el mundo existen suficientes alimentos para garantizar la seguridad alimentaria de toda la población. No obstante, las grandes corporaciones prefieren desechar el excedente no comercializado antes que distribuirlo con las personas en situación de calle y/o en situación de inseguridad alimentaria. El modelo agroindustrial no es sólo causante de devastación ambiental sino perpetrador de la injusticia social global. ¿Por qué muchos de los agrotóxicos que son prohibidos en la Unión Europea son los más vendidos en países del Sur Global como Brasil? Larisa Bombardi afirma que es claro el lugar subalternizado que ocupa Brasil en la economía mundial, pero los países del sur no son subalternizados sólo en términos económicos, sino que acontece también un proceso de subalternización de los cuerpos y de las tierras.

Durante las dos últimas décadas la expansión de la frontera agrícola asociada a la promoción de los cultivos transgénicos y del agronegocio transformó profundamente la realidad socio productiva del agro en los países del Cono Sur y se reflejó, entre otras cuestiones, en el aumento de los volúmenes de producción del sector.⁶³ Favorecidos por las reformas neoliberales (Seoane, 2005) y estimulados por la recuperación de los precios de

diversos commodities producidos en la región los sectores agrícola y agroindustrial incrementaron sus exportaciones y desempeñaron un papel importante en el ciclo de recuperación económica que conoció la región a partir de 2003. (Taddei, 2013: 162).

El cultivo transgénico a gran escala tiene incluso un carácter transfronterizo. La República de la Soya abarca parte de los territorios de Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Argentina. “*La soya no conoce fronteras*, decía el mapa trazado por Syngenta, una empresa multinacional dedicada al desarrollo y producción de agroquímicos y semillas que factura millones de dólares en América Latina y el mundo” (Alanes, 2013). Al instaurar la delimitación territorial de la república sojera se pone en evidencia la pérdida de soberanía de los estados nacionales. (Cardozo en Alanes, 2013). Ya no son los Estados los que gestionan el territorio sino las grandes transnacionales con sus intereses corporativos.

La producción de zonas de sacrificio se fundamenta en el uso de la violencia, algunas veces de forma manifiesta e inmediata, y otras de forma silenciosa y lenta.

«Riesgo inminente de óbito», decía el último parte médico de Gonzalo, eufemismo que indicaba que el bebé, a sus dos meses y 27 días, podía morir en cualquier momento. En su diagnóstico se leía «malformación craneoencefálica», entre una marea de términos médicos. Las estadísticas dirán más tarde que es uno de los siete entre mil casos que nacen así, pero su padre, Pedro Mores, y otros como él creen otra cosa. El pequeño Gonzalo se gestó en uno de los tantos pueblos de Argentina expuestos a las fumigaciones con agroquímicos (Ybarra, 2013).

La violencia lenta es transgeneracional, niños y niñas en Argentina nacen con enfermedades y malformaciones a causa de los agrotóxicos. Al igual que en la Guerra de Vietnam, en donde las recién nacidos sufrían los estragos del embate bélico del ejército estadounidense que roció el Agente Naranja en territorio vietnamita, la población argentina es objeto de una guerra silenciosa que les mata lentamente. A continuación se muestran algunos testimonios obtenidos del reportaje periodístico *Argentina: la tierra de los niños envenenados*:

A sus 14 años, Sebastián tiene el tipo más común de espina bífida y también hidrocefalia. Vive en una casa rodeada de cultivos fumigados desde el aire con glifosato y metamidofos calibre 25, químico prohibido por la Convención de Estocolmo.

Alejandro Aguirre ve la televisión en el salón de su casa. En el exterior los aviones rocían cada día los cultivos, a apenas 500 metros de la vivienda, con total impunidad.

Nadia Leguizamón tiene 12 años y hace dos que dejó de caminar. «No me dijeron nunca cuál era su diagnóstico, pero siempre tuvo dificultades para moverse», explica Viviana Pérez mientras ayuda a su hija a sentarse en la silla de ruedas para salir a dar un paseo. «Me han dicho muchas veces que el veneno de los cultivos pudo tener algo que ver, pero nadie me lo confirma».

Katherina Pardo tiene 21 años y cuenta que, cuando era pequeña, «cada vez que había fumigaciones, los niños que iban a la escuela se encontraban mal, con dolores de cabeza y desmayos, y se le echaba la culpa a que faltaba agua potable».

Juan Kosinski nunca ha podido caminar. El médico de la cooperativa tabaquera de San Vicente, en Misiones, nunca le ha dado un diagnóstico. Su hermana Silvia también nació con problemas motrices y lleva el mismo camino que su hermano.

Juan Carlos tiene 23 años y sufre hidrocefalia, mielomeningocele y parálisis cerebral. Carmen Cardoso, su madre, nunca se separa de Juan Carlos, condenado a una cama en su casa de Las Chuñas, en Chaco.

Milagros Alcaraz nunca ha tenido acceso a una atención médica digna. Tiene seis años y padece mielomeningocele y una malformación en los pies. Las avionetas descargan tóxicos a diario en los alrededores de su casa en Avia Terai (Chaco).

La violencia lenta aparece con frecuencia en los relatos y testimonios de las personas afectadas por la devastación ambiental propia de la dinámica de las zonas de sacrificio. Es un tipo de violencia, en cierto sentido silenciosa e invisible. Dicho silencio e invisibilidad remiten precisamente a su carácter gradual y no espectacular. A diferencia de los decesos causados por armas de fuego o la violencia física más inmediata, la violencia lenta es

pasada por alto por las grandes colectividades. No obstante, no hay que pasar por alto que se trata de una violencia encarnada, la experiencia de la violencia lenta afecta de forma gradual y silenciosa a los niños que nacen con deformaciones o que contraen enfermedades causadas por los pesticidas.

Cuadro. 2.3.1 Impactos del uso de agrotóxicos en los monocultivos de soja, Argentina

<p>Impactos ambientales</p>	<p>Visible: Pérdida de biodiversidad, seguridad alimentaria (problemas con cosecha, etc.), contaminación genética, Degradación de paisaje, contaminación del suelo, deforestación y pérdida de área cultivada</p> <p>Potencial: Desertificación y sequía, calentamiento global, contaminación del agua superficial, impacto en la calidad del agua</p>
<p>Impactos en la salud</p>	<p>Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), enfermedades laborales y accidentes, enfermedades infecciosas, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental</p> <p>Potencial: Muertes</p>
<p>Impactos socioeconómicos</p>	<p>Visible: Desalojo, impactos específicos en las mujeres, violaciones a los derechos humanos, deterioro del paisaje y pérdida de sentido de identidad del lugar</p>

	<p>Potencial: Falta seguridad laboral, ausentismo, despidos, desempleo, pérdida de los conocimientos locales, saberes, prácticas, cultura</p>
--	--

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

2.3.3 Clordecona: la nueva arma del colono blanco en Martinica y Guadalupe

En las islas de Martinica y Guadalupe, los habitantes de este territorio caribeño sufren los estragos del colonialismo como un proceso de larga data que nunca terminó, sino que por el contrario, continúa reproduciéndose por otros medios aunque con la misma lógica racista, opresiva y violenta que en el periodo colonial francés. “La esclavitud fue abolida en 1848, pero hoy los isleños son víctimas de un pesticida tóxico llamado clordecona que ha envenenado los suelos y el agua y se vincula a una alta e inusual incidencia de cáncer de próstata” (Whewell, 2020). La clordecona es un químico que fue empleado de forma masiva en las plantaciones de plátano entre 1972 y 1993. "La contaminación de Martinica y Guadalupe por una molécula órgano clorada llamada clordecona (C10C110O) también cuenta la historia global de la condición tóxica del *Plantationoceno* y su química maestra". (Ferdinand, 2020: 238).

Donna Haraway (2019) reflexiona en torno al legado de la plantación como un sistema de trabajo forzado multiespecie. La autora propone entender a la plantación como un sistema que acelera el tiempo de las generaciones, en tanto que altera sus tiempos y establece situaciones que favorecen la gran proliferación de ciertos jugadores y la eliminación de otros. Es además un sistema que depende del trabajo humano forzado y que requiere del genocidio, la eliminación o algún modo de cautiverio y sustitución de la mano de obra local por mano de obra proveniente del exterior por medio de formas coactivas fundamentadas en el contrato desigual o en la esclavitud. No es sólo el trabajo forzado de humanos, sino también de otras especies (plantas, animales, microbios).

Por ello, Haraway (2019) establece que durante un periodo de 500 años la plantación ha implicado la sustitución de pueblos, cultivos, microbios y formas de vida, el trabajo forzado, y primordialmente, el desorden de los tiempos de generación entre las

especies, incluidos los seres humanos. Retomando a Anna Tsing, Haraway (2019) señala que la plantación implica la ruptura del vínculo con el lugar: la capacidad de amar y cuidar el lugar es radicalmente incompatible con la plantación.

... para mí el término plantación evoca la herencia de un conjunto particular de historias relacionadas con lo que ocurrió tras la invasión europea del Nuevo Mundo, en particular con la captura de africanos como mano de obra esclava y la simplificación de los cultivos para permitir que los trabajadores esclavizados fueran los trabajadores agrícolas. En muchas situaciones de agricultura pequeña e independiente, se cultivan docenas de cosechas que deben ser atendidas por agricultores que se dedican a atender cada una de ellas. Al diseñar los sistemas para el trabajo coactivo, las simplificaciones ecológicas entraron en la agricultura. La plantación fue precisamente la coyuntura entre las simplificaciones ecológicas, la disciplina de las plantas en particular, y la disciplina de los humanos para trabajar en ellas. Ese legado, que creo que está muy presente hoy en día, está tan naturalizado que mucha gente cree que ese es el significado del término agricultura; olvidamos que hay otras formas de cultivar. La plantación nos lleva a esa coyuntura de disciplina de las personas y de las plantas. (Tsing, 2019: 6).

Para Haraway y Tsing (2019), partir de la plantación implica retomar su dimensión históricamente destructora, pues las plantaciones socavan su propia base, agotan los suelos, a las personas, a las plantas y a los animales, y provocan la proliferación de agentes patógenos. Las plantaciones reúnen a los patógenos y cambian sus estrategias reproductivas debido a que el modelo del monocultivo dispone enormes cantidades de recursos alimenticios para dichos agentes. Asimismo, los patrones de comercio global posibilitan la producción de hibridaciones de especies patógenas que alcanzan otras formas de cultivo campesino a menor escala, lo que conlleva numerosas dificultades para la reproducción de dichas prácticas. Hay pues, una relación intensa entre la plantación y el exterminio.

Siguiendo los planteamientos de Haraway y Tsing, el caso de Guadalupe y Martinica permite vislumbrar la preeminencia de un legado colonial fuertemente anclado en las prácticas capitalistas de los siglos XX y XXI. El modelo disciplinador, monocultural, esclavizador y genocida de la plantación se vincula con la condición tóxica del *Plantationoceno* y su química maestra, en palabras de Ferdinand.

El caso de Martinica y Guadalupe da cuenta de la continuidad histórica de los procesos ecológicos vinculados a la economía extractiva, es por eso que Moore habla de la configuración de una ecología-mundo como un proceso de largo aliento. Para entender la forma en que el capital se reproduce en la actualidad, es preciso tomar en cuenta el siguiente señalamiento de Moore: la transformación de capital es transformación de naturaleza.

Con el telón de fondo de un pasado colonial entre estas antiguas colonias y el Estado francés, marcado aún hoy por profundas desigualdades sociales y estructurales entre la Francia hexagonal y ultramar, la clordecona (CLD) en las Antillas cuenta la historia de una dominación medioambiental escrita en innumerables paisajes de la Tierra: es la capacidad de un pequeño número de imponer condiciones de vida tóxicas a todos los habitantes durante varias décadas o incluso cientos de años. Más que una limitación por efecto del mercado, la dominación ecológica se refiere a una imposición pura y simple de una vida tóxica (Ferdinand, 2020: 241).

Las zonas de sacrificio se erigen y se reconfiguran sobre el legado colonial fuertemente anquilosado en las dinámicas extractivas contemporáneas. "Mucho más que contaminación ambiental, la CLD en las Antillas es la huella de diferentes tipos de violencia y dominación" (Ferdinand, 2020: 239). Por esta razón, la devastación ambiental no puede ser enmarcada en una suerte de vacío sociohistórico. La catástrofe ecológica no hace más que develar el tramado de violencias y opresiones que subyacen al sistema dominante. La subalternización de los cuerpos (en términos racistas y coloniales) continúa aconteciendo en las zonas de sacrificio. Hay cuerpos que tienen derecho a una vida libre de tóxicos y otros que no, hay cuerpos cuya salud es prioritaria y cuerpos que son enfermos por "decisiones tomadas en continentes lejanos", retomando a Bombardi.

Esta contaminación afecta a todos los ecosistemas de Martinica y Guadalupe. La CLD se encuentra en los suelos, los acuíferos, los manglares y las aguas costeras, en ciertos productos agrícolas y animales, así como en los productos de la pesca. Esta contaminación es también un problema sanitario. La exposición crónica a la CLD acorta el periodo de gestación, aumenta el riesgo de parto prematuro, afecta negativamente al desarrollo

cognitivo y motor en la primera infancia y favorece la aparición y recurrencia del cáncer de próstata. (Ferdinand, 2020: 239).

La violencia colonial se instala en las islas de forma contundente, pero en cierto sentido, lenta y gradual. "Lo que sigue es una lenta y multidimensional violencia contra humanos y no humanos que se filtra lentamente por todos los poros de los ecosistemas caribeños, destruyendo la calidad de los paisajes y reduciendo las cualidades de vida de sus habitantes." (Ferdinand, 2020: 240).

Cuadro. 2.1. Impactos de la agroindustria en Martinica y Guadalupe

Impactos ambientales	Visible: Pérdida de biodiversidad, seguridad alimentaria (problemas con cosecha, etc.), contaminación del suelo, contaminación de agua subterránea, contaminación atmosférica
Impactos en la salud	Visible: Exposición a riesgos e incertidumbres (radiación, etc.), problemas mentales (stress, depresión y suicidio), enfermedades laborales y accidentes, otras enfermedades relacionadas a la contaminación ambiental Potencial: Muertes Otros impactos en la salud: Obesidad, impactos específicos en los hombres (cáncer de próstata), impactos específicos en las mujeres: embarazos precoz, síndrome de kepone, impacto específico en los niños (exposición previa y post natal)
Impactos socioeconómicos	Visible: Falta seguridad laboral, ausentismo, despidos, desempleo, violaciones a los derechos humanos, Impactos específicos en las mujeres, desalojo, pérdida de formas de subsistencia Otros impactos socioeconómicos: Impactos

	específicos en hombres y niños, el químico es acumulativo en los tejidos animales que afectan a toda la cadena alimenticia.
--	---

Fuente: Elaboración propia con base en Atlas de la Justicia Ambiental

¿Pero por qué la violencia lenta, en consonancia con las lógicas del sacrificio, sólo opera sobre un determinado tipo de poblaciones? Sería impensable exponer a tales riesgos a poblaciones pertenecientes a los estratos económicos más favorecidos. ¿Acaso se pensaría en la construcción de un gasoducto subterráneo debajo de las zonas residenciales en donde habitan los sectores más ricos de un país? ¿O rociarían los dueños de las grandes corporaciones químicos tóxicos en campos de golf o parques frecuentados por las élites de una sociedad? La lógica del sacrificio tiene que ver también con la propia dinámica económica, política e histórica que se ha configurado en el sistema capitalista; una dinámica que despliega guerras sobre los cuerpos racializados, disidentes y feminizados. De ahí la importancia de reconocer la dimensión histórica de las zonas de sacrificio como resultados y continuidades de procesos de largo aliento.

Si las lógicas de sacrificio operan bajo racionalidades patriarcales, racistas, clasistas y coloniales, es preciso reconocer las líneas de continuidad históricas de procesos de larga duración que hoy se intersectan de forma particular con la crisis climática y ecológica. Ningún proceso social es fortuito, el trasfondo racista del sacrificio de ciertos pueblos atiende a procesos coloniales configurados históricamente. La bestialización y deshumanización de los cuerpos negros e indígenas, atiende a ciclos largos de dominio y sometimiento. Las poblaciones sacrificadas son aquellas que son concebidas como desechables. Es precisamente por ello, que el duelo es selectivo, hay vidas que no son dignas de ser lloradas.

Capítulo 3

Antagonismo y resistencias. Zonas a defender: la rebeldía floreciendo en la insumisión de los pueblos

*No hay tiempo de sentir el desconsuelo;
sigue la vida, urgente y transitoria...
Tu oficio es cotidiano y decisivo:
mientras alumbre el sol, serás ardiente;
mientras dure la vida, estarás vivo-Antonio Gala*

Introducción

El diagnóstico en torno al estado en que se encuentra el planeta y la humanidad es claro y contundente: el proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista está en crisis. Las contradicciones del modo de producción imperante ponen en evidencia la inviabilidad e insostenibilidad de un modelo económico productivo que socava las condiciones mismas para su reproducción. El sometimiento de los pueblos y la naturaleza forma parte de una línea histórica de largo aliento en donde la deuda ecológica se convierte en un fantasma

presente que recorre el mundo en forma de sufrimiento. Las zonas de sacrificio evidencian el profundo racismo colonial, patriarcal, genocida y biocida fuertemente anquilosado en las sociedades contemporáneas. No obstante, la historia también ha demostrado que a toda dominación se le opone resistencia. Los pueblos subalternos han enarbolado innumerables luchas históricas para defender su existencia colectiva, cuidar sus territorios y sembrar posibilidades embrionarias de autonomía.

Los repertorios de acción varían de acuerdo con los diversos momentos y lugares en que florecen los ciclos de movilización. Las agendas de los movimientos son variadas, y han abarcado diversas tácticas de lucha: demandas colectivas, manifestaciones callejeras, intervenciones artísticas y culturales, investigaciones participativas y comunitarias, acciones judiciales, activismo mediático, rechazo de compensaciones, huelgas de hambre, elaboración de informes alternativos, ocupación de edificios y espacios públicos, involucramiento de ONG's nacionales e internacionales, organización y consolidación de colectivos, redes y campañas permanentes para difundir sus luchas (Atlas de la Justicia Ambiental, 2023).

A continuación se exponen algunas de las trayectorias de lucha que han seguido los pueblos y colectividades que habitan al interior de las *zonas de sacrificio*, así como una serie de posibilidades para generar salidas colectivas a la crisis desde diversos frentes. En los apartados que siguen, se retoma la experiencia de la *Zona A Defender* en Notres Dames de Landes para recuperar el potencial explicativo de esta categoría como una forma nominativa en oposición activa a la denominación *zonas de sacrificio*. Asimismo, se aborda de forma general, algunos de los procesos organizativos de los ejes analizados en el capítulo anterior. Por último, se esboza un conjunto de líneas de orientación y de acción relacionadas con las luchas antipatriarcales, antirracistas y ecologistas.

3. Zonas a defender: la primavera de los pueblos frente a la larga noche de la devastación ambiental

En 2011 se desató un conflicto por la tierra y el territorio en la región noroeste de Francia. El Estado francés designó al territorio de Notre-Dame des Landes como una *Zone d'Aménagement Différé* (Zona de Desarrollo Diferido). De acuerdo con el gobierno francés, “la zona de desarrollo diferido es un procedimiento que permite a las autoridades locales,

mediante el uso de un derecho especial de tanteo, asegurar progresivamente el control de los terrenos en los que eventualmente está prevista una operación de desarrollo...” (Cerema, 2023). En Notre-Dame des Landes, el gobierno francés pretendía llevar a cabo la construcción del tercer aeropuerto más grande de Francia, lo que desencadenó un proceso de lucha socio-ambiental que contó con la participación activa de campesinos de la región, grupos ecologistas y anarquistas.

La resistencia contra la construcción de este megaproyecto aeroportuario, que afectaría a las comunidades campesinas y sus ecosistemas, rebautizó a la ZAD como una *Zone à Defendre* (Zona A Defender), y posteriormente, como una *Zone d’Autonomie Definitive* (Zona de Autonomía Definitiva). Frente a los procesos estatales de zonificación para el desarrollo, los actores sociales de Notre-Dame des Landes se movilizaron para defender sus tierras y reivindicar su pertenencia al territorio. Así pues, históricamente, la disputa por la tierra y el territorio ha desplegado procesos organizativos enarbolados por las colectividades subalternas. De la misma forma en que en Estados Unidos las Zonas Nacionales de Sacrificio fueron delimitadas en regiones donde habitaban poblaciones precarizadas, marginadas y vulneradas, en Francia los territorios rurales fueron el objetivo inmediato para llevar a cabo las políticas desarrollistas del gobierno neoliberal.

Es en este sentido, que las zonas de sacrificio en el Caribe y en América Latina, se convierten en Zonas A Defender, y muchas veces también, en Zonas de Autonomía Definitiva, cuando las comunidades afectadas establecen procesos de antagonismo. En la región caribeña, estas luchas han sido nombradas de diversas formas, cada lucha ha acontecido de forma situada de acuerdo con los ritmos y procesos organizativos que se han constituido en cada comunidad. Muchas de las luchas opositoras también han sido experiencias embrionarias de otras posibilidades de vivir en armonía con la tierra y todas las formas de vida. Sea cual sea el modo en que decidan nombrarse los pueblos que se rebelan, lo importante ha sido evidenciar que la dominación nunca es un proceso totalitario. Siempre hay iniciativas y frenos, así como numerosos gritos de indignación que proclaman un: ¡ya basta!

“A partir del conflicto se construye la independencia, es decir que en el antagonismo se forja la autonomía” (Modonesi, 2010: 55). Frente a una realidad permeada por el despojo, el ecicidio, la contaminación e intoxicación de los territorios, los pueblos

han tomado la decisión colectiva de frenar las dinámicas depredadoras puestas en marcha por el capital. Desde esta oposición a la muerte y su consecuente reivindicación de la vida es que se forja la autonomía. Autonomía, en dos principales sentidos: “la autonomía como independencia de clase –subjetiva, organizativa e ideológica– en el contexto de la dominación capitalista burguesa, y la autonomía como autodeterminación, como modelo, prefiguración o proceso de formación de la sociedad emancipada” (Modonesi, 2010: 50).

Si bien es cierto que el capital avanza de forma desenfrenada y que pareciera que sus muros son imposibles de agrietar, estos ecos colectivos, pequeños y grandes, son una muestra de que es posible poner un freno a las corporaciones, las economías criminales y los Estados que permiten la depredación del medio ambiente. Así, los territorios se convierten en zonas insumisas y se oponen a toda lógica de sacrificio. Se trata de una disputa que no termina, sino que se encuentra en constante transformación y que es además tan compleja como el mundo social en sí mismo. Los pueblos subalternos han enseñado, con su largo caminar, que si el capital quiere sacrificarles, la autodefensa es siempre una opción.

3.1. Ecologismo popular y luchas socioambientales: la digna rabia de los desposeídos

Como se ha mencionado antes, la crisis ambiental está fuertemente anclada en un proyecto civilizatorio depredador de las naturalezas humanas y extrahumanas, en los términos planteados por Moore (2015). “Desde el Sur, el mapa de la justicia ambiental y climática señala acciones y estrategia de bloqueo y confrontación contra la expansión del capital y su intento por apropiarse de territorios por la vía de megaproyectos y convertirlos en zonas de sacrificio” (Svampa y Viale, 2020: 48). Los pueblos subalternos se están defendiendo de los embates del capital y su lógica terricida. Frente al sacrificio: la autodefensa.

Por eso, tal como muestran los movimientos de Notre Dames de Landes en Francia, los territorios se convierten en una Zona a Defender frente al Estado y las grandes corporaciones que ponen el lucro en el centro de toda dinámica productiva y toda lógica política. Son muchas las formas con las que se han nombrado estos procesos de lucha: zonas a defender, territorios autónomos, pueblos en resistencia, movimientos ecologistas, luchas socioambientales, etc. Independientemente de cómo sean nombradas, estas experiencias organizativas se caracterizan por su dimensión colectiva y su trayectoria de

lucha en favor de los pueblos y los territorios (algunos desde la defensa de los derechos humanos, otros desde la reivindicación de la autonomía, etc.).

Joan Martínez Alier (2009) ha catalogado a estas luchas como *ecologismo popular* o *ecologismo de los pobres*. Alier propone pensar los movimientos sociales de los pobres desde su papel como guardianes de los bienes naturales frente a una economía que lucra con la vida. Si bien es cierto que muchos de estos movimientos no se reconocen a sí mismos como ecologistas, el autor establece que en su mayoría se trata de luchas colectivas que poseen un contenido ecológico aunque de forma implícita.

El ambientalismo popular es un proceso político ambiental liderado por pueblos, comunidades, organizaciones y liderazgos indígenas, afros, raizales y demás comunidades étnicas junto a comunidades campesinas y urbanas marginadas a quienes se les ha sumado otros movimientos sociales populares y sectores académicos para defender el ambiente en general o algunos de sus elementos o subsistemas que lo conforman, con ocasión de las afectaciones e impactos ambientales negativos, reales o potenciales que las dinámicas del mal desarrollo vienen ejecutando en sus territorios y comunidades. (Mesa, 2018: 135).

En el caso de las luchas socioambientales al interior de las *zonas de sacrificio*, tal como lo señala Steve Lerner en su estudio sobre comunidades contaminadas por químicos tóxicos en Estados Unidos, los pobladores no necesariamente tienen experiencia previa como activistas y, de hecho, no se ven a sí mismos, al menos inicialmente, como ecologistas. En su mayoría, cuando el problema de la contaminación local les llama la atención por primera vez, han estado llevando una vida privada y criando a sus familias de forma relativamente aislada. Pero cuando el humo se vuelve demasiado intenso, cuando ven que sus familiares y amigos enferman a causa de enfermedades inducidas por la contaminación, abandonan su lugar tranquilo y se organizan para protestar (Lerner, 2010).

Así pues, frente a la creciente conflictividad socioambiental se van gestando procesos colectivos de insubordinación que configuran a los sujetos como actores que enarbolan procesos de subjetivación política forjada en el conflicto, es decir, en el *antagonismo* (Modonesi, 2010).

El antagonismo opera como factor sobredeterminante al ordenar una combinación en la cual la subjetivación política se construye y estructura fundamentalmente en las experiencias de insubordinación, las cuales enmarcan la subalternidad –que se

mantiene como inercia relacionada con la génesis de la formación subjetiva y con la permanencia ambiental de relaciones de dominación al margen del campo y de la experiencia del conflicto— y la autonomía —que se vislumbra, como en el caso anterior, como experiencia embrional en la formación misma del sujeto y como horizonte o utopía que estimula tanto la lucha como el proceso de conformación subjetiva. (Modonesi, 2010: 168).

Así pues, en las últimas décadas han emergido numerosos movimientos, organizaciones territoriales, campañas, iniciativas y comités populares, colectivos y agrupaciones indígenas, campesinas y urbanas que se han convertido en una apuesta colectiva por la defensa de los territorios y los derechos de los pueblos. Este cúmulo de movilizaciones, iniciativas y experiencias de subjetivación política constituyen experiencias históricas de insubordinación y protesta frente a los procesos de devastación ambiental a lo largo de la región caribeña y latinoamericana. Estas trayectorias de lucha dan cuenta de la conflictividad socioambiental y las numerosas tensiones existentes en el núcleo de la crisis civilizatoria.

3.1.1. Resistencia y oposición al modelo extractivo minero

En el capítulo 2 se abordó el auge del proceso extractivo como parte de la actividad corporativa minera en la región latinoamericana. De forma paralela a dicho auge, en la región han proliferado ciclos de antagonismo y resistencia al modelo extractivo minero, adquiriendo numerosas formas organizativas. Múltiples actores nacionales e internacionales se han involucrado de manera activa en la lucha contra el despojo y la depredación ambiental desencadenada por las actividades productivas de las corporaciones transnacionales del sector minero.

En el caso del Pueblo Yanomami, organizaciones de la sociedad civil y actores políticos, han denunciado los impactos del *garimpo ilegal* en la TI Yanomami. Asimismo, numerosos líderes indígenas (entre los que se encuentran Davi Kopenawa, José Seripino y Júnior Hekurari, entre otros) han alzado la voz para protestar contra el genocidio de su pueblo. Múltiples sectores sociales se han involucrado en el proceso de lucha, entre los que se encuentran agrupaciones de mineros, comunidades indígenas, organizaciones sociales

locales e internacionales. Además, el gobierno del actual presidente de Brasil, Luis Inácio Lula da Silva, ha señalado que llevará a cabo las acciones necesarias para aliviar la crisis del pueblo Yanomami e investigar la responsabilidad de Jair Bolsonaro en el caso.

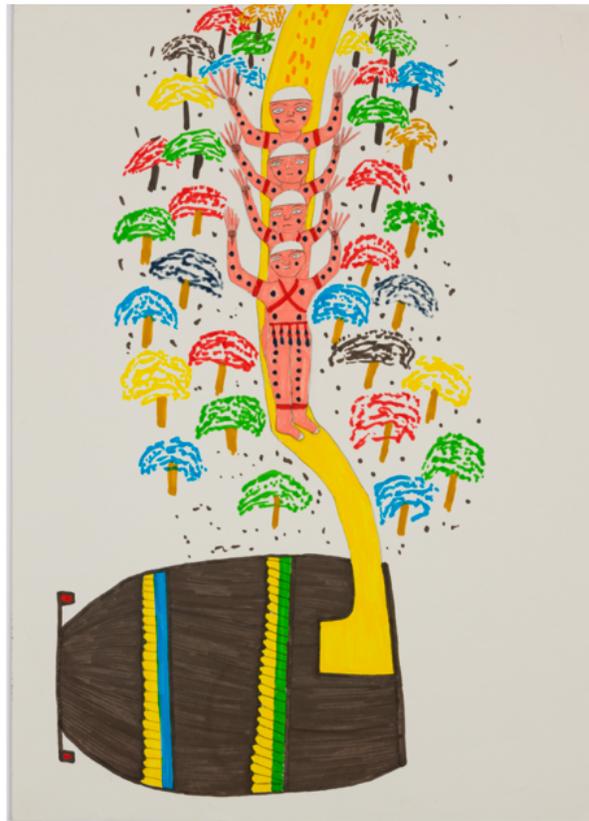
Artistas brasileños también han denunciado la situación que se vive por medio de otros lenguajes sensibles, realizando exposiciones fotográficas, como es el caso de la muestra fotográfica de Claudia Andújar en donde muestra fotos del estilo de vida, religiosidad y la lucha contra los no indígenas que han invadido la TI Yanomami, así como los retratos de la artista Yanomami Ehuana Yaira quien ha dibujado la violencia del garimpo ilegal contra las mujeres Yanomami, o las ilustraciones de Joseca Mokahehi quien retrata el chamanismo y la lucha de los Yanomami en sus ilustraciones. (Milhorange, 2023).



Fotografía: Claudia Andújar, Museo de Arte Contemporáneo



Fotografía: Flávia Milhorance, en *Diálogo Chino*



Fotografía: Flavia Milhorance, en *Diálogo Chino*

Cuadro 1. Conflicto y movilización. Minería de oro ilegal en territorio indígena yanomami, Brasil

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - Asociación Yanomami Hutukara - Amnistía Internacional - Cimi - Brasil - Comisión Nacional de Política Indigenista (CNPI) - Comisión Nacional de Política Indígena (CNPI) - Supervivencia Internacional 	<ul style="list-style-type: none"> - Mineros - Comunidades indígenas - Organizaciones sociales internacionales - Organizaciones sociales locales 	<ul style="list-style-type: none"> - Involucramiento de ONG nacionales e internacionales - Acciones judiciales - Reclamos a partir de petitorios y declaraciones públicas - Defensa de los derechos de la madre tierra

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental.

Para los integrantes del pueblo Yanomami, el arte ha sido una vía de expresión y denuncia para relatar las injusticias que vive su pueblo desde los tiempos de la dictadura militar en Brasil (1964). La difusión de estas expresiones artísticas ha sido una estrategia de lucha para dar a conocer la situación vivida y apelar a la solidaridad internacional. Asimismo, desde la Asociación Yanomami Hutukara fundada por el líder indígena Davi Kopenawa se han llevado a cabo diversos proyectos e iniciativas para garantizar los derechos de la TI Yanomami y atender los problemas sanitarios de las comunidades. Estos proyectos se han enfocado en la salud, la educación, la vigilancia, la comunicación popular y el mapeo del garimpo ilegal. Además, los pueblos realizan asambleas en donde se presentan informes y diagnósticos sobre las problemáticas que afectan sus territorios.

En Coahuila, los conflictos mineros siguen una larga trayectoria de autodefensa y organización. Desde 1950 los mineros de Nueva Rosita, Palau y Clorete ya se defendían de los abusos laborales declarando huelgas contra las empresas Mexican Zinc Company y Carbonífera de Sabinas, del monopolio ASARCO (CNDH, 2023). La tradición de lucha en la región carbonífera de Coahuila se entreteje con las movilizaciones del presente. La organización Familia Pasta de Conchos lleva más de 17 años organizándose, junto con otras agrupaciones defensoras de los derechos humanos como el Centro de Derechos Humanos

Miguel Agustín Pro Juárez (Centro Prodh), para exigir que se entregue a los familiares los restos de las personas que murieron en la mina, además de exigir al Estado mexicano el esclarecimiento de los hechos, para hacer justicia y garantizar medidas de no repetición. (Pasta de Conchos, 2023).

Cuadro 2. Conflicto y movilización. Región carbonífera de Coahuila

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - Organización de Familias de Pasta de Conchos 	<ul style="list-style-type: none"> - Mineros - Agricultores - Trabajadores informales - Organizaciones sociales internacionales - Organizaciones sociales locales - Movimientos sociales - Organizaciones de mujeres 	<ul style="list-style-type: none"> - Investigación participativa y comunitaria (epidemiología popular, etc.) - Elaboración de informes alternativos - Desarrollo de redes y acciones colectivas

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

En Brasil la Articulação Internacional de Atingidas e atingidos pela Vale surgió con el objetivo de ampliar la vinculación de las comunidades y organizaciones que se enfrentan a las violaciones de los derechos humanos por parte de la empresa Vale S.A. Esta red ha organizado eventos como el *Encuentro Anual de Afectados por la empresa Valle* y una caravana internacional. De acuerdo con la información proporcionada en su página web, la red se guía por principios de justicia ambiental y la defensa de sus derechos:

Sabemos que los desastres socioambientales no afectan a las poblaciones por igual; por el contrario, los riesgos e impactos recaen con más fuerza y de forma más evidente sobre los grupos étnicos más vulnerables, los negros y las mujeres. Por lo tanto, nuestras acciones se guían por la búsqueda de la Justicia Ambiental, que busca garantizar que todos los grupos sociales, independientemente de su origen o ingresos, tengan derecho a un trato justo y a la plena participación en las decisiones sobre el acceso, la ocupación y el uso de los recursos naturales en sus territorios (AAIAV, 2023).

Cuadro 3. Conflicto y movilización a raíz de la ruptura de un dique con lodo tóxico de la empresa Vale S.A. en Brumadinho

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - Águas de Casa Branca (Distrito de Brumadinho). - Fórum Nacional Da Sociedade Civil Na Gestão de Bacias Hidrografas (Fonasc-CBH). - Mab. Movimento dos atingidos por barragens. - Comitê nacional em defesa dos territórios frente à mineração. - Articulação Internacional Dos Atingidos E Atingidas Pela Vale. 	<ul style="list-style-type: none"> - Trabajadores industriales - Organizaciones sociales internacionales - Organizaciones sociales locales - Ciudadanos (vecinos) - Movimientos sociales - Sindicatos - Organizaciones de mujeres - Grupos recreativos - Grupos religiosos - Articulação Internacional Dos Atingidos E Atingidas Pela Vale. - Sindicatos de mineros locales - Pescadores - Grupos eclesiales 	<ul style="list-style-type: none"> - Elaboración de informes alternativos - Desarrollo de propuestas alternativas - Involucramiento de ONG nacionales e internacionales - Acciones judiciales - Activismo mediático - Presentación de observaciones y objeciones al EIA - Reclamos a partir de petitorios y declaraciones públicas - Activismo financiero - Manifestaciones callejeras

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

Además, en México, la Red de Afectados por la Minería se ha consolidado como una red que congrega a “comunidades, organizaciones, personas afectadas y preocupadas por los impactos bioculturales y socioambientales que ha generado la minería en todo México, cuyo compromiso es contribuir a la organización de la resistencia y solidaridad con las luchas contra proyectos mineros” (OCMAL 2023). Asimismo, otras organizaciones se han posicionado de forma activa en contra de la megaminería a cielo abierto, como es el caso de la Confederación Nacional de Comunidades Afectadas por la Minería (CONACAMI, 1999) en Perú y la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (CAOI, 2006). Y en la misma línea, el Observatorio de Conflictos Mineros se ha constituido como una extensa red de agrupaciones en contra del modelo extractivo minero.

OCMAL fue un logro colectivo que surgió de diversos esfuerzos e intentos que se venían haciendo desde fines de la década del 90 al ver el avance de la industria minera y el

extractivismo a nivel latinoamericano y los enormes efectos para el ambiente y las comunidades... OCMAL es un espacio de investigación y exploración de nuevas oportunidades para lograr mayor efectividad en el trabajo conjunto, en las campañas y en las acciones de intercambio de información y acciones que forman parte de las actividades de defensa de las comunidades y protección ambiental, incorporando tareas que persigan la integración en la acción global con otros actores, incidiendo políticamente en los foros internacionales que influyen en las decisiones que afectan a nuestros países (OCMAL, 2023).

Estas son tan solo algunas de las iniciativas que se han gestado tanto en México y Brasil, como a nivel regional. Diversas organizaciones se han articulado en los últimos años para idear y materializar estrategias de lucha en contra del despojo, la contaminación y la toxicidad de la industria minera en América Latina. Los frentes de lucha y los repertorios de acción han sido diversos: desde el activismo en espacios internacionales hasta las vías legales para frenar el saqueo e impedir la instalación de concesiones mineras en los territorios. Todos estos esfuerzos se han gestado al calor de la creciente conflictividad socioambiental en América Latina y la necesidad de concertar alternativas y soluciones desde y para los pueblos.

3.1.2 Procesos organizativos contra contaminación ambiental

En los casos de contaminación causada por residuos tóxicos se involucraron diversas organizaciones sociales locales, ciudadanos organizados, agrupaciones vecinales, movimientos sociales, colectivos de mujeres, científicos y universidades locales. En el caso de Arica, incluso se involucraron activistas suecos que desde su país de origen se encargaron de denunciar las acciones de la empresa Boliden. Los diversos actores involucrados encabezaron diversas formas de movilización: investigación participativa y comunitaria, acciones judiciales, campañas públicas, manifestaciones callejeras, huelgas de hambre, valoraciones de los impactos en la salud, entre otras.

Entre 1999 y 2003, el pueblo de Vieques se organizó para expulsar a la marina estadounidense de la isla. Se articularon diversos niveles de acción y solidaridad entre distintos actores sociopolíticos nacionales e internacionales. De acuerdo con Paraliticí (2011):

Estas nuevas movilizaciones consistieron en la implementación de la desobediencia civil en los terrenos que la marina utilizaba para sus maniobras militares... Así, en nombre de los derechos humanos de los viequeses, en contra de la contaminación ambiental y por la devolución de los terrenos que le pertenecían a los/as puertorriqueños/as, miles de personas se unieron para detener las maniobras militares. Bajo la consigna “Paz para Vieques, Fuera la Marina de Vieques y Todo PR con Vieques”, el 21 de febrero de 2000 más de 100.000 personas marcharon por las calles de San Juan demandando la retirada inmediata de la Marina (Citado en Atilés-Osoria, 2013).

El Comité Pro-Rescate y Desarrollo de Vieques planteó una propuesta conocida como las cuatro D. En primer lugar, se demandaba la Desmilitarización, es decir, la remoción total e inmediata de las instituciones militares en Vieques. En segundo lugar, la Descontaminación, que implicaba el reconocimiento de los serios daños ambientales y en materia de salud provocados por la marina estadounidense. En tercer lugar, la Devolución de los terrenos ocupados por la Marina. Y finalmente, el Desarrollo sustentable de Vieques, que involucraba la devolución y descontaminación total de los terrenos. (Alicea, 2013). Para el autor, “esta lucha es un ejemplo de la resistencia de un pueblo sujeto al imperialismo ecológico y militar de EE UU por los últimos 102 años” (Alicea, 2013: 167).

Cuadro 1. Conflicto y movilización. Contaminación causada por la actividad militar de la Marina estadounidense en la Isla de Vieques

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizad	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - MISIÓN INDUSTRIAL (Organización Ambiental en Puerto Rico) - Comité Pro-Rescate y Desarrollo de Vieques - Alianza de Mujeres Viequeses - Iglesia Católica 	<ul style="list-style-type: none"> - Comunidades indígenas - Organizaciones sociales locales - Gobiernos locales/partidos políticos - Ciudadanos (vecinos) - Movimientos sociales - Organizaciones de mujeres - Grupos discriminados por cuestiones étnicas y/o raciales - Científicos locales/profesionales - Grupos religiosos 	<ul style="list-style-type: none"> - Acciones artísticas y creativas (murales, teatro) - Bloqueos y piquetes - Boicot y/o no participación en procedimientos oficiales - Investigación participativa y comunitaria(epidemiología popular, etc.) - Ocupación de tierras - Activismo mediático - Reclamos a partir de

	- Pescadores	<ul style="list-style-type: none"> petitorios y declaraciones públicas - Campañas públicas - Referéndum, consultas ciudadanas - Manifestaciones callejeras - Ocupación de edificios públicos y espacios públicos - Defensa de los derechos de la madre tierra - Defensa de los recursos por su valor económico - Rechazo de compensaciones
--	--------------	---

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

En Arica, los pobladores se organizaron en juntas vecinales en las poblaciones Cerro de Chuño y los Industriales creando entidades funcionales a nivel territorial.

Entre éstas destacan la Asociación de Defensa del Medio Ambiente (ADEMA) y el Comité Iniciativa Arica - Parinacota Sustentable (CIAPS). A partir del año 2007, surgen además las agrupaciones de demandantes y dos organizaciones no gubernamentales: la Asociación de Familias Contaminadas con plomo (AFCONTA) y la Corporación de Familias afectadas por Polimetales (CORFAP). En una participación muy destacada también se encuentran la ONG SERPAJ y la Corporación Norte Grande. Otras instituciones que han prestado colaboración en la iniciativa son la Universidad de Tarapacá, la Fiscalía del Medio Ambiente (FIMA) y TERRAM. (Arriagada, 2012: 2).

**Cuadro 2. Conflicto y movilización.
Contaminación por residuos tóxicos en las comunidades de Arica**

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
- Asociación de Familias Contaminadas con Plomo (Afconta)	<ul style="list-style-type: none"> - Organizaciones sociales locales - Gobiernos 	- Investigación participativa y comunitaria(epidemiol

<ul style="list-style-type: none"> - Corporación de Familias Afectadas Por Polimetales (CorfaP) - Partidarios: Servicio de Paz y Justicia (Serpaj) - Asociación de Defensa del Medio, Corporación Norte Grande (CNG) - Ambiente (ADEMA), Comité Iniciativa Arica - Parinacota Sustentable (CIAPS) 	<p>locales/partidos políticos</p> <ul style="list-style-type: none"> - Ciudadanos (vecinos) - Movimientos sociales - Organizaciones de mujeres - Científicos locales/profesionales - Universidad de Tarapacá - Activistas suecos 	<p>ogía popular, etc.)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Acciones judiciales - Campañas públicas - Manifestaciones callejeras - Huelgas de hambre - Recurrir a la valoración económica del impacto en la salud
---	--	--

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

En el caso de Villa Inflamable, han sido en su mayoría organizaciones de la sociedad civil las que se han involucrado en la lucha contra el Polo Petroquímico de Dock Sud. Aunque, al igual que en los otros casos, las resistencias han sido encarnadas por los sujetos en su práctica cotidiana, desde un derrotero micropolítico.

Las políticas de relocalización, las relaciones con el Polo Petroquímico, Acumar y el Estado local son iluminadas... no como acciones racionales y unidireccionales a las cuales los actores solo esperan pasivos cubiertos de incertidumbres. Por el contrario, son transitadas y negociadas por sujetos políticos que las utilizan, las manipulan y las acatan en espacios de tensión y negociación activa donde demandan mejorar sus modos de existencia precarizados (Damonte, 2016: 20).

En contextos urbanos, como el de Villa Inflamable, hay una disputa en curso en relación con el espacio urbano. Así pues, en las urbes, los territorios periféricos exigen que se garantice su derecho a habitar un entorno digno, lo cual incluye un espacio ecológicamente estable que garantice su acceso a la salud. En este sentido, Guadalupe Nativitas (2017) ha estudiado la relación existente entre el derecho a la ciudad y la justicia ambiental.

La construcción del derecho a la ciudad ha implicado la movilización de los actores sociales que, en medio de este ambiente de despojo y mercantilización del espacio urbano, reclaman su derecho no solo a acceder a la ciudad existente sino a recrear su ciudad, apartándose de la lógica mercantilista impuesta por la gestión neoliberal en sus distintos niveles de gobierno... (Nativitas, 2017: 143).

Cuadro 3. Conflicto y movilización. Contaminación en el Polo Petroquímico de Dock Sud en Villa Inflammable

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - Sembrando Sueños (ONG) Asociativa civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ) - Greenpeace Argentina - Agencia de Cooperación Internacional Japonesa (JICA) 	<ul style="list-style-type: none"> - Organizaciones sociales locales - Ciudadanos (vecinos) - Organizaciones de mujeres - Científicos locales/profesionales 	<ul style="list-style-type: none"> - Investigación participativa y comunitaria(epidemiología popular, etc.) - Presentación de observaciones y objeciones al EIA

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

3.1.3 Luchas contra los agrotóxicos

En los distintos territorios, han nacido redes, colectivos y movimientos que se han organizado para frenar la actividad agroindustrial y denunciar los impactos nocivos de los agrotóxicos en la salud y en los suelos. Estos procesos organizativos han convocado a diversos actores sociales locales, nacionales e internacionales: agricultores, comunidades indígenas y campesinas, organizaciones sociales, colectivos ciudadanos, movimientos sociales, agrupaciones de mujeres, sindicatos y redes de científicos; además de organizarse con otras instancias jurídicas para hacer justicia en relación a sus casos por la vía legal.

Como se puede observar en los siguientes cuadros, los repertorios de acción han sido diversos: investigación participativa y comunitaria, elaboración de informes alternativos a los oficiales, trabajo conjunto con organizaciones de la sociedad civil, acciones judiciales y demandas colectivas, activismo mediático, campañas públicas, acciones artísticas y culturales, manifestaciones callejeras, pliegos petitorios y declaraciones públicas, etc. Estos procesos de movilización, muchas de las veces, han constituido triunfos populares como es el caso de las asociaciones vecinales cordobesas que lograron expulsar a Monsanto de las Malvinas Argentinas.

Cuadro 1. Conflicto y movilización. Uso de agrotóxicos en Argentina

Organizaciones de justicia	Grupos movilizados	Formas de movilización
-----------------------------------	---------------------------	-------------------------------

ambiental involucradas		
<ul style="list-style-type: none"> - Tribunal de Apelaciones de Santa Fe- Argentina - La Asamblea Malvina Lucha por la Vida - Unión de Trabajadores Agrícolas - Representación Estatal - Argentina, Foco - Argentina - Grupo de Madres Ituzaingó - Cepronat - Argentina - Renace - Argentina - Coordinación de Córdoba para la defensa del agua y la vida - Argentina - UaC - Argentina - Asociación Argentina de Abogados Ambientales - Argentina - Córdoba Coordinadora en Defensa del Agua y de la Vida - Argentina - Tribunal de Justicia de Córdoba - Tribunal Supremo de justicia - Argentina 	<ul style="list-style-type: none"> - Agricultores - Comunidades indígenas - Organizaciones sociales internacionales - Organizaciones sociales locales - Ciudadanos (vecinos) - Movimientos sociales - Organizaciones de mujeres - Científicos locales/profesionales 	<ul style="list-style-type: none"> - Investigación participativa y comunitaria(epidemiología popular, etc.) - Elaboración de informes alternativos - Involucramiento de ONG nacionales e internacionales - Acciones judiciales - Activismo mediático - Campañas públicas - Defensa de los derechos de la madre tierra

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

En el caso de la intoxicación por CLD, debido a que el Estado Francés fue el responsable directo de la intoxicación de los territorios en Martinica y Guadalupe, diversos grupos organizados presentaron denuncias en su contra:

En Martinica y Guadalupe, ya en 2006 se presentaron denuncias contra el Estado francés por el asunto de la clordecona, que siguen a la espera de sentencia. Asociaciones y colectivos como EnVie-Santé, ASFA en Guadalupe, el colectivo "Cero clordecona", las asociaciones Assaupamar, Ecología Urbana y Mun en Martinica pretenden influir en un cambio de rumbo político (Fernández, 2016: 247).

Cuadro 2. Conflicto y movilización. Envenenamiento de

clordecona en Martinica y Guadalupe

Organizaciones de justicia ambiental involucradas	Grupos movilizados	Formas de movilización
<ul style="list-style-type: none"> - SOS Environnement Guadalupe - Union Régionale des Consom Pareurs - Agriculture-Santé-Société-Environnement - Syndicat Union des Cedeurs Agricoles de la Guadalupe - Comité de Défense de l'Eau en Guadalupe En - ASSAUPAMAR (Asociación Pour La Sauvegarde du Patrimoine Martiniquais); - Écologie Urbaine, Modemas - Martinica Écologie 	<ul style="list-style-type: none"> - Organizaciones sociales locales - Gobiernos locales/partidos políticos - Ciudadanos (vecinos) - Movimientos sociales - Sindicatos - Organizaciones de mujeres - Científicos locales/profesionales - Pescadores 	<ul style="list-style-type: none"> - Acciones artísticas y creativas (murales, teatro) - Investigación participativa y comunitaria(epidemiología popular, etc.) - Desarrollo de redes y acciones colectivas - Acciones judiciales - Activismo mediático - Reclamos a partir de peticiones y declaraciones públicas - Campañas públicas - Manifestaciones callejeras

Fuente: Elaboración propia con base en el Atlas de la Justicia Ambiental

Asimismo, en Brasil se consolidó la Campaña Permanente por los Agrotóxicos y por la Vida. Esta campaña ha sido impulsada por una plataforma de 30 organizaciones sociales rurales y urbanas (sindicales, estudiantiles, entidades de enseñanza e investigación científica, organizaciones no gubernamentales, etc.) que desde el 2011 han protestado contra el modelo agroindustrial y sus políticas de muerte. El objetivo de la campaña ha sido “denunciar los efectos de los plaguicidas y del agronegocio, y anunciar la agroecología como vía para un desarrollo justo y saludable de la sociedad.” (Campanha permanente contra os agrotóxicos e pela vida, 2023).

En esta misma línea, en Argentina se ha lanzado la campaña Basta de Venenos con el objetivo de dar visibilidad a la creciente y generalizada exposición de los agrotóxicos en la población. Se trata de un conjunto de organizaciones territoriales, organizaciones de la sociedad civil, vecinos y vecinas de localidades directamente afectadas por los agrotóxicos, médicos/as, científicos/as, abogados/as y personas del mundo artístico que se han movilizad para avanzar hacia la transformación del modelo agroproductivo con miras a

construir esquemas agroecológicos para la producción de alimentos sanos. (Página 12, 2023).

Estas son tan solo algunas de las iniciativas populares que han emergido en las últimas décadas frente a la conflictividad socioambiental cada vez más presente en la región latinoamericana y caribeña. Muchas de estas iniciativas se fortalecen con otros procesos organizativos de diversa índole, como movimientos campesinos, procesos autonómicos, proyectos agroecológicos y de ocupación de la tierra, disputas legales, entre otros. El ecologismo de los pobres está presente en todos los territorios, demostrando que los pueblos resisten y luchan por medio de la organización colectiva y la configuración de redes (muchas de ellas transterritoriales). Las luchas socioambientales, todas ellas diversas y heterogéneas, también han sabido encontrar puntos de encuentro para articularse y trazar un sentido común.

3.2. Buen Vivir, multitudes agroecológicas y sociedades en movimiento: una brújula para defender lo común

Frente a la muerte que impone el capitalismo, los pueblos se organizan y resisten para poner la vida en el centro. Las zonas de sacrificio existen y se sostienen con violencia y sangre. Las zonas a defender florecen en la digna lucha de los sujetos subalternos, tal como nos ha enseñado el CNI-CIG, se trata de una lucha por la vida. La ecología de los de abajo emerge de la memoria y la ancestralidad de los saberes colectivos y tejidos comunitarios. También las mujeres y los sujetos colonizados encarnan prácticas de resistencia para defender sus cuerpos y sus territorios de la violencia colonial, patriarcal y biocida. Estas prácticas se nutren de las luchas pasadas y se reproducen cotidianamente, muchas veces de forma gradual pero con paso firme. La defensa antipatriarcal y anticolonial no sólo se fundamenta en nuevas narrativas y racionalidades distintas, sino que también se reproduce en la práctica política cotidiana en las comunidades.

Al analizar las implicaciones de la crisis climática y pensar en las alternativas populares para enfrentarla, es preciso trazar un vínculo con la crisis alimentaria, la crisis de vivienda, la crisis política, social y económica, pues como se ha mencionado a lo largo de esta investigación, todas estas dimensiones no son más que la expresión de una civilización al borde del colapso. Asegurar el derecho a la vivienda, a la alimentación saludable, a la

salud, a la educación, a vivir una vida libre de violencia es imperativo para concretar la justicia social y ambiental. Las demandas no pueden centrarse exclusivamente en retóricas conservacionistas que pasen por alto el bienestar colectivo de los pueblos en el mundo. Por ello, la lucha por la justicia climática tiene que construirse desde el diálogo y el involucramiento activo con las luchas antirracistas, antipatriarcales y populares.

3.2.1. Buen Vivir: cosmovisiones desde los sures

La vida bajo la modernidad capitalista se ha fundamentado en paradigmas desarrollistas, que como ya se ha planteado a lo largo de esta investigación, han desencadenado una catástrofe ambiental, violentado los derechos humanos y de la naturaleza, y embistiendo un largo proceso de muerte contra la tierra y la vida. En este sentido, resulta crucial centrarse en la búsqueda de nuevos horizontes alternativos vinculados con otras visiones del mundo y con prácticas políticas distintas. En el mundo andino y amazónico, las comunidades aymaras y kichwas han reivindicado la herencia ancestral de sus pueblos por medio del *Sumak Kawsay/Suma Qamaña* (Buen Vivir). Aunque también existen nociones similares en otros pueblos del Sur como el pueblo mapuche, guaraní, kuna, achuar y maya, entre otros. (Acosta, 2015).

No existe un consenso o definición única sobre el Buen Vivir, pues son los pueblos los que históricamente han encarnado esta práctica política vinculada a una racionalidad y sensorialidad diametralmente distinta a la que opera en el modo de vida capitalista. No obstante, algunos autores han planteado ciertas claves para entender el Buen Vivir con el objetivo de sistematizar un conjunto de coordenadas teóricas capaces de fungir como una brújula para imaginar otros horizontes y hacerlos posibles. Para Acosta (2008), el Buen Vivir debe ser pensado como un proceso en marcha. Se trata de un conjunto de “prácticas vivenciales de resistencia al colonialismo” (Acosta, 2009: 309). El Buen Vivir es fundamentalmente una alternativa al desarrollo. Acosta (2015) sostiene que es una propuesta de cambio civilizatorio desde la periferia del mundo.

El Buen Vivir, en realidad, se presenta como una oportunidad para construir colectivamente nuevas formas de vida...El Buen Vivir forma parte de una larga búsqueda de alternativas de vida fraguadas en el calor de las luchas populares, particularmente de los pueblos y nacionalidades originarios. Esto no significa que

solo hay propuestas en el mundo andino y amazónico. En contextos diversos, a lo largo y ancho del planeta, existen acciones y visiones que pueden entrar en sintonía con el Buen Vivir. (Acosta, 2015: 310).

Acosta (2015) señala que en el mundo indígena no existe una idea análoga al desarrollo. Por esta razón, la calidad de vida es pensada desde una racionalidad fundamentalmente distinta y alejada de los parámetros capitalistas de bienestar (relacionados con el consumismo desmedido, el progreso, el desarrollo, etc.). Para los pueblos originarios, el desarrollo no es más que una herencia colonial. Es en este sentido, que plantean la necesidad de avanzar hacia la descolonización y la despatriarcalización del mundo. Asimismo, el Buen Vivir plantea romper con los paradigmas antropocéntricos del capitalismo, apostando por un ideario socio-biocéntrico en armonía con la naturaleza. (Acosta, 2015).

De esta manera, el Buen Vivir se articula con la lucha y la defensa de lo común. La articulación comunitaria y la lucha colectiva de los pueblos han generado experiencias que van mucho más allá de la insubordinación y la resistencia, pues los procesos organizativos implican también la creación y construcción de nuevos horizontes para la reproducción social de la vida. La resistencia entonces, ha tenido que ver con imaginar la creación de otras formas de relacionarse más allá de los modos capitalistas, coloniales y patriarcales dominantes. Siguiendo la línea propuesta por Raquel Gutiérrez, se atiende a la conformación de entramados comunitarios, entendidos como “sujetos colectivos de muy diversos formatos y clases con vínculos centrados en lo común y espacios de reproducción de la vida humana, no directa ni inmediatamente ceñidos a la valorización del capital” (Citado en Navarro, 2015: 236).

Al hablar de la reproducción de lo común nos referimos, básicamente, a una constelación de prácticas y luchas cotidianas y de esfuerzos colectivos e individuales que defienden-conservan-producen-amplían ámbitos de autonomía y de riqueza material para el usufructo colectivo y que, a partir de ahí, también relanzan horizontes de re-apro-apropiación conjunta de dicha riqueza material que generan significados compartidos. La reproducción de lo común es, entonces, la multiforme actividad productiva que genera y reactualiza vínculos y significados compartidos más allá de las separaciones impuestas por la acumulación del capital (Gutiérrez, 2020).

La lucha por la autonomía ha sido uno de los horizontes seguidos por los movimientos sociales y las organizaciones comunitarias en defensa de sus territorios. La devastación ambiental y la catástrofe ecológica, en muchas ocasiones ha desencadenado no sólo un proceso de antagonismo frente al Estado y las corporaciones, sino también un proceso de resistencia. En este sentido, la resistencia ha significado la creación de algo nuevo, es decir, de un orden comunitario fundamentado en la autonomía. Los procesos autonómicos que se han ido gestando a raíz de sus movimientos se han caracterizado por tener autonomía en diversos sentidos: autonomía productiva, autonomía económica, autonomía alimentaria, etc.

La lucha ecológica, no puede estar desvinculada de la economía. Es preciso entender la economía más allá del capitalismo, y dejar de entender ambos conceptos como sinónimos. La construcción de una economía horizontal, popular y cooperativa, fundamentada en el bienestar colectivo, el valor de uso, la ayuda mutua y la armonía con la naturaleza es crucial para generar horizontes más dignos para todas y todos. Los procesos cooperativistas y de asociación productiva, muestran un camino para plantear nuevas economías. Las economías solidarias y populares plantean posibilidades para el intercambio a partir de paradigmas muy otros.

3.2.2. Multitudes agroecológicas: la soberanía alimentaria en el centro

Las multitudes agroecológicas (Giraldo, 2021) se presentan como un camino para poner en el centro la soberanía alimentaria y transitar del régimen de la escasez al horizonte de la suficiencia, de la pobreza moderdinazada a la potencia autónoma de la multitud, de la toma de poder al ejercicio de poder interior, de la verticalidad al diseño de rizomas, de lo gigante a lo pequeño. Pensar en agroecología emancipadoras implica transitar hacia los caminos de la autonomía y liberarse de toda atadura. La transición agroecológica debe ser un punto fundamental en la agenda para combatir el cambio climático. Oponerse a las políticas de muerte puestas en marcha por la agroindustria será crucial para garantizar una transición ecológica hacia un modelo productivo más justo.

Las iniciativas agroecológicas pretenden transformar los sistemas de producción de la agroindustria a partir de la transición de los sistemas alimentarios basados en el uso de combustibles fósiles y dirigidos a la producción de cultivos de agroexportación y biocombustibles, hacia un paradigma alternativo que promueve la agricultura local y la

producción nacional de alimentos por campesinos y familias rurales y urbanas a partir de la innovación, los recursos locales y la energía solar. Para los campesinos implica la posibilidad de acceder a tierra, semillas, agua, créditos y mercados locales, a través de la creación de políticas de apoyo económico, iniciativas financieras, oportunidad de mercados y tecnologías agroecológicas. (Altieri y Toledo, 2010: 165).

Construir caminos emancipatorios requiere de un proceso de autonomía productiva. Es imprescindible trascender la lógica del valor valorizándose y regresar a una sociedad centrada en el valor de uso. La satisfacción de las necesidades tiene que ser un proceso de carácter colectivo en el que todos los sujetos estén involucrados en la toma de decisiones. En un mundo en donde más de 800 millones de personas atraviesan una situación de inseguridad alimentaria (FAO, 2019), es imperativo pensar en alternativas para garantizar que todas las personas en el mundo tengan acceso a una alimentación saludable.

Frente al auge del agronegocio y la expansión de las fronteras agrarias, diversos movimientos campesinos han emergido de forma opositora para defender la tierra y reivindicar sus prácticas productivas, como es el caso del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST, 1985) en Brasil y la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC, 1944). El MST se ha constituido como un referente de la construcción de alternativas colectivas en términos productivos, educativos, culturales, sociales, políticos y económicos. Sin veneno, fertilizantes químicos ni trabajo forzado, el MST se ha constituido como el mayor productor de arroz agroecológico en América Latina (Brasil de Fato, 2023).

Por su parte, la Vía Campesina se define como un “movimiento internacional que reúne a millones de campesinos/as, trabajadores/as sin tierra, indígenas, pastores/as, pescadores/s, trabajadores/as agrícolas migrantes, pequeños/as y medianos/as agricultores/as, mujeres rurales y jóvenes campesinos/as de todo el mundo” (Vía Campesina, 2023). Fue fundada en 1993 y tiene como eje central la defensa de la agricultura campesina y la reivindicación del derecho a la soberanía alimentaria. Esta articulación de organizaciones ha gestado procesos de territorialización y defensa de la tierra de gran importancia en la región.

El camino de la agroecología supone una apuesta política y un cambio en las redes de relaciones entre humanos y con la naturaleza. Es en este sentido, que los productos orgánicos se distinguen de los productos agroecológicos, pues los primeros siguen insertos

en un circuito mercantil capitalista que atiende a una lógica de consumo individual en donde la producción se fundamenta en muchas ocasiones en el trabajo forzado y el comercio sin equidad, mientras que los segundos implican, necesariamente, la existencia de un sistema productivo armonioso con la naturaleza y fundamentado en la justicia social.

La búsqueda de alternativas para enfrentar la crisis climática y civilizatoria requiere de estrategias y soluciones capaces de entretener las esferas de la vida. En este sentido, muchos de los proyectos ambientales y agroecológicos, se conectan con iniciativas de carácter económico como las economías populares y solidarias, y la educación popular. Experiencias como la del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil, han logrado dar cuenta de la importancia de generar espacios para garantizar el bienestar colectivo de forma integral. Tanto el MST como el MTST (Movimiento de los Trabajadores Sin Techo) han demostrado con su lucha la necesidad de ocupar el territorio. Uno de sus lemas es: *ocupar, resistir, producir*. La recuperación y reapropiación de las tierras ha sido uno de los primeros pasos para concretar procesos autonómicos para los pueblos históricamente desposeídos.

La experiencia de las cocinas solidarias del MTST para combatir el hambre da cuenta de la integralidad de este proceso fundamentado en el apoyo mutuo, la solidaridad y la interconexión de redes en las ciudades y en el campo. En un país en donde 20 millones de personas se enfrentan a condiciones de inseguridad alimentaria, las cocinas solidarias ponen en el centro la necesidad de garantizar el derecho a la alimentación. Se trata de comedores populares que surgieron en la pandemia para garantizar el derecho a la alimentación a personas en situación de calle y en condiciones de pobreza. “Las cocinas solidarias se fortalecen como espacio de alimentación básica, y también de acogimiento, afecto y de una construcción social en que es posible resistir y transformar la sociedad por medio del poder popular” (MTST, 2021).

En las urbes sigue existiendo una enorme inseguridad alimentaria, ¿cómo construir procesos productivos encaminados no sólo a garantizar seguridad alimentaria para toda la población sino también enfocados en posibilitar el acceso de las personas en las urbes a alimentos saludables? La posibilidad de construir huertos urbanos, como en el caso de las prácticas agroecológicas desarrolladas en La Habana, Cuba, puede ser una vía de acción que ayude no sólo a producir alimentos de forma autónoma y soberana, sino a involucrar a

las comunidades en la reproducción colectiva de su propia vida. A pesar de las limitaciones, el autoabastecimiento de alimentos ha sido fundamental para hacer frente al bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos.

La experiencia cubana se ha fundamentado en la innovación de tecnologías al margen de la agroindustria (cuyo uso recurrente de pesticidas, fertilizantes químicos y agrotóxicos deteriora los suelos e impacta de forma negativa en la salud de las personas). Este proceso de innovación, está relacionado con las limitaciones derivadas del periodo especial que inicia con la caída de la URSS. Cuba se vio obligada a frenar las importaciones debido al embargo económico, por lo que acontecieron múltiples cambios en la agricultura cubana. No sólo hubo un cambio en los esquemas productivos, sino también en las relaciones sociales de producción.

De acuerdo con Jardón (2022) la transformación de la agricultura cubana durante el período especial constituyó la consolidación de sistemas de policultivo destinados al consumo local y a la reducción de los insumos externos. Se diversificaron los sistemas agrícolas y se desarrolló un modelo productivo agroecológico fundamentado en la recuperación y conservación de los suelos (por medio de técnicas de compostaje, lombricultura, etc.), el desarrollo de programas de control biológico de plagas y la aplicación masiva de biofertilizantes. En las urbes se impulsaron técnicas de cultivo organopónico y la construcción de huertos intensivos en terrenos abandonados o subutilizados al interior de las ciudades.

En este proceso, miles de campesinos en las propias parcelas adecuaron los campos y las prácticas de manejo para producir, con diversas técnicas de policultivo, granos básicos, hortalizas, frutales y viandas en unidades de producción cooperativa, huertas familiares, huertas urbanas, pequeñas propiedades y granjas estatales (Jardón, 2003: 185).

Este mismo autor plantea que el proceso cubano de transición agroecológica no puede ser entendido sin el cambio en la propiedad de la tierra que permitió consolidar formas de trabajo bajo un modelo cooperativo y el intercambio *campesino a campesino*, una propuesta que retoma los planteamientos de Freire y propone establecer procesos horizontales de comunicación para compartir experiencias y conocimientos en torno a las prácticas agroecológicas. (Jardón, 2023).

Una de las características de Campesino a Campesino es su capacidad de funcionar de modo pausado y persistente, introduciendo una a una las prácticas agroecológicas, empezando por las más sencillas hasta llegar a las más complejas. Sin darse cuenta, sin abrumar con muchas prácticas de entrada, poco a poco la familia convierte su finca a la agroecología, y con su buen ejemplo estimula a más familias a vivir agroecológicamente. La manera de hacerlo es compartiendo principios ecológicos y no recetas, de tal modo que las campesinas y los campesinos que deseen emprender la transformación sean activos experimentadores e innovadores. Así, la parcela se convierte primero en un laboratorio y luego en una escuela en donde se expande la multiplicación, de forma semejante a como inició la emulación (Giraldo, 2022: 77).

Así pues, la perspectiva de Giraldo (2022) en su análisis de distintas experiencias agroecológicas, tiene que ver con la potencia de tejer multitudes fundamentadas en pedagogías campesinas revolucionarias y vías de lucha emancipatorias fundamentadas en la recuperación de la tierra. La agroecología es una alternativa concreta y situada que plantea la posibilidad de construir modelos productivos escindidos de la racionalidad capitalista. Por ello, la agroecología es también un proyecto político emancipador, que no se reduce a la siembra y producción de alimentos, sino que abarca una constelación de prácticas y formas de relacionarse e interactuar con la tierra.

La agroecología nos emancipa de la desesperanza y nos pone a tono con un futuro anticipado que se trae al aquí y ahora. La utopía agroecológica es creadora radical de esperanza, de imaginación; es artífice de sentido, lo que resulta esencial para estos tiempos aciagos. En un mundo que se desbarata día tras día, en el que pareciese que nada puede hacerse, requerimos móviles de esperanza: hálitos esperanzadores que nos permitan juntarnos para imaginar otros devenires y abrir caminos para tejer nuestros sueños posibilistas mientras rechazamos someternos a este orden inicuo. (Giraldo, 2022: 9).

3.2.3 Sociedades en movimiento

Raúl Zibechi (2015) ha establecido una diferenciación conceptual entre movimientos sociales y sociedades en movimiento para distinguir entre las teorías que buscan explicar la práctica del ciclo de movilizaciones en Estados Unidos y Europa (derechos civiles, feministas, ecologistas etc.) y comprender la especificidad de los movimientos en América Latina. Se trata de movimientos que han emergido fundamentalmente en el último siglo y

que están planteando nuevas sociedades en sí mismas (comunidades mapuches, comunidades quilombolas, etc.). Se trata de sociedades en las que convergen relaciones sociales heterogéneas respecto a las dominantes. Las sociedades en movimiento en América Latina se caracterizan por su fuerte arraigo territorial; la búsqueda de la autonomía, la revalorización de la cultura y la afirmación de la identidad de sus pueblos y sectores sociales; el nuevo papel de las mujeres; la preocupación por la organización del trabajo y la relación con la naturaleza y las formas de acción autoafirmativas (Zibechi, 2007).

Son múltiples las experiencias de autonomía nacidas en América Latina, que muestran la forma en que los pueblos del sur se han emancipado y transitado hacia nuevos procesos de organización social, política, económica, educativa, productiva, etc. Entre los casos estudiados por Raúl Zibechi, se encuentra la experiencia del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil, la larga resistencia del pueblo nación mapuche en el sur de Chile, la conformación autonómica del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los caracoles zapatistas, la lucha anticolonial del pueblo nasa en el Cauca colombiano, entre otros movimientos campesinos e indígenas. Pero también en las ciudades se han conformado importantes experiencias de autonomía que demuestran la relevancia de disputar el espacio urbano como es el caso de la Comunidad Habitacional Acapatzingo en México y la Fábrica de cerámica Zanón en Argentina.

Si bien cada uno de los movimientos mencionados, así como el sinnúmero de experiencias restantes, son profundamente diversas y heterogéneas, de acuerdo con su historia, contexto social, político y geográfico, Zibechi (2007) identifica ciertas tendencias comunes. Una característica compartida fundamental es la territorialización de los movimientos. La autogestión y reapropiación del espacio (ya sea de tierras, fábricas, predios, etc.) constituye una posibilidad para producir y reproducir la vida por medio de una racionalidad distinta y a partir de la conformación de un nuevo tipo de relaciones sociales.

La segunda característica común es la búsqueda de autonomía, tanto de los Estados como de los partidos políticos. Es en este sentido, que se trata de una autonomía material, pero también simbólica (Zibechi, 2007). Las sociedades en movimiento están reivindicando y optando por otras formas de hacer política; una política distinta, horizontal y colectiva, que se escinde de los esquemas más tradicionales de la democracia liberal representativa.

Así pues, se retoman procesos asamblearios y deliberativos libres de jerarquías, en donde la voz de todos los actores involucrados es considerada y escuchada.

Se trata de una concepción de la política escindida de la política tradicional y partidista, es posible reflexionar en torno a esta dimensión en términos de lo que el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría (1996) como una prefiguración de lo político:

Lo político, es decir, la capacidad de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad, de fundar y alterar la legalidad que rige la convivencia humana, de tener a la socialidad de la vida humana como una sustancia a la que se le puede dar forma. Lo político, la dimensión característica de la vida humana, se actualiza de manera privilegiada cuando ésta debe reafirmarse en su propia esencia, allí donde entra en una situación límite: en los momentos extraordinarios o de fundación y refundación por los que atraviesa la sociedad; en las épocas de guerra, cuando la comunidad “está en peligro”, o de revolución, cuando la comunidad se reencuentra a sí misma (Echeverría, 1996: 11).

El tercer rasgo común, ha sido la revalorización de la cultura y la reafirmación identitaria de sus pueblos. (Zibechi, 2007). Se trata de una reivindicación que lejos de ser esencialista, se posiciona de forma estratégica y recupera la memoria histórica en contra del colonialismo y el racismo histórico al que han sido sometidos los pueblos. Este proceso de revalorización cultural, también implica un retorno a las raíces, es decir, un proceso de autoconsciencia de la propia historia y de las múltiples potencialidades que tiene la recuperación de las visiones y prácticas ancestrales de los pueblos. Y en el caso de los sectores urbanos, es también la afirmación y la pertenencia a su comunidad. Se trata de un proceso de identificación con los otros que son parte de su espacio y que comparten un mismo origen de clase.

En cuarto lugar, Zibechi (2007) menciona la capacidad de formación de sus propios intelectuales. Si el conocimiento es producido de forma colectiva y situada, las sociedades en movimiento también están produciendo conocimiento. Más allá de los espacios académicos e institucionales, el proceso de generación de conocimiento está presente, muchas veces incluso por medio de lenguajes orales y artísticos. Aunque, como lo menciona Zibechi (2007), también hay figuras que se forman como intelectuales en los espacios universitarios, y que regresan a sus comunidades para consolidar comunidades de pensamiento y redes dialógicas.

En el contexto de las zonas de sacrificio, para muchas comunidades la construcción de autonomía se vuelve difícil a causa de las violencias, la conflictividad socioambiental y la ofensiva de las corporaciones en alianza con el Estado y las economías criminales. No obstante, muchas de las luchas socioambientales también se nutren e inspiran de estas experiencias de autonomía que anuncian que otros mundos son posibles y que ya se han puesto en marcha. En cualquier caso, no existe una receta para luchar y resistir a los embates del capital colonial, racista, extractivo y patriarcal. Tal como lo mencionan los compañeros y compañeras zapatistas, cada quien lucha a sus modos y a sus tiempos. En este sentido, la idea es compartir procesos de lucha y caminar de la mano con otros movimientos, pero siempre respetando las necesidades, decisiones y formas de lucha empleadas en cada caso.

María de Jesús Patricio, vocera del Congreso Nacional Indígena y el Concejo Indígena de Gobierno, nos recuerda constantemente que su lucha es una lucha por la vida, una vida que no es solo suya (de los pueblos y comunidades que integran el CIG-CNI), sino de todos y todas las personas que habitan el planeta. En este sentido, el CIG y el CNI nos han enseñado que los *espejos de resistencia* son luces de esperanza que brillan con potencia en medio de la espesura de la larga noche (metáfora empleada por los compañeros/as zapatistas). De manera colectiva, los pueblos se han encargado de mapear dichos espejos en el territorio mexicano. Se trata de procesos de resistencia de las colectividades indígenas, integrantes del CNI-CIG, en diversas coordenadas de México. Es por medio de herramientas como los mapas, que los pueblos también comparten sus resistencias, otras geografías comunitarias son posibles. Así pues, las sociedades en movimiento son una lucha contundente por la vida.

3.3. Justicia racial, ambiental y de género: una lucha contra todas las formas de opresión

Tal como se ha abordado a lo largo de esta investigación, la injusticia ambiental es un proceso de largo aliento que está estrechamente vinculado a otros procesos históricos de larga data como la conformación del patriarcado, el colonialismo y el capitalismo. En este sentido, los pueblos en lucha han reflexionado y problematizado desde diversas perspectivas teóricas y políticas, la necesidad de dismantlar todo sistema de opresión y

dominación para hacer frente a la devastación ecológica de forma integral. Ir a la raíz del problema, implica entonces, develar la multiplicidad de luchas y horizontes políticos existentes, así como la manera en que se interconectan entre sí. La justicia climática y ambiental, deberá ser planteada entonces, desde abajo; desde el ecologismo de los pobres, las luchas en defensa de la tierra, los movimientos indígenas y campesinos, los feminismos comunitarios, las organizaciones antirracistas, y todas las iniciativas que se alineen a la defensa de los derechos humanos y la construcción de mundos más justos para todas y todos.

En las últimas décadas, la proliferación de movimientos antirracistas, indígenas y comunitarios han problematizado la necesidad de posicionar en la agenda política temas como el racismo, el extractivismo y el neocolonialismo. De tal forma, desde la perspectiva política de esta investigación se plantea la necesidad de proponer una necesaria interconexión entre luchas y procesos organizativos diversos, sin el afán de unificar y homogeneizar dichas trayectorias de lucha, dadas sus múltiples tensiones y complejidades. Se pretende más bien, enunciar la importancia de tejer puentes para el diálogo y espacios de reflexión para avanzar hacia la erradicación de todos los tipos de violencia.

3.3.1. Neo-cimarronaje: prácticas micropolíticas contra el racismo ambiental

El racismo como sistema histórico y sociopolítico de dominación es uno de los ejes fundamentales que ha sostenido la reproducción incesante de los ciclos del capital. Es por ello, que además de plantear los impactos racistas y genocidas del modo de producción capitalista sobre los pueblos racializados, es preciso hablar de sus resistencias históricas para tejer líneas de continuidad en los imaginarios de lucha y en los procesos de organización política frente a la debacle ambiental. Si ya se ha hablado de que los seres humanos no somos sino naturaleza, la defensa de las comunidades y su lucha contra la opresión ha de ser considerada también como una lucha en defensa de la naturaleza en sí misma, dado que las trayectorias de lucha de los pueblos racializados son declaraciones históricas en defensa de la vida.

Los idearios y prácticas racistas están fuertemente anquilosados en el orden social contemporáneo a nivel global. La lucha contra el racismo estructural es fundamental para problematizar las dimensiones de las desigualdades socioecológicas, lo que implica

reafirmar el legado de resistencia de los pueblos negros, quilombolas e indígenas al defender su propia existencia. Este proceso emancipatorio, de larga duración, ha sido un ejemplo de antirracismo contundente en la historia. En este sentido, el cimarronaje ha sido una de las múltiples formas de lucha de los pueblos racializados en contra de la dominación colonial. Para comprender el trasfondo de este proyecto colectivo, es importante reflexionar en torno al significado de la existencia cimarrona.

En la época colonial, las personas esclavizadas estaban sometidas a la más perversa violencia propia de las dinámicas de poder imperantes en las plantaciones. Por ende, el cimarronaje se convirtió en un horizonte de emancipación para los esclavos negros que huían de las plantaciones y frecuentemente se escondían en las montañas para fundar sociedades nuevas, libres de explotación y dominación. Estas sociedades fueron nombradas de diversas formas dependiendo de sus geografías: palenques, quilombos, cumbes, rochelas, etc. En este sentido, los espacios formados por los cimarrones (esclavos fugitivos) constituyeron momentos fundacionales dentro de las trayectorias de resistencia y rebeldía de los pueblos negros en el llamado Nuevo Mundo.

Pensar en la lucha de los pueblos negros en el mundo contemporáneo, implica reconocer que su resistencia se ha nutrido del legado histórico de sus antecesores que conquistaron su libertad y fundaron sociedades nuevas en contra de las lógicas del amo y las prácticas opresoras de la plantación. Por ello, la apuesta por enarbolar la causa antirracista de forma activa apunta hacia la conformación de tejidos vivos basados en lo que Moreno Fernández (2021:116) denomina procesos de neo-cimarronaje, es decir, un conjunto de “acciones y pensamientos contemporáneos que buscan combatir la colonialidad y las políticas violentas hacia las sujetas racializadas”.

Las prácticas neocimarronas contra el racismo ambiental se dirigen hacia la constitución de una política del reencuentro. Para Ferdinand (2019) la política del reencuentro acontece en un navío-mundo en donde hay lugar para todos/as; es la negación del navío negrero y su política del desembarco de los esclavos negros en el nuevo mundo.

Es el grito de justicia provocado por la insurrección de estos seres humanos que se desplazan de la bodega a la "cubierta". Es el movimiento de Rosa Parks desde la bodega trasera a la cubierta delantera del autobús. Es la lucha por la igualdad de los ciudadanos defendida por Toussaint Louverture, Aimé Césaire, Martin Luther King y Malcolm X. (Ferdinand, 2019: 433).

En este sentido, la propuesta política de Abdías do Nascimento (1982) puede ser entendida como un proceso de enunciación de rebeldía y libertad. El quilombismo emerge como una propuesta inspirada en las primeras experiencias de libertad en el Nuevo Mundo. De acuerdo con Nascimento, los quilombos poseían una estructura comunitaria basada en valores culturales africanos. La experiencia más emblemática en Brasil es la del Quilombo dos Palmares, un territorio que existió más de 100 años y cuyo líder Zumbi dos Palmares aún se recuerda como una importante figura de lucha y resistencia.

El quilombismo anticipa conceptos actuales como el multiculturalismo, cuyo contenido se prevé en los principios de "igualitarismo democrático (...) entendido con respecto al sexo, la sociedad, la religión, la política, la justicia, la educación, la cultura, la condición racial, la situación económica, en fin, todas las expresiones de la vida en sociedad;" "igualdad de trato de respeto y garantías de culto" para todas las religiones; enseñanza de la historia de África, las culturas africanas, las civilizaciones y las artes en las escuelas. El ecologismo también está presente, en el principio que "favorece todas las formas de mejora del medio ambiente que puedan garantizar una vida sana a los niños, las mujeres, los hombres, los animales, las criaturas marinas, las plantas, las selvas, las rocas y todas las manifestaciones de la naturaleza". La propiedad colectiva de la tierra, el derecho al trabajo digno y remunerado, la prioridad para los niños y la posibilidad de "transformar las relaciones de producción y la sociedad en general por medios no violentos y democráticos" figuran entre los principios humanistas del quilombismo (Nascimento, 1982).

Por esta razón, la emancipación de los pueblos colonizados y racializados ha de ser concebida como una deuda histórica estrechamente vinculada a la deuda ecológica. Es preciso avanzar hacia el desmantelamiento del racismo estructural en todos los territorios del mundo para plantear las líneas de continuidad existentes entre los procesos neo extractivistas y neocoloniales que exacerbaban la crisis ambiental afectando, de manera desproporcionada y desigual, a los pueblos racializados. Para ello, el quilombismo y otras propuestas políticas de los pueblos racializados generan diversas líneas de orientación y de acción para construir sociedades libres de toda dominación étnica y racial.

De esta forma, toda práctica emancipadora enarbolada por los sujetos racializados en contra del racismo ambiental puede ser pensada como una continuidad de las prácticas cimarronas. La lucha por la libertad y la emancipación, es hoy, una lucha por vivir en un ambiente saludable, una lucha por el derecho a la salud, una lucha por la tierra y una lucha colectiva por la vida en contra de todas las lógicas de sacrificio. Como se ha mostrado en esta investigación, las zonas de sacrificio corresponden a una racionalidad capitalista profundamente racista y colonial, en donde hay algunas vidas que importan más que otras, y en donde los sujetos racializados, habitan una *zona del no ser*, en términos de Fanon.

Por este motivo, la lucha contra las grandes corporaciones transnacionales y los Estados necropolíticos que perpetúan la violencia racista, es la continuación de la lucha de los cimarrones que soñaban con liberarse de sus cadenas en las plantaciones. Hoy, como lo plantea López Souza (2021), las zonas de sacrificio son prisiones a cielo abierto. Por ello, la resistencia contra estos procesos de zonificación es también un proceso de liberación. En la lucha ambiental, habrá que ser fugitivos del modo de vida imperial y soñar con la construcción de sociedades en movimiento, de multitudes agroecológicas y de horizontes nacidos del Buen Vivir. Dentro de este proyecto político será crucial la reparación histórica, para que nunca más se derrame ni una sola gota de sangre de una persona negra o indígena.

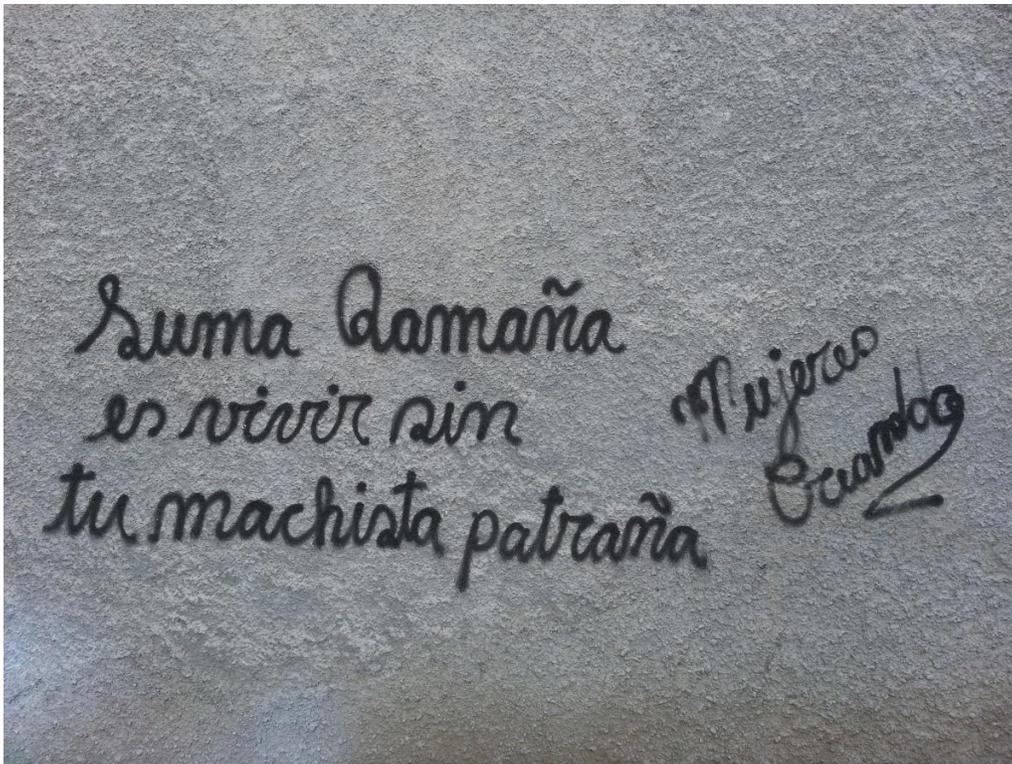
Por ello, las prácticas de neo-cimarronaje se conjugan con los actos micro políticos. Las organizaciones vecinales que se reúnen para buscar soluciones frente a la contaminación ambiental, las madres que denuncian el estado de salud de sus hijos e hijas, las comunidades que se oponen al exterminio de los ecosistemas... Si la toxicidad y la contaminación se inscriben en los cuerpos de forma brutal, las prácticas micropolíticas también se sitúan en las corporalidades insumisas. “La micropolítica de los núcleos comunitarios entramados entre sí... una práctica cotidiana anclada en los cuerpos... micropolíticas de rebeldía, formas de manifestar la insobornable voluntad de abrir un espacio público a la dignidad y a la justicia” (Cusicanqui, 2018: 141).

Estas luchas por defender y cuidar los cuerpos también continúan a través de la preocupación por los cuerpos ecológicos. La panoplia de preocupaciones del movimiento ecologista por la preservación de los cuerpos biológicos es una extensión de las luchas antirracistas, por la justicia social y feministas. Las exclusiones sociales y políticas de los antiguos esclavos, los pobres, los racializados y las mujeres también se manifiestan a través de la contaminación de sus cuerpos biológicos por los productos tóxicos de las plantaciones

y las fábricas, a través de las desigualdades en la exposición, el tratamiento y la investigación médica sobre las consecuencias de estas exposiciones (Ferdinand, 2019: 454).

3.3.2. “Suma Qamaña es vivir sin machista patraña”

El colectivo boliviano Mujeres Creando realizó una *pinta* en las paredes del barrio de Sopocachi en la ciudad de La Paz, Bolivia. El mensaje político fue contundente: “*Suma Qamaña es vivir sin machista patraña*”. Las mujeres de este colectivo se han caracterizado por su importante trayectoria de activismo y su confrontación al ex presidente de Bolivia Evo Morales, quien a pesar de haber promovido un discurso fundamentado en el Buen Vivir, también ha sido criticado por el carácter extractivista de su gobierno, así como por sus actitudes patriarcales y ciertos comentarios machistas. En este sentido cabe puntualizar que el Buen Vivir es más que una idea o un discurso. El Suma Qamaña es una práctica cotidiana necesariamente antipatriarcal, pues tal como lo han mencionado las mujeres de este mismo colectivo: “*No se puede descolonizar sin despatriarcalizar*”.



Fotografía: David Garzón Valdés

La lucha ecológica también implica la despatriarcalización de todas las relaciones, entre seres humanos y con la tierra. Por ello, es preciso recuperar los procesos organizativos de las mujeres, así como las enseñanzas que han sembrado en torno a la defensa de sus cuerpos-territorios.¹² El papel de las mujeres ha sido fundamental al interior de las luchas socioambientales. Las mujeres han sufrido los embates del extractivismo y el colonialismo de una forma particular. Navarro (2021) sostiene que es importante partir de que la reproducción de la vida en las sociedades contemporáneas se fundamenta en un orden social injusto, en el que las mujeres tienen una mayor carga en el sostenimiento de los procesos vitales.

En los contextos de agresión extractivista las mujeres han identificado los despojos, explotaciones y afectaciones al territorio-tierra del que son parte, pero también la relación que esto guarda con las lógicas de dominio sobre sus propios cuerpos en su dimensión física, emocional y espiritual, encontrando que hay un continuum en esas violencias y ninguna está separada de la otra. (Navarro, 2021: 288).

Así pues, dentro de la trama de desigualdades socioecológicas, el marcador de género también influye en la forma en que se viven las violencias extractivas. En este sentido, retomando la propuesta de Navarro (2022) las mujeres han reivindicado un *saber-hacer* ecofeminista, que además de poner en cuestión el trasfondo patriarcal de la devastación ecológica ha sido capaz de tejer una urdimbre de prácticas y conocimientos femeninos sembrados y cosechados en el terreno fértil de la colectividad. Es en este sentido, que la lucha ecológica debe ir de la mano con otras demandas feministas y antipatriarcales:

...las luchas por la autonomía sexual, por el derecho a abortar, por una salud y alimentación sanas, parten de la búsqueda de recuperar la capacidad de determinar y disponer libremente de nosotras y nuestros cuerpos como territorios reapropiados, retejiendo los términos de una interdependencia de manera digna y autónoma. (Navarro, 2022: 291).

En las zonas de sacrificio las mujeres se enfrentan a múltiples violencias de todo tipo. Hacer frente a la devastación ecológica también implica reconocer el protagonismo que han tenido algunas colectividades de mujeres en lucha por el cuidado de la naturaleza, tal

¹² Noción acuñada por los feminismos comunitarios y territoriales para hacer referencia al cuerpo como primer territorio de defensa.

como lo demostró el movimiento Chipko en la India en defensa del bosque, un movimiento conformado mayoritariamente por mujeres campesinas. La lucha contra el modelo extractivo minero, los agrotóxicos y la contaminación es también una lucha por la despatriarcalización de todos los espacios productivos. No es posible dismantelar el modo de producción capitalista, sin dismantelar los fundamentos patriarcales de su funcionamiento.

3.3.3. No hay justicia social sin justicia ecológica: procesos de reparación y memoria histórica ambiental

La lucha por la justicia ecológica tiene su origen en Estados Unidos en un contexto de intensificación de la protesta urbana organizada principalmente por comunidades afrodescendientes e hispanas. El movimiento por la justicia ambiental evidenció la exposición desigual de dichas comunidades, a los riesgos ambientales y a la contaminación.

El concepto de justicia ambiental se formula sobre el supuesto básico de que los problemas ambientales «nunca son socialmente neutrales, así como tampoco los argumentos (y decisiones) sociopolíticos son ecológicamente neutrales» (Harvey, 1993: 25).

De acuerdo con Fischhoff y Kadvany (2013) el movimiento de justicia ambiental tiene como objetivo garantizar la protección de todas las comunidades y su derecho a vivir en un medio ambiente saludable independientemente de su condición étnica, racial, de género o de clase, por medio de la eliminación de los riesgos ambientales que amenazan con dañar la salud y la calidad de vida. “Los defensores de la justicia ambiental luchan por garantizar los estudios de impacto ambiental, y similares, reflejen la distribución de riesgos para todas las clases, etnias, razas y géneros; y para documentar cómo los riesgos suelen estar más próximos a los barrios humildes” (Vargas, Aparicio y Alanís, 2014: 60).

De acuerdo con Movement Generation (2009) “la Justicia Ecológica es el estado de equilibrio entre las comunidades humanas y los ecosistemas sanos basado en relaciones prósperas y mutuamente beneficiosas y en la autogestión participativa”. En este sentido, al hablar de justicia social es imprescindible tomar en cuenta las relaciones históricas desiguales de apropiación desigual de la naturaleza. No hay posibilidad de transitar hacia un horizonte de justicia social sin emprender una lucha colectiva para subvertir las desigualdades socioecológicas y la deuda ecológica histórica a nivel global.

La lucha contra el calentamiento global, contra el uso de la energía nuclear y contra la contaminación sostenible del planeta, y por el reconocimiento de los derechos de los no humanos, forma parte de la construcción de este puente mundial. La justicia climática implica hacer frente a las emisiones pasadas -los gases que hoy calientan el planeta son también los que se emitieron hace décadas o incluso cientos de años- y a las consecuencias futuras de este calentamiento... Las degradaciones medioambientales de ayer, como la contaminación por clordecona de las Antillas, son las injusticias de hoy, transmitidas a través de nuestros cordones umbilicales a las generaciones de mañana. Este puente compromete la necesaria composición política de los humanos con los diversos no humanos y los diversos ecosistemas de la Tierra en un continuo entre pasado y futuro... La justicia medioambiental está íntimamente ligada a las luchas decoloniales en todo el mundo. La justicia climática también señala la responsabilidad histórica de los imperios coloniales en el calentamiento global a través de sus revoluciones industriales en el siglo XIX, del mismo modo que señala el colonialismo medioambiental del acaparamiento de los recursos del planeta por parte de los países del "Norte" y su "deuda ecológica" con los países del Sur (Ferdinand, 2019: 509-511).

Es por este motivo , que la justicia ecológica, la justicia racial y la justicia de género deben ser dimensiones articuladas para consolidar horizontes en donde las sociedades y los ecosistemas puedan coexistir de manera armoniosa, horizontal y recíproca. La transición de las zonas de sacrificio a las zonas a defender es una lucha por la justicia social global. En términos geográficos, políticos, económicos e históricos:

Debemos Reparar los más de 500 años de colonialismo y esclavitud — la acumulación de la riqueza se ha dado a raíz de estos procesos. Las reparaciones deben significar más que la restitución por daños pasados. La verdadera reparación significa la reparación de nuestras relaciones. Debemos no sólo enmendar los daños pasados, sino reorganizar la naturaleza de nuestra economía para crear nuevas relaciones en el futuro. La reparación exige una reorganización total de la economía. Y la medida exitosa de esa reorganización es el bienestar de las personas cuyas tierras, cuerpos y legados fueron explotados para crear la Economía Extractiva. Para poder lograrlo, nuestros movimientos deben centrarse en la visión y el liderazgo de dichas comunidades (Movement Generation, 2017: 23).

Asimismo, la reparación también implica la construcción de una Memoria Histórica Ambiental (MHA). La memoria histórica ha sido estudiada y teorizada primordialmente en

el marco de procesos dictatoriales, guerras, genocidios y conflictos armados. No obstante, Thomas (2022) ha teorizado la importancia de construir una memoria colectiva en torno a la violencia y los desastres contaminantes. De acuerdo con el autor, la MHA “ es aquella que permite a la sociedad en su conjunto tener, de forma consciente y colectiva, una serie de hechos, circunstancias o condiciones que definen o configuran un pasado territorial que tiene vigencia y sentido en el presente como expresión de identidad y coherencia social, espacial y cultural” (Thomas, 2022: 287). Por ello, los testimonios de los sujetos subalternos son un elemento central para la conformación de una verdad histórica en torno a la devastación ambiental y a la necesidad de exigir activamente la no repetición de toda violencia perpetrada en contra de la naturaleza.

Las integrantes del Colectivo de Mujeres del Movimiento de Atingidas por Barragens¹³ (MAB) han construido procesos de memoria por medio del bordado y específicamente a partir de la creación de *arpilleras*. Las arpilleras se hicieron mundialmente conocidas en Chile durante la dictadura militar de Augusto Pinochet (1973-1992), cuando las madres de los detenidos desaparecidos comenzaron a narrar lo que estaban viviendo por medio de imágenes bordadas en costales utilizados para el embalaje de frutas, verduras, etc., mejor conocidos como *arpilleras*. Esta tradición textil se extendió a otros países de América Latina, y pronto, en cada territorio las mujeres emplearon esta herramienta de expresión artística para narrar su propia historia.

Las mujeres del MAB comenzaron a plasmar en las arpilleras su historia de lucha en el movimiento contra las represas, denunciando el Modelo Energético brasileño, así como los impactos sociales, ambientales y económicos que sufren las personas afectadas por las represas en el país. El proyecto “Arpilleras: bordando la resistencia” tenía como objetivo central “producir una documentación popular sobre las violaciones de derechos sufridas por las mujeres afectadas por las represas en donde ellas protagonizaron y externaron las denuncias sobre las violaciones padecidas” (Rodríguez, Silveira y Calixto, 2020: 139). De esta forma, por medio de otros lenguajes sensibles, el testimonio de las mujeres se hizo presente como una voz de denuncia para combatir el silencio y apostar por la memoria.

¹³ El Movimiento de Afectados por las Represas (MAB, por las siglas en portugués de su nombre Movimento dos Atingidos por Barragens) es un movimiento popular brasileño surgido en la década de 1980 para articular a las comunidades afectadas por los proyectos hidroeléctricos. El MAB denuncia de forma activa las injusticias del Modelo Energético y la destrucción de la naturaleza. <https://mab.org.br/quem-somos/>



Fuente: Acervo Digital del Movimento de Atingidos por Barragens

Así pues, resulta fundamental que esta reparación también ocurra en términos ecológicos y que los países del Norte Global se hagan responsables de la deuda histórica que tienen con los pueblos del Sur. Subvertir las relaciones de poder implica pensar en sociedades nuevas en donde el sufrimiento ambiental no sea algo más que una vieja quimera. En tiempos de crisis climática, devastación ambiental y colapso civilizatorio es imperativo poner en marcha alternativas ecológicas para evitar que el tren se descarrile y no haya vuelta atrás. La vida humana y no humana peligra. Hoy más que nunca es urgente rebelarse contra la opresión capitalista que amenaza con exterminar la trama de la vida.

Conclusiones

Las *zonas de sacrificio* en el Caribe y América Latina se han configurado de acuerdo con dinámicas históricas de largo aliento. Las continuidades coloniales producidas y reproducidas en los territorios sacrificados por el gran capital ponen en evidencia el extenso cúmulo de desigualdades socioambientales que impactan de forma desproporcionada a los territorios del Sur. No hay neutralidad posible en el análisis de las consecuencias e implicaciones de la crisis climática y ecológica, pues en el corazón de sus genealogías existe un entramado de relaciones de poder, sometimiento y dominación; pues la producción de zonas de sacrificios atiende a la lógica expansiva del capital y sus estrategias de funcionamiento se reproducen con base en dinámicas de violencia, opresión y desigualdad.

Las actividades industriales generan contaminación y despliegan toxicidad en los territorios, ya sea en la fase extractiva, en el momento productivo o en el traslado de desechos y residuos. Sin embargo, como resultado de esta investigación, es posible concluir que la elección de las grandes corporaciones transnacionales (en conjunción con los Estados y las economías criminales) de poner a ciertas poblaciones y sus territorios en riesgo, no es en ningún sentido fortuita ni accidental. Existe un proceso deliberado que se fundamenta en la decisión consciente de someter a segmentos poblacionales del Sur a la contaminación y la toxicidad de la actividad productiva.

En este sentido, la exposición desigual a los riesgos ambientales se entrecruzan con la situación social en la que se encuentran los sujetos de acuerdo con marcadores de clase, de género, de origen étnico, etc. El sufrimiento ambiental es el resultado de la lógica de sacrificio (en términos socioambientales) que afecta a las poblaciones y sus ecosistemas en el marco de la creciente devastación ambiental contemporánea. Por este motivo, es preciso comprender la multidimensionalidad de la crisis ecológica y trazar su vínculo con el proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista, también en crisis. La deuda ecológica de los países del Norte con los países del Sur es una deuda histórica, que detenta un carácter fundamentalmente político. Es impreciso hablar de la crisis climática de forma despolitizada.

En los casos analizados a lo largo de esta investigación se ha estudiado la forma en que ciertos territorios del Caribe y América Latina son sacrificados para reproducir los

ciclos de acumulación capitalista. Se puede concluir entonces, que la actividad industrial de las empresas transnacionales, en su forma capitalista es una actividad inherentemente contaminante y tóxica. Asimismo, se ha observado que las empresas nunca actúan de forma aislada o solitaria, sino que operan en colusión con otros actores como los Estados y las economías criminales. El uso deliberado de sustancias que afectan la salud de los ecosistemas, el residuo de tóxico y el manejo incorrecto de dichos desechos y los *accidentes* causados por el descuido y la negligencia de las corporaciones, forman parte de la contradicción capital-naturaleza, pues una vez más, el capital socava las bases para su reproducción. Por años, el capital ha estado cavando su propia tumba.

Las estrategias de las empresas que usualmente operan con impunidad, también evidencian la construcción y el reforzamiento de imaginarios e idearios racistas. El racismo ambiental, la violencia de género y la violencia colonial proliferan en las zonas de sacrificio y actúan de forma silenciosa a lo largo del tiempo perpetuando las opresiones históricas contra los pueblos. Los estragos pasados de la devastación ambiental se conjugan con los peligros potenciales del presente. La violencia ejercida, en términos ecológicos, ha sido de tal magnitud, que no puede ser situada en una línea temporal como un acontecimiento puntual, pues se trata de una violencia, que no termina cuando es perpetrada, sino que por el contrario apenas inicia.

Otro resultado de esta investigación apunta a la proliferación de procesos de antagonismo. En el último capítulo se abordan las vías de lucha y resistencia fraguadas al calor de la conflictividad socioambiental en el Caribe y América Latina. Las colectividades afectadas se han organizado de distintas formas para enfrentarse a la contaminación ambiental provocada por las industrias y corporaciones transnacionales que se asientan en sus territorios. Es posible concluir que no hay una solución unificada en los casos de conflictividad ambiental, sino que emerge un amplio repertorio de acción, así como una heterogénea convergencia de actores y estrategias organizativas. No obstante, también existen puntos de encuentro y extensas redes de articulación en donde se tejen alianzas.

Tal como lo han mencionado los pueblos zapatistas cada quien lucha a su modo y a su tiempo. Las formas de resistir son distintas en las diferentes geografías. Muchas veces esta diversidad tiene que ver con factores históricos, culturales, sociales, étnicos e incluso religiosos. Desde las comunidades eclesiales de base, pasando por los colectivos vecinales,

hasta los pueblos indígenas y las sociedades en movimiento, cada forma organizativa está emerge de un trasfondo histórico y cultural específico. Los casos de comunidades indígenas, por ejemplo, están atravesados por procesos de colonización y colonialismo interno, y a su vez, impregnados de una forma muy particular de entender el mundo, es decir, cosmovisiones que tienen un profundo respeto a la Madre Tierra, y la reconocen como una extensión de su cuerpo.

Asimismo, es posible concluir que no todas las trayectorias de lucha se convierten en zonas a defender, sociedades en movimiento o procesos de autonomía, aunque algunas de ellas constituyen procesos embrionarios. En muchos casos, la imposibilidad de transitar hacia experiencias más consolidadas radica en la desterritorialización de las poblaciones y la devastación ambiental. También es importante considerar la ofensiva del gobierno y las economías criminales. La creciente militarización de los territorios y el abuso policial, ha sido en algunos casos, un arma desmovilizadora empleada desde arriba; pues muchas veces, los Estados se han encargado de actuar en favor de los intereses de los grandes capitales nacionales y transnacionales. La impunidad reinante, el asesinato de defensores y defensoras del territorio, las alianzas con las fuerzas militares y las amenazas policiales, son algunos de los factores que favorecen la división de los movimientos.

Además, en los casos en donde la toxicidad ha devastado los suelos cultivables, ha afectado la salud de los pobladores y se ha desplazado a las comunidades se vuelve aún más difícil transitar hacia horizontes de autonomía. Muchas veces no existen las condiciones materiales para avanzar hacia dichos procesos autonómicos, debido al grado de devastación y la precarización de los sectores populares (particularmente en las ciudades) que solo cuentan con su fuerza de trabajo (como es el caso de Villa Inflamable), y que por ejemplo, no poseen tierras cultivables para construir espacios de soberanía alimentaria y autonomía productiva. No obstante, los procesos de resistencia cobran otras formas que constituyen nuevos triunfos, por ejemplo, la prohibición de ciertos pesticidas en la legislación argentina o el retiro de la armada estadounidense en Martinica y Guadalupe.

En suma, las *zonas de sacrificio* forman parte del contexto de conflictividad socioambiental en la región caribeña y latinoamericana, pero también del ciclo de luchas socioambientales que se han fortalecido en los últimos tiempos en el marco de la emergencia climática. No hay lugar para la tregua frente a los embates del capital. Sin

embargo, el espíritu colectivo de lucha está presente en la resistencia de los sujetos organizados. Desde la perspectiva abordada en esta investigación, se propone que la lucha ecologista (siempre en vínculo con las luchas antipatriarcales, antirracistas, anticapitalistas y anti coloniales) es una lucha que pone en el centro el cuidado de la trama de la vida.

Fuentes de consulta

Acosta, A. (2015). El Buen Vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones económicas y no tan económicas. *Política y Sociedad*, 52(2), Article 2.

https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2015.v52.n2.45203

Acosta, A. (2016). Aporte al debate: El extractivismo como categoría de saqueo y devastación. *Forum for Inter-American Research*. Vol. 9.2 (Sep. 2016) 25-33

Alanes, Z. (2013) *La República de la soya*. Grupo Semillas: Colombia. Recuperado de:

<https://semillas.org.co/es/noticias/la-rep>

Alonso, K. y Orellana, C. (2018). Ecofeminizar el territorio. La ética del cuidado como estrategia frente a la violencia extractivista entre las Mujeres de Zonas de Sacrificio en

Arriaga, J. y Mark, J. (2004). Anticolonialismo y poscolonialismo en el pensamiento caribeño. *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*. México: Siglo XXI editores, p. 138-163

Arriagada, E. (2012). El conflicto de polimetales en Arica. Movilización social, desarticulación local e intervención centralizada. En *Nueva agenda de descentralización en Chile. Sentando más actores a la mesa*. Chile: RIL Editores

Atilés-Osoria, J. (2013). Colonialismo ambiental, criminalización y resistencias: Las movilizaciones puertorriqueñas por la justicia ambiental en el siglo XXI. *Revista Crítica de Ciencias Sociais*

Auyero, J., & Swistun, D. (2007). Expuestos y confundidos. Un relato etnográfico sobre sufrimiento ambiental. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, 28, Art. 28.
<https://doi.org/10.17141/iconos.28.2007.216>

Ávila, A., & Romero, L. E. A. (2017). Las nuevas Zonas Económicas Especiales en México: desposesión agraria y resistencia campesina. *REVISTA NERA*, 40, Article 40. <https://doi.org/10.47946/rnera.v0i40.5032>

Benjamin, W. (2008). Tesis sobre la historia y otros fragmentos. México: Editorial Itaca

Braudel, F. (1958). *Historia y ciencias sociales: la larga duración. Debates y combates.*

Bombardi, L. (21 de febrero de 2020). Vivendo sob veneno: Atlas dos agrotóxicos. [Archivo de Vídeo]. <https://www.youtube.com/watch?v=geC3zVeuq5s>

Brand, U. y Wissen, M. (2017). *Modo de vida imperial. Sobre la explotación del hombre y la naturaleza en el capitalismo global.* México: Friedrich Ebert Stiftung.

Brototi, R. (2018). Los conflictos ecológico-distributivos en la India a vista de pájaro. *Revista de Ecología Política*.
<https://www.ecologiapolitica.info/los-conflictos-ecologico-distributivos-en-la-india-a-vista-de-pajaro/>

Bullard, R. (1990). *Dumping in Dixie: Race, class, and environmental quality.* Boulder, CO: Westview

Butler, Judith (2005). « 2. Violence, deuil, politique ». In *Vie précaire : les pouvoirs du deuil et de la violence après le 11 septembre 2001.* Paris : Amsterdam. Pp. 45-78

Casanova, P. (2006). El colonialismo interno. En *sociología de la explotación.* Buenos Aires: CLACSO

Castán Broto, V., & Sanzana Calvet, M. (2020). Sacrifice zones and the construction of urban energy landscapes in Concepción, Chile. *Journal of Political Ecology*, 27(1), Art. 1.

Castro, G. (2013). ¿Qué es el modelo extractivo minero? Chiapas: El escaramujo. *Otros Mundos Chiapas/ Red de Afectados por la Minería*

Castro, M. (2022). Bdf visita comunidades onde famílias adoecem sob suspeita de contaminação por agrotóxicos no MA. Brasil: Brasil de Fato

- Cahill, C., & Pain, R. (2019). Representing Slow Violence and Resistance: On Hiding and Seeing. *ACME: An International Journal for Critical Geographies*, 18(5), Art. 5.
- Calveiro, P. (2006). Testimonio y memoria en el relato histórico. *Acta Poética*, 27(2).
<https://doi.org/10.19130/iifl.ap.2006.2.204>
- Campaña Contra los Agrotóxicos. (2022). Datos sobre os agrotóxicos. Recuperado de:
<https://contraosagrototoxicos.org/base-de-conhecimento/dados-sobre-agrotoxicos/>
- Clark, B., & Bellamy Foster, J. (2012). Imperialismo ecológico y la fractura metabólica global. Intercambio desigual y el comercio de guano/nitratos. *Theomai*, (26).
- Cusicanqui, S. (2018). Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos de un presente en crisis. Tinta Limón: Buenos Aires
- Damonti, T. (5-7 de diciembre de 2016). *Política subjetivada y existencias precarias : Vivienda y ambiente en la relocalización de Villa Inflamable (Gran Buenos Aires)*. [Discurso principal]. IX Jornadas de Sociología de la UNLP
- Dattwyler, R., Vergara, C., González, M. (2021). La puerta norte del “sueño chileno”. Ciudad fronteriza, asentamiento de migrantes y precariópolis en Arica, Chile. *Estudios fronterizos*, 22, e070. Epub 04 de octubre de 2021. <https://doi.org/10.21670/ref.2107070>
- Gouveia, A. y Quintino, R. (Anfitrión) (2022-presente). O negócio tóxico do Agro. [Podcast]. Spotify.
- CONACYT. (2022). Las pruebas sobre daños a la salud y el ambiente causados por el glifosato tienen sustento científico. Recuperado de: https://conacyt.mx/wp-content/uploads/sala_de_prensa/desmentidos/Desmentido_Glifosato_28072022.pdf
- Dávila, J. (Director). (2016). *Vieques: una batalla inconclusa*. Frutos Fílmico
- Debord, G. (1967). *La sociedad del espectáculo*. Ediciones Naufragio
- Dietz, K. y Losada, A. (2014). Dimensiones socioambientales de desigualdad: enfoques, conceptos y categorías para el análisis desde las ciencias sociales. En *Desigualdades Socioambientales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- Ibero-Amerikanisches Institut
- Donoso, A. (2004). Deuda ecológica: de Johannesburgo 1999 a Mumbai 2004. *Ecología política*, ISSN 1130-6378, N° 27, págs. 77-82

- Dourado, V. (2020). Terricidio: mujeres indígenas luchando por justicia y construyendo sueños colectivos. Amazonas. Recuperado de:
<https://www.revistaamazonas.com/2020/04/20/terricidio-mujeres-indigenas-luchando-por-justicia-y-construyendo-suenos-colectivos/>
- Echeverría, B. (1996). Lo político en la política. Portugal: Centro de Estudos Sociais de la Universidade Coimbra
- Echeverría, B. (2010) Crisis financiera o crisis civilizatoria. Quito: Entre Pueblos
- Ecologistas en acción (1998) Agente Naranja: El envenenamiento de Vietnam. Recuperado de: <https://www.ecologistasenaccion.org/6050/agente-naranja-el-envenenamiento-de-vietnam/>
- Edman, L. y Johanssen, W. (Direcores). (2020). Arica. [Documental] Laika Film and Television
- Escobar, A. (2007). La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Venezuela: Fundación Editorial el perro y la rana
- Esteva, G. (2011). Más allá del desarrollo: la buena vida.
<https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/2802/1/RAA-28%20Gustavo%20Esteva%2C%20Más%20allá%20del%20desarrollo....pdf>
- Fanon, F. (2009). Piel negra, máscaras blancas. España: Ediciones Akal
- FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF. (2022). El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2022. Adaptación de las políticas alimentarias y agrícolas para hacer las dietas saludables más asequibles. Roma, FAO.
<https://doi.org/10.4060/cc0639es>
- Fernandes, S. (25 de enero de 2023). M de modo de vida imperial. [Archivo de Vídeo].
<https://www.youtube.com/watch?v=WrutM2giQ4Y>
- Fernandes, B. R., Esmeraldo, G. G. S. L., & Alves, M. C. (2020). Arpilleras: Socializando as artes-políticas que retratam denúncias das mulheres atingidas por barragens em territórios nordestinos. *O Público e o Privado*, 18(35 jan/abr), Article 35 jan/abr.
<https://revistas.uece.br/index.php/opublicoeoprivado/article/view/3250>
- Fernández, R. (2011). El antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera. Barcelona: Imprenta Luna
- Ferdinand, M. (2019). Une écologie décoloniale. Éditions du Seuil

- Fischhoff, B., y Kadvany J. (2013). Riesgo: una breve introducción. Madrid: Alianza.
- Foster, B. (2012). “Marx y la fractura en el metabolismo universal de la naturaleza”, *Monthly Review*, New York, Montly Review Foundation, 65 (7):1-18, diciembre.
- Gargallo, F. (2014). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América*. Ciudad de México: Editorial Corte y Confección
- Giraldo, O. (2021). *Multitudes agroecológicas*. México: UNAM
- Guethón, R. J., & Torres, N. A. A. (2014). *Agroecología y Seguridad Alimentaria. Una visión desde Cuba*. *Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 2(2), 62-76.
- Gudynas, E. (2009). La dimensión ecológica del buen vivir: Entre el fantasma de la modernidad y el desafío biocéntrico. *OBETS: Revista de Ciencias Sociales*, 4, 49-54.
- Gudynas, E. (2010). Si eres tan progresista ¿Por qué destruyes la naturaleza? *Neoextractivismo, izquierda y alternativas*. Ecuador: Debate
- Haraway, D. (2015). *Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin*. USA: University of California
- Haraway, D. y Tsing, A. (2019). *Reflections on the plantationocene*.
- Harvey, D. (2001). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. España: Ediciones Akal
- Harvey, D. (2007) *Breve historia del neoliberalismo*. España: Ediciones Akal
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Madrid: Traficantes de sueños
- Harvey, D. (2018). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Madrid: Traficantes de Sueños
- Hernández, G. (25 de agosto de 2016). *La Coordinadora por un Atoyac con Vida: una lucha por la vida que alimenta la esperanza. La jornada de Oriente*.
<https://www.lajornadadeoriente.com.mx/tlaxcala/la-coordinadora-por-un-atoyac-con-vida-una-lucha-por-la-vida-que-alimenta-la-esperanza/>
- Ivars, J. (2013). ¿Recursos naturales o bienes comunes naturales?: Algunas reflexiones. *Papeles de trabajo - Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural*, (26), 88-97. Recuperado en 11 de mayo de 2023, de

http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-45082013000200005&lng=es&tlng=es.

Jardón, L. (2022). Agricultura en el Período Especial cubano: diversificación, agroecología y soberanía alimentaria. *Período especial en Cuba*. Estudios entrecruzados de la crisis. México: UNAM

Katz, C. (2011). El imperialismo contemporáneo. <https://rebellion.org/el-imperialismo-contemporaneo/>

Krenak, A. (2018). Ecología política. *Etnoscintia*. V. 3 (n.2 especial), pp. 1-2, 2018.

Lerner, S. (2012). Sacrifice zones. The frontlines of toxic chemical exposure in the United States. England: The MIT Press

Lombardi, V. (2019). Glifosato y arsénico: un dúo peligroso. UNL Noticias. Recuperado de:

https://www.unl.edu.ar/noticias/news/view/glifosato_y_arsénico_un_dúo_peligroso#.Y-u2ei2xB0s

Marx, K. (2009). El capital. Libro primero. El proceso de producción del capital. Tomo I. Vol.3 México: FCE

Martínez Alier, J. (2004). Los conflictos ecológico-distributivos y los indicadores de sostenibilidad. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica* Vol. 1: 21-30

Martínez Alier, J. (2009). El ecologismo de los pobres. España: Editorial Icaria

Mbembe, A. (2011). Necropolítica. España: Editorial Melusina

Medeiros, F. (2 de Febrero del 2023). “Fue él (Bolsonaro) el que mató”, denuncia Davi Kopenawa. *Amazônia Real*. <https://jesuitas.lat/noticias/16-nivel-3/8085-fue-el-bolsonaro-el-que-mato-denuncia-davi-kopenawa>

Mesa, G. (2018). Ambientalismo popular. Colombia: Ediciones de Abajo

Mies, L. y Changoe, A. (2022). COMÉRCIO TÓXICO. A ofensiva do lobby dos agrotóxicos da União Europeia no Brasil. Friends of the Earth International

Millán, M. (2021). “¿Futuro del Capitalismo?” en Raúl Ornelas y Daniel Inclán. ¿Cuál es el futuro del capitalismo? IIE-UNAM. México: Ediciones Akal. pp. 129-149.

Milhorance, F. (9 de febrero del 2023). Luta dos Yanomami ganha vida através da arte. *Diálogo Chino*.

<https://dialogochino.net/pt-br/industrias-extrativistas-pt-br/62958-luta-yanomami-ganha-vida-arte/>

Moore, J. (2013). El auge de la ecología-mundo capitalista. Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima. *Laberinto*. No. 39

Moore, J. (2015). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación del capital*. Madrid: Traficantes de sueños

Moreno, J. (2021). *Palenque sonoro de neocimarronas afrocosteñas. Procesos de autoreconocimiento de mujeres afrodescendientes de la Costa Chica, México y el Cesar, Colombia*. Colombia: Universidad Distrital Francisco José Caldas

Movement Generation. (2017). *From banks and tanks to cooperation and caring. A Strategic Framework for a Just Transition*. MG: Justice and Ecology Project.

https://movementgeneration.org/wpcontent/uploads/2016/11/JT_booklet_English_SP_READs_web.pdf

MTST. (2021). O Dia Mundial da Segurança Alimentar num país assolado pela fome.

<https://mtst.org/noticias/o-dia-mundial-da-seguranca-alimentar-num-pais-assolado-pela-fome/>

Naciones Unidas (2021). Chile: Casi 40 años después, las víctimas de los residuos tóxicos suecos siguen sin tener remedio - expertos de la ONU. Recuperado de:

<https://www.ohchr.org/es/2021/06/chile-nearly-40-years-still-no-remedy-victims-swedish-toxic-waste-un-experts>

Nativitas, G. (2017). Derecho a la ciudad, conflictos urbanos y justicia socioambiental. En *El derecho a la ciudad en la Ciudad de México Aportes para su debate en el siglo xxi*, coordinado por Ramírez, M. México: Ediciones Colofón

Navarro, M. (2022). Saber-hacer ecofeminista para vivir y morir con en los tiempos del capitaloceno: luchas de mujeres contra los extractivismos en Abya Yala. *Bajo el Volcán*. Revista del Posgrado de Sociología. BUAP, año 3, núm. 5 digital

Navarro, M. y Barreda, V. (2022). Luchas por la reapropiación eco-política de los territorios- de- vida contra la producción de zonas de sacrificio. *Lecturas críticas de la devastación socioambiental. Crítica y Resistencias*. Revista de conflictos sociales latinoamericanos. N° 14 (junio-noviembre). Año 2022. ISSN: 2525-0841. Págs. 82-103

Nixon, R. (2011). *Slow violence and the environmentalism of the poor*

Observatorio de Conflictos Mineros en América Latina (s/f). Organización: Red Mexicana de Afectados por la Minería (REMA). https://mapa.conflictosmineros.net/ocmal_db-v2/nombres/view/2303

Oyèronké, O. (2017). La invención de las mujeres. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales del género. Bogotá: Editorial en la frontera

ONU (2021). Chile: Casi 40 años después, las víctimas de los residuos tóxicos suecos siguen sin tener remedio - expertos de la ONU. Recuperado de:

<https://www.ohchr.org/es/2021/06/chile-nearly-40-years-still-no-remedy-victims-swedish-toxic-waste-un-experts>

Pardo, J. (2022). Cuando la esperanza se reduce al carbón. En *Colapso México. Los culpables y las víctimas de nuestra crisis climática*. Ciudad de México: Penguin Random House

Pineda, C. (2018). El despliegue del capital sobre la naturaleza. En *América Latina: Expansión capitalista, conflictos sociales y ecológicos*. Chile: RiL Editores

Portillo, L. (2014). EXTRACTIVISMO CLÁSICO Y NEOEXTRACTIVISMO, ¿DOS TIPOS DE EXTRACTIVISMOS DIFERENTES? I Parte. *Tendencias*, 15(2), 11-29. <https://doi.org/10.22267/rtend.141502.40>

Prensa Latina. (25 de enero de 2023). Brumadinho, tragedia que aún se llora en Brasil.

<https://www.prensa-latina.cu/2023/01/25/brumadinho-tragedia-que-aun-se-llora-en-brasil>

Reyes, F. (2021) Desierto de Atacama: el "cementerio tóxico" de ropa que se descarta en otras partes del mundo. Bío Bío: Chile. Recuperado de:

<https://www.biobiochile.cl/especial/aqui-tierra/noticias/2021/11/09/desierto-de-atacama-el-cementerio-toxico-de-ropa-que-se-descarta-en-otras-partes-del-mundo.shtml>

Romero, R. (2013). Colonialismo interno y autonomías. *Rebelión*.

<https://rebelion.org/colonialismo-interno-y-autonomias/>

Sadhguru. (2021). Save the Soil to Save the Environment.

<https://isha.sadhguru.org/au/en/wisdom/article/save-the-soil-revitalization-methods#point1>

Said, E. (2001). The Public Role of Writers and Intellectuals. *Nation*, 273(8), 27–33.

- Sandoval, A. (2009). Evaluación fisicoquímica, microbiológica y toxicológica de la degradación ambiental del Río Atoyac. Venezuela: Interciencia
- Sandoval Forero, E. A., (2016). El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista I. Ediciones México, 2016. Pp. 416.. Tabula Rasa, (24), 405-409.
- Scholz, I. (2014). (¿Qué sabemos sobre desigualdades socioecológicas? Elementos para una respuesta. En Desigualdades Socioambientales en América Latina. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Ibero-Amerikanisches Institut
- Seoane, J. (2013). Modelo extractivo y acumulación por despojo. En *Extractivismo, despojo y crisis climática. Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta, Editorial El Colectivo y GEAL
- Silva, B. (2023). Crime corporativo. *Tese onze*.
<https://www.youtube.com/watch?v=Vo9b1sOT4IY>
- Smith, N. (2020). Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio. Madrid: Traficantes de sueños
- Svampa, M. y Viale, E. (2014). Maldesarrollo: la Argentina del extractivismo y del despojo. Argentina: Katz Editores
- Svampa, M. y Viale, E. (2020). El colapso ecológico ya llegó. Buenos Aires: Siglo XXI
- Silveira, M., Moreano, M., Romero, N., Murillo, D., Ruales, G., & Torres, N. (2017). Geografías de sacrificio y geografías de esperanza: Tensiones territoriales en el Ecuador plurinacional. *Journal of Latin American Geography*, 16(1), 69-92.
- Souza, M. L. de (2006). A prisão e a ágora: Reflexões Em Torno da democratização Do Planejamento e da gestão das Cidades, Bertrand Brasil, Rio de Janeiro.
- Souza, M. L. (2021). ‘Sacrifice zone’: The environment–territory–place of disposable lives. *Community Development Journal*, 56(2), 220-243.
<https://doi.org/10.1093/cdj/bsaa042>
- Survive International. (2023). Emergencia sanitaria Yanomami.
<https://www.survival.es/indigenas/yanomami>
- Swistun, D. (2015). Desastres en cámara lenta: Incubación de confusión tóxica y emergencia de justicia ambiental y ciudadanía biológica. *O Social em Questão - Ano XVIII - nº 33* pg 193 - 214

- Taddei, E. (2013). El agronegocio: de la república de la soja a los desiertos verdes. En *EXTRACTIVISMO, DESPOJO Y CRISIS CLIMÁTICA. Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América*. Argentina: Ediciones Herramienta, Editorial El Colectivo y GEAL
- Taibo, C. (2017). Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo. Ciudad autónoma de Buenos Aires: Libros de Anarres
- Thomas Bohórquez, J. E. (2021). Territorio, violencia y desastres en Colombia: Un acercamiento a la memoria histórica ambiental. *Territorios*, 45.
<https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.8742>
- Toledo, V. (2013). El metabolismo social: una nueva teoría socioecológica. México: CIECO- UNAM. Relaciones 136, otoño 2013, pp. 41-71, issn 0185-3929
- Trujillo, M. L. N., & Muñoz, V. M. X. B. (2022). Luchas por la reapropiación eco-política de los territorios-de-vida contra la producción de zonas de sacrificio. Lecturas críticas de la devastación socioambiental. *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos*, 14, Art. 14.
- XR Argentina. (2020). Glifosato: Uno de los símbolos de negligencia Estatal. Recuperado de: <https://xrargentina.org/noticia.php?id=85>
- Ramírez, A. y López, D. (2018). ¡Luchamos por un Atoyac con Vida! La lucha contra la contaminación del Río Atoyac y los daños a la salud que origina en el sur de Tlaxcala, México. México: Bajo el Volcán
- Ybarra, A. (2013). Argentina, la tierra de los niños envenenados. XLS semanal: Argentina. Recuperado de: <https://www.xlsemanal.com/conocer/20190513/cancer-malformacion-ninos-herbicidas-toxicos-fumigacion-agroquimicos-cultivos-argentina.html>
- Valencia, S. (2010). Capitalismo Gore. España: Editorial Melusina
- Vargas, M., Aparicio, A. y Alanís, J. (2015). Riesgos sionaturales: vulnerabilidad socioeconómica, justicia ambiental y justicia espacial. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 24 (2): 53-69.
- Wacquant, L. (2007). Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado. México: Fondo de Cultura Económica

- Wallace, R. (2016). *Big Farms, Make Big Flu*. London: Monthly Review Press
- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema-mundo*. México: Siglo XXI Editores
- Whewell, T. (23 noviembre 2020). "Primero nos esclavizaron y luego nos envenenaron": las islas del Caribe que sufren las consecuencias de un pesticida cancerígeno. *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-55030540>
- Zibechi, R. (2007). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Perú: UNMSM
- Zibechi, R. (2015). *Sociedades en movimiento. Voces en Lucha*. <https://www.youtube.com/watch?v=xHsZ3m7Z2SI&t=21s>